

UNA VISIÓN QUE ATRAE

En este número de la revista entregamos a nuestros lectores los últimos cinco mensajes sobre «La Visión Celestial» que fueron impartidos en el Retiro de Rucacura (Chile) en enero de 2005. El tema de este Retiro fue el mismo que el de la Primera Conferencia Internacional de Santiago en el mes de septiembre de 2004. No es una coincidencia inadvertida o fortuita, sino deliberada, pues se trató de reafirmar la visión celestial en la vida del creyente y de la iglesia, buscando en Dios más luz sobre el asunto.

Por decirlo así, el tema no se agotó en la Conferencia de Santiago, y debió ser continuado en el Retiro de Rucacura. Por supuesto, en los diez mensajes de Rucacura hay, no una línea estricta, sino mucha diversidad, conforme el Espíritu Santo puso en el corazón de los obreros, según la particular gracia dada a cada uno.

Estamos firmemente persuadidos de que, sin una visión celestial, la carrera y el servicio del cristiano pueden extraviarse y traer mucha pérdida, tanto en el presente como en el futuro. ¿Qué será de nosotros cuando debamos presentarnos ante el Tribunal de Cristo, y sometamos nuestras obras al fuego de prueba? Tenemos la sospecha de que mucha obra que suele proclamarse «de Dios» en estos días no cumple con los estándares espirituales requeridos por Dios.

Agradecemos al Señor por concedernos esta palabra, y por el privilegio de poder compartirla con nuestros hermanos hispanohablantes de todo el mundo, tanto a través de esta revista impresa, como de nuestro sitio web www.aguasvivas.cl.

Que Él cumpla todo buen propósito en su pueblo, para su gloria y alabanza.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / Año 6 - Nº 34 - Julio - Agosto 2005

UNA MIRADA PROFÉTICA

4 Las dos Babilonias

El autor nos conduce por los misterios de la Babilonia histórica, hasta llegar a las dos Babilonias de Apocalipsis. *Christian Chen.*

TEMA DE PORTADA

15 La visión perdida y recobrada

La mirada tiene que volverse de la tierra al cielo para ver al Señor y recuperar la visión. *Rodrigo Abarca.*

25 En torno a la visión

Reflexión acerca de la naturaleza y alcances de la visión celestial. *Eliseo Apablaza.*

32 Nuestro anuncio

La visión celestial, vista y encarnada, se transforma en nuestro mensaje. *Roberto Sáez.*

40 El Espíritu Santo y la visión celestial

El peligro de descuidar la obra del Espíritu Santo. *Rubén Chacón.*

48 Revelación por la Palabra

El lugar de las Sagradas Escrituras en la revelación de la visión celestial y en el propósito de Dios. *Alejandro Pacheco.*

LEGADO

56 El resultado de la visión espiritual

Tener visión espiritual afecta todos los ámbitos de la vida cristiana. *T. Austin-Sparks.*

64 La revelación y la obra de Dios

Toda obra de Dios debe hacerse según el modelo del Monte. *Watchman Nee.*

ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

68 El pobrecillo de Asís

La historia de Francisco de Asís, el joven rico que por amor de Cristo se hizo pobre.

ESTUDIO BÍBLICO

77 Bosquejo de Levítico. A. T. Pierson.

78 Viendo a Cristo como el Hijo de Dios

El Evangelio según Juan. *Stephen Kaung.*

87 **Las salidas de Dios (4ª Parte)**
Estudios sobre el Éxodo. *J. Alec Motyer.*

93 **Los nombres de Cristo**
El Señor. *Harry Foster.*

BIBLIA

95 **Los números en la Biblia**
«El número 10». *Christian Chen.*

97 **Preguntas & Respuestas**

99 **¿Cuánto sabe de la Biblia?**
Ponga a prueba sus conocimientos sobre los libros de la Biblia.

FAMILIA

101 **Plenitud y complemento**
El lugar de la mujer en el matrimonio es una perfecta combinación de honra y subordinación.

APOLOGÉTICA

103 **Sobre la necesidad de Dios**
Desde la prehistoria misma, el hombre ha dejado huellas de su insaciable sed de Dios. *Ricardo Bravo.*

REPORTAJES

108 **Sembrando Biblias en la ribera**
La heroica aventura de Robert Thomas para llevar las Escrituras al pueblo coreano. *Faith Cook.*

SECCIONES FIJAS

14 **Citas escogidas**

55 **Joyas de inspiración**

67 **Bocadillos de la mesa del Rey**

110 **Historias verdaderas**

112 **Página del lector**

Separatas (Sólo en Chile): «Tesoros» (Niños) · «Despertar» (Adolescentes)
«Buscando Más» (Jóvenes).

Foto de portada: «*Aguas del río Petrohué, Chile*».

Las imágenes de esta edición no tienen necesariamente relación con personas o lugares mencionados en los textos, salvo que se indique lo contrario.

A partir de la imagen de oro de Nabucodonosor, el autor nos conduce por los misterios de la Babilonia histórica, para desembocar en las dos Babilonias de Apocalipsis.



Las dos

Babilonias

Cristian Chen

Lecturas: Daniel 2:31-32, 37-38; 3:1, 7; 4:4-5,10-16.

En la profecía de Balaam, se mencionan los poderes de Oriente. En Daniel 2 tenemos una ilustración de esos poderes: el Imperio Babilónico y el Imperio Persa. Ambos representan Asur o Asiria en la profecía de Balaam. Después tenemos el Imperio Griego y el Imperio Romano, imperios de Occidente, cuyo origen estuvo en la isla de Chipre. Esos imperios representan el poder occidental. Hay una conexión entre ambas profecías. En las palabras de Balaam encontramos un bosquejo de la historia humana, y, a través del capítulo 2 de Daniel, podemos captar los detalles dados en la profecía de Balaam.

Nabucodonosor vio, en su sueño, una gran estatua, una imagen muy grande con la cabeza de oro, el pecho de plata, el vientre de bronce, las piernas de hierro y los pies y los dedos de una mezcla de hierro y barro cocido. Después de eso, una piedra, cortada «no con mano», vino y desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, y destruyó la estatua. Sabemos que esa es una profecía con respecto a la humanidad. En realidad, esa profecía representa un flujograma de la historia de la humanidad del período que se inicia cerca de 600 a. C. hasta su última fase.

Cuando usted medita en esa maravillosa profecía, es impresionante ver

cómo ella se cumplió de manera sorprendente a través del tiempo. Es muy probable que hoy estemos viviendo una etapa de la historia entre 'los pies' y 'los diez dedos'. Sí, existen algunas profecías que aún no se han cumplido, pero, en lo que se refiere a esta gran estatua, la mayor parte ya se cumplió. Entonces, una piedra alcanzará y desmenuzará esa estatua. Eso significa que el regreso del Señor Jesús va a concluir ese período.

Existen profecías con respecto a los gentiles, son profecías basadas en el pacto hecho con Noé. En ese pacto, Dios se comprometió con los hombres. Él firmó aquel pacto con una firma especial, que aparece en el cielo como un gran y hermoso arco iris después de una gran tempestad. Él nos evoca cuán fiel y segura es la Palabra de Dios. Todas las profecías con relación a la humanidad están relacionadas con ese pacto con Noé.

Ese pacto tuvo como base una bendición de Dios. Aquella bendición, en realidad, había sido originalmente dada a Adán y Eva. Más tarde, Dios repitió la misma bendición a Noé y su familia. Eso significa que todas aquellas palabras de bendición se cumplirán en la humanidad, y eso es extremadamente importante.

En el capítulo 2 de Daniel, antes de él descifrar el enigma del sueño al rey Nabucodonosor, tenemos el versículo 37 como introducción muy importante. Si se quiere saber la interpretación de ese sueño y de cualquier cosa respecto de esa profecía, es necesario prestar atención a esta introducción: «*Tú, oh rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado*

reino, poder, fuerza y majestad. Y dondequiera que habitan hijos de hombres, bestias del campo y aves del cielo, él los ha entregado en tu mano, y te ha dado el dominio sobre todo; tú eres aquella cabeza de oro».

Esa fue la palabra de bendición dada a Adán y Eva. Esa fue la palabra de bendición dada a Noé y a su familia. Esa es la palabra de bendición dada a toda la humanidad. Ese es exactamente el contenido del salmo 8. Después de esto, Daniel dijo: «*Tú eres aquella cabeza de oro*».

Teniendo como base esa palabra de bendición, la humanidad debe llenar la tierra y sojuzgarla. Adán debía ser el rey de esta tierra. Aquí está la voluntad eterna de Dios. La voluntad eterna de Dios es que Adán comiese del fruto del árbol de la vida. Así, la voluntad de Dios sería completamente cumplida. Pero el pecado destruyó todo. Aún así, la Palabra de Dios continúa siendo la misma.

Al contemplar esa gran estatua, usted ve que ella es terrible. Tiene un esplendor tal que llega a ser atemorizante. Esa imagen es así porque ella representa toda la plenitud de Adán. Ese es el Adán corporativo, el Adán de forma colectiva. Al ver esa gran estatua, usted ve al hombre de mundo. Esa imagen está en exacta oposición a lo que Pablo había visto. Pablo vio al Hombre universal. Uno es el Hombre del universo, y otro es el hombre de este mundo. Uno es celestial y el otro es terrenal; uno está lleno de vida y el otro es descrito con metales como oro, plata, bronce, etc. Uno es vivo y el otro es muerto. La Biblia nos advierte: «*No améis al mun-*

do». Si alguien quiere conocer el mundo, la mejor fotografía que se le puede dar del mundo está en el capítulo 2 de Daniel.

Observe cómo el valor de este mundo va disminuyendo; la estatua comienza con oro y termina con hierro y barro. El oro es el metal más precioso, pero, a medida que otros imperios van surgiendo, el valor comienza a disminuir más y más. Si usted pesa esos metales, descubrirá que el oro es el más pesado. Gradualmente los materiales se van haciendo más livianos. No es de extrañar que, cuando la piedra golpea los pies, la estatua se desintegra por completo. Este mundo nunca puede permanecer estable. Observe las instituciones de este mundo, todas están en decadencia. Esa es la gran estatua revelada en Daniel capítulo 2.

Para comprender más acerca de esta estatua, necesitamos de la interpretación de los capítulos 3 y 4 de Daniel. Desgraciadamente, muchos estudiosos de la Biblia se ocupan solamente con el capítulo 2 de Daniel, como si ésta fuera una profecía independiente.

En la estatua del sueño de Nabucodonosor, solamente la cabeza era de oro, y eso realmente le molestaba, porque él quería que toda la estatua fuese de oro. El oro representa la gloria de Babilonia. Él quería que su reino durase para siempre.

Nabucodonosor acumuló provisiones para cerca de veinte años, hizo que el río Eufrates pasase por en medio de la ciudad de Babilonia con el objeto de hacerla invencible. Él quería hacer de ella una ciudad tan segura que nadie pudiera invadirla y destruirla. Su

objetivo era que la cabeza de oro durase para siempre. Por esa razón, cuando Nabucodonosor construyó aquella estatua, la hizo 100% de oro. Quería hacer algo contra la voluntad de Dios.

La adoración a Nabucodonosor

Después que Nabucodonosor construyó aquella gran imagen de oro ordenó que se la adorase (Dn. 3:7). Ahora bien, cuando la imagen de Nabucodonosor recibía la adoración de todas las naciones, pueblos y lenguas, alguien detrás de ella estaba recibiendo adoración.

¿Percibe cuál es el punto principal aquí? ¿Percibe lo que está detrás de esa imagen de oro? En el capítulo 2 de Daniel, está aquella gran estatua: oro, plata, bronce y hierro. Sin embargo, por detrás de aquella imagen, hay otra imagen hecha de oro. Esa imagen recibe adoración de todos los pueblos, lenguas y naciones. Toda es de oro, toda es de naturaleza babilónica. Ahora usted puede entender y comprender la historia de la humanidad. Hablando externamente es oro, plata, bronce y hierro; pero de una manera más astuta, detrás de esa imagen hay otra gobernándolo todo.

En la historia tenemos Babilonia, el Imperio Medo-Persa, el Imperio Griego y el Imperio Romano. Pero, si usted tiene ojos espirituales, descubre que, de principio a fin, Babilonia hiltava todos esos imperios. ¿Sabe por qué? Satanás quiere darle todo, basta que usted le adore. Satanás tentó al Señor Jesús mostrándole la gloria de todas las naciones. El mismo ofrecimiento hizo Satanás a Nabucodonosor y también a Alejandro Magno.

¿Percibe lo que hay detrás de esa tentación? Ahora usted entiende por qué Satanás estaba por detrás de aquella intención de Nabucodonosor. ¡Si el Señor Jesús sólo lo adorase! Oh, es así como Satanás hace con todos, y generalmente nadie puede resistir. «Tú tendrás todas las glorias del mundo. Dame tu adoración, y yo te doy el mundo». Recuerde: el Señor dijo «No», porque él sabía que solamente el camino de la cruz es el camino para la gloria. Pero en este mundo es mucho más simple. ¿Cómo se puede conquistar este mundo? ¡Basta que usted se rinda a la invitación del enemigo, basta que lo adore!

Si estudia la historia, usted percibirá que exteriormente existe realmente esa estatua de oro, de plata, de bronce y de hierro. Esas son entidades políticas que existieron en la historia. Pero sólo el Espíritu Santo puede revelar el verdadero color de esa imagen. Todos esos imperios estaban bajo influencias ocultas. Si usted quiere conocer el origen de todas las cosas deberá trazar una línea hasta Babilonia.

Las dos Babilonias - la gran ramera

En los capítulos 17 y 18 de Apocalipsis, vemos que hay dos Babilonias. Sé que hay diferentes interpretaciones en el pueblo de Dios para esos textos. ¿Las dos son una misma Babilonia o son dos Babilonias diferentes? Si estudia cuidadosamente a través del contexto, usted descubre que ellos son totalmente diferentes. En el capítulo 17 de Apocalipsis Babilonia es un misterio. En el capítulo 18 es la Babilonia literal.

Esta es una gran ramera que se halla sentada sobre muchas aguas (Ap.17:1), lo que significa que tiene dominio sobre el mundo entero. Pero la Biblia usa un lenguaje simbólico llamándola 'la gran ramera'. «*Y me llevó (el ángel) en el Espíritu al desierto; y vi una mujer sentada sobre una bestia escarlata...*» (Ap. 17:3). Nosotros sabemos que esta bestia mencionada aquí es la misma bestia del capítulo 13, y se refiere al Anticristo. Va a llegar el día en que esa mujer tendrá la colaboración de la bestia.

«...*Y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA*» (Ap. 17:4b-5). Aquí el Espíritu Santo comienza a revelarnos quién es esta gran ramera. Ella *tenía en la mano un cáliz de oro, lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación*. Esa es la Babilonia del capítulo 17. En el lenguaje profético del capítulo 17, eso se refiere a la religión

Ahora usted puede entender y comprender la historia de la humanidad. Hablando externamente, es oro, plata, bronce y hierro; pero de una manera más astuta, detrás de esa imagen hay otra gobernándolo todo.

mundial que existirá en los últimos días. Llegará el momento en que todas las religiones de este mundo estarán unidas en una sola. Entonces, la segunda bestia, el falso profeta, llegará a ser el líder de esa religión. ¿Cómo sabemos eso? Porque está escrito: *teniendo en la mano un cáliz de oro, lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación*. Cuando la Biblia usa la expresión *abominación*, invariablemente se refiere a la adoración de ídolos. Aquí está la fornicación, aquí hay una prostitución espiritual. Es por esa razón que el Espíritu Santo usó esa gran ramera para describirla. Ese es un sistema religioso, y Dios dice: «Yo nada tengo con ese sistema».

Existe una diferencia entre una mujer ramera y una adúltera. Una adúltera es una mujer casada que cometió pecado. Una ramera entregó su vida a la prostitución. Prestemos atención a ese lenguaje simbólico. Al referirse a ella, la Biblia usa la expresión *misterio: Babilonia la grande*. Ese sistema estará en colaboración con el sistema político de su época o el Anticristo hará uso de ese sistema religioso. Eso es exactamente lo que tenemos aquí. Ahora, la Biblia describe esa gran ramera: «...y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE...». Esta no es la Babilonia literal, esta es la Babilonia, el misterio, el sistema religioso. El Espíritu Santo continúa: «LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA». Hay dos significados para esta frase: por cuanto ella es la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra, significa que todas las religiones se unirán en una

sola. Eso es representado por la palabra 'madre'. ¿Usted ya ha oído hablar algo sobre el movimiento llamado Nueva Era? Es exactamente a eso que se refiere esa profecía.

Tenemos que entender la razón por la que todas las religiones se han de volver una sola. La verdad es que todas ellas tienen un mismo origen. Por eso la Biblia dice: «*misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS*». Si quiere entender todas las religiones, entonces estudie Babilonia, porque todo surgió de ella.

El misterio de la religión: Alcanzando el cielo por esfuerzo propio

Después de la construcción de la torre de Babel, los ángeles caídos dieron revelaciones a los seres humanos. Al estudiar el origen de la religión de Babilonia, descubrimos que ella es una religión de misterio. Por eso la Biblia usa la expresión: «*Misterio: Babilonia la grande*».

¿Qué misterio es ese? En realidad, es la revelación de los ángeles caídos trabajando en los corazones de los hijos de los hombres. Estando lejos de la voluntad de Dios, aquellos ángeles empezaron a obrar entre los hombres, distribuyendo algunas informaciones secretas. Todo el pueblo babilónico deseaba conocer el misterio, pero no era para todos. Solamente los llamados «iniciados» tenían acceso a ese conocimiento. ¿Cómo ser iniciado? Había que cumplir con determinadas reglas. Así es la religión de Babilonia.

Hay un cáliz de oro en la mano de aquella sacerdotisa. En ese cáliz de oro hay algo alcohólico. Si usted quiere

ser un «iniciado» debe beber de ese cáliz. Al beber de él se pasa a un estado de semi-conciencia, y sólo entonces el misterio es revelado. Ahora, ¿qué misterio es ese? De acuerdo con las investigaciones que hicieron muchos estudiosos de la Biblia, la cosa es algo así: nosotros, los seres humanos, no necesitamos de un salvador. Nosotros podemos salvarnos solos, porque originalmente fuimos dioses. Para volver a la antigua condición, todo lo que necesita es trabajar con mucha intensidad. Procure mejorarse a sí mismo. Busque desarrollar algunos méritos, acumular algunas obras. Entonces, a través de ello, y también de la reencarnación y de todas esas cosas, usted llegará de nuevo a aquella condición original, y será dios. Ese es el misterio de Babilonia. Esa es la filosofía de todas las religiones.

¿Cuál es la diferencia entre Babilonia y Jerusalén? Jerusalén está llena de piedras. Si usted quiere construir una ciudad, al tomar una de aquellas piedras, usted reconoce: «Esto fue creado por Dios, no tengo nada que añadir. Yo construyo algo con lo que Dios ya hizo. Yo mismo fui comprado por la gracia de Dios». Eso es el evangelio. Evangelio significa: Dios viene en busca del hombre. Dios baja del cielo – eso es Jerusalén.

Babilonia significa lo siguiente: «Nosotros no tenemos piedras, solamente barro. Hagamos ladrillos, que se parecen a las piedras». Para hacer ladrillos hay que trabajar mucho: se transpira, y a veces se trabaja hasta con lágrimas. Después hay que poner un ladrillo sobre el otro, y así se construye la torre de Babel. Piense bien en

eso: Por su esfuerzo usted logra alcanzar el cielo. ¡Que gran revelación!

Los estudios arqueológicos de las ruinas de Babilonia revelan que la torre de Babel, en realidad, era una pirámide con gradas por el lado de afuera. Eso significa: «Hagamos ladrillos, trabajemos duro y construyamos un camino que nos lleve al cielo». Ese es el misterio de todas las religiones. Esa es la diferencia entre religión y evangelio. El evangelio significa que Dios ya hizo todo. Por esa razón, es demasiado tarde para que usted haga alguna cosa. Cuando usted recibió el evangelio no hubo ningún aporte suyo. Sin embargo, el principio que fundamenta la religión es el trabajo duro. Después de mucho esfuerzo, los religiosos se quedan con la impresión de realización. Eso no es evangelio, sino el misterio de Babilonia.

¿Percibe cómo Babilonia se opone a Jerusalén? Eso es muy importante. Después que aquellas personas beben de aquel cáliz, se emborrachan totalmente, y se vuelven ofuscadas por tal filosofía, o sea, cautivas de Satanás. ¿Cómo saber cuándo una persona está llena del Espíritu Santo? ¿Cómo saber cuándo alguien está siendo importunado por malos espíritus? En el Nuevo Testamento hay una frase importante: «*Los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas*», Si el espíritu Santo está obrando en usted, entonces usted tiene control completo de sí mismo.

No obstante, cuando el espíritu maligno está controlando, las personas en las cuales él actúa siempre vacían su mente; esos espíritus siempre colocan a las personas en una actitud

pasiva. Ese es el resultado de beber de aquel cáliz de oro. Así, muchas personas fueron engañadas y están cautivas en ese misterio.

El origen de la Astrología y de la Numerología

En el comienzo, el misterio—Babilonia estuvo limitado solamente a la tierra de Sinar. El conocimiento de los babilónicos sobre astronomía y matemáticas era muy avanzado. Como habían recibido el misterio de Babilonia, mezclaban la astronomía con aquel misterio. De esa forma surgió la astrología y también la numerología. Muchas personas hoy son cautivadas por esas cosas. Hay un poco de verdad en eso, pero son medias verdades; por eso, muchas personas son embriagadas.

Al estudiar ciertas religiones, especialmente algunas de China, se percibe en ellas algún tipo de misterio, y en esos misterios, hay algo de matemáticas. Ellas son una mezcla de ciencia con religión. Esa clase de misterio está compuesta por tres elementos: filosofía, señales y religión. El misterio es la filosofía. Esa religión se diseminó rápidamente.

El traslado del centro religioso para Roma

En el inicio, Babilonia era el centro de las religiones. Si alguien quería conocer algún misterio, debería buscarlo en Babilonia. El Imperio Medo-Persa conquistó Babilonia. Pero, a causa de la expansión de la religión, por una razón que desconocemos, aquel centro religioso pasó a Asia Menor. Los historiadores descubrieron que

doscientos años antes de Cristo, aquel centro religioso se cambió para Asia Menor. Por eso, al estudiar el Apocalipsis se ve que en Pérgamo —una de las siete iglesias— está localizado el trono de Satanás. ¿Sabe usted por qué? Porque en la religión de Babilonia había la figura del sumo sacerdote. Eso sucedió aproximadamente cien años antes de Cristo.

Después, por una razón que desconocemos, ese centro de religión se cambió para Roma. Recuerde: la bestia, el Anticristo, tiene siete cabezas. La primera de ellas se refiere al primer emperador, Julio César. Antes de llegar a ser emperador romano, él era el papa de la religión babilónica. Entonces, cuando subió al trono de Roma, él unió el centro político con el religioso. Además de eso, él asumió que era Dios, por eso exigía adoración de todas las personas. En Pérgamo, construyeron una gran estatua, y muchas personas se inclinaban ante ella. Los judíos y los cristianos sufrían con eso porque rehusaban adorar al emperador. Así, la persecución comenzó.

«*Las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer*» (Ap. 17:9). Esa mujer es la gran Babilonia; ella está sentada sobre siete montes, consecuentemente, esos siete montes deben ser la sede de la religión. ¿Qué montes son esos? Todos los eruditos de la Biblia concuerdan que esos montes son las siete colinas de la ciudad de Roma, porque la ciudad de Roma es la ciudad de las siete colinas. Con el centro político sucedió exactamente lo mismo — fue llevado del oriente al occidente. Y, de acuerdo con el capítulo 5 de Zacarías,

el centro religioso también volverá al Oriente. Cuando el Señor Jesús retorne, ese centro estará establecido en la ciudad de Irak. Eso es muy importante para entender la imagen de oro construida por Nabucodonosor.

El misterio de Babilonia en todo el mundo

El gran misterio se fue extendiendo hacia distintas regiones. Si estudia todas las religiones del mundo y sus filosofías, le aseguro que todas pueden explicarse por el «misterio-Babilonia». Ese misterio de Babilonia alcanzó Egipto, donde recibió el nombre de Isis. Cuando ese misterio fue para Irán, allá fue llamado de Mitra. Entonces esos dos misterios alcanzaron Roma. Y es exactamente ese el misterio del catolicismo. Si estudia el catolicismo, usted va a descubrir que hay una tremenda influencia de esos dos misterios que originalmente vinieron de Babilonia.

Y no sólo eso: un día ese misterio alcanzó a la India, donde hay un grupo denominado «brahmanes». Cuando esas personas recibieron ese misterio, lo corrompieron con su propia cultura. Entonces surgió una persona muy importante: Buda, quien no se sintió satisfecho con la corrupción de ese misterio, e intentó recuperar el original. Buda no introdujo una nueva fe, sino una restauración de la antigua, porque la antigua fe era el misterio de Babilonia. Así surgió el budismo, el antiguo misterio con un nuevo nombre. Es interesante observar que ese misterio se ha introducido también en la iglesia. Al estudiar la historia de la iglesia institucionalizada, usted encon-

trará allí un santo llamado Josafat, que no es otro que el mismo Buda. Su historia es la misma de Buda. ¿Cómo Buda consiguió introducirse en la Iglesia? Es por eso que la Biblia dice: «*misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA*». Ese es el misterio de Babilonia.

El dios y la diosa de los babilonios

Un documental sobre la religión babilónica, presentado en un canal de televisión, mostró a una mujer con un cáliz de oro en la mano, representando exactamente esa religión de los babilonios. Tal vez usted se esté preguntando: Si ésta es una religión, entonces debe tener un objeto de adoración. ¿Cuáles son los objetos de adoración de la religión babilónica? Aquí descubrimos algo interesante.

Al estudiar todas las religiones, se llega a la misma respuesta. Los arqueólogos que han estudiado las ruinas de Babilonia descubrieron que los babilonios tenían un dios y una diosa. Después de muchas investigaciones, ellos descubrieron que el pueblo adoraba a Nimrod y a su esposa. Nimrod fue el fundador del imperio de Babilonia.

En Ezequiel 8:14 encontramos la palabra Tamuz. Ese es el propio Nimrod. El nombre oficial de la diosa es Rhia, que significa la «gran madre de los dioses». El esposo de Rhia es Ninos, que no es otro que Nimrod. Ninos significa *hijo*. Así podemos ver que ellos adoraban a la madre junto a su hijo, y gradualmente representaron eso artísticamente por medio de figuras. Usted ya está familiarizado con

esa imagen, la de una madre santa con un hijo santo. En Babilonia, ellos adoraban esa madre y ese hijo, juntos.

Algunas personas visitaron la India y quedaron muy sorprendidas al encontrar el cuadro de una madre y un hijo siendo adorados. Busque el origen de ese objeto de culto, investigue en todas las religiones y descubrirá que casi todas las religiones adoran a la madre y al hijo juntos, aunque usan distintos nombres. En Egipto la madre se llama Isis, y su hijo, Osiris. En Babilonia, Rhia y Ninos. En la India, Isi e Iswara. En Asia, Cibeles y Deoins. En la Roma pagana, la madre es llamada Fortuna, y el hijo, Júpiter. En Grecia hay dos versiones: Ceres y el bebé; Irene y el niño Plutón. Asimismo en China se encuentran esos objetos de culto y adoración: Kwan Yin y su hijo. Los chinos oran a Kwan Yin cuando desean tener hijos.

El cumplimiento histórico y el cumplimiento remoto de la profecía

En el capítulo 17 de Apocalipsis, la gran ramera se refiere al sistema religioso mundial de los últimos tiempos. Mire este sistema desde el punto de vista histórico y verá esa gran ramera. Es por eso que Juan quedó perplejo con lo que vio: *«Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro»* (Ap. 17:6).

La historia negra de la iglesia muestra que ella fue corrompida por Babilonia. Ella tomó prestados los conceptos de otras religiones. Así, dentro de la misma iglesia, se pasó a la adoración de la madre junto al hijo.

Algunos cristianos se rehusaron a ese tipo de culto, motivo por el cual la mujer se embriagó con la sangre de los santos, y la sangre de los mártires de Jesús.

Para interpretar el capítulo 17 de Apocalipsis, debemos recordar que la profecía tiene un cumplimiento histórico, y también un cumplimiento remoto. El cumplimiento histórico ya aconteció en la historia de la iglesia. La ramera está asentada en la ciudad de Roma. Estudiando la historia de la iglesia podemos ver que eso ya se cumplió. Pero esta profecía tiene también un cumplimiento remoto. Un día, todas las religiones se unirán en una sola. En esa época, el falso profeta se hará el líder de ese gran movimiento. Esa es la segunda bestia –la que surge de la tierra– descrita en el capítulo 13 de Apocalipsis.

Ahora entendemos mejor aquella imagen de oro. Cronológicamente, hoy estamos viviendo en la parte de los pies. Algunos piensan que, por vivir en países democráticos, no tienen nada que ver con esa imagen. Pero eso no es verdad. Yo nací en una isla pequeña llamada Taiwán (Formosa). Taiwán está muy bien en su economía. Es una sociedad cada vez más democrática. Alguien pudiera pensar que si es una sociedad democrática nada tiene que ver con los ídolos. Pero no es así. Si usted quiere ganar el mundo, intentará subir hasta la cumbre de la sociedad.

Un político en Taiwán necesita pasar por todo el proceso democrático actual si quiere ser elegido. La mayoría de los políticos son ateos, no adoran ídolos. Pero, si quisieren as-

cender a una posición de relevancia por el voto del pueblo, tienen que ir a los templos y hacer exactamente como hacen los demás. Cuanto más dinero gana aquella isla, más se multiplica la idolatría.

¡Oh!, ¿quiere usted ganar el mundo? Sí, sí, alguien puede darle el mundo: basta con adorarlo. Usted dice: soy

de barro, nuestro proceso es todo democrático. No se engañe, no importa si usted es de barro o de hierro, si es demócrata o socialista; tras bambalinas aquella imagen de oro siempre exige adoración. Y, como recompensa, usted puede tener el mundo. Ese es el capítulo 3 de Daniel.

(Continuará).

j j j

El patético testimonio de Moody

«En 1871 prediqué en Chicago una serie de sermones sobre la vida de Cristo, durante cinco noches. El último sermón era sobre el tema «¿Qué haré con Jesús?», y creo que cometí uno de los mayores errores de mi vida. Era una noche de octubre, y escuché que pasaban las máquinas del cuerpo de bomberos, pero no hice mucho caso, ya que a menudo oíamos las campanas que anunciaban la existencia de un incendio. Cuando terminé de predicar le dije al auditorio:

—Quiero que llevéis la pregunta a vuestras casas; que penséis sobre ella y que el domingo que viene me digáis qué vais a hacer con Cristo

¡Qué error! Nunca más he dicho una cosa así. En aquellos momentos se estaba iniciando el gran incendio de Chicago, en el que perecieron centenares de víctimas. Recuerdo que Sankey cantaba:

«Hoy llama el Salvador; acude a él.

Cae la tormenta y está cerca la muerte».

Y así fue de un modo particular en aquella ocasión. Después del culto me fui a casa. A la una de la mañana se quemó el local donde habíamos estado reunidos y no hubo oportunidad de volver a predicar a los supervivientes de la catástrofe. Muchas almas pasaron sin Cristo a la eternidad».

D. L. Moody

Milney y Morrison

Cuando el célebre misionero Morrison ofreció sus servicios a la Misión de China, fue rechazado por no poseer un título académico. En lugar de sentirse desairado, el consagrado joven respondió:

—He dado mi vida al Señor para servirle en China. Si no puedo ir como misionero, ¿podría la Misión tomarme como criado de uno de los misioneros?

A la Junta Misionera les pareció acertada la idea, pues habría trabajos domésticos que un chino no sabría realizar en aquellos tiempos. Así que Morrison fue designado como doméstico del misionero Milney. El joven, que poseía una fantástica memoria, aprendió tan rápidamente el idioma chino que pronto pudo vestirse al estilo del país y mezclarse con el pueblo chino sin que su habla le delatase. Poco después empezó la traducción de la primera Biblia china al idioma tamil, con lo que hizo su nombre famoso entre los misioneros y en el mundo entero. Esos son los frutos del camino de la humildad.

CITAS ESCOGIDAS

La muerte del gran yo borra un mundo de miserias y trae un cielo de gozo.

A. B. Simpson

Cualquier Evangelio que no hable del pecado, del arrepentimiento, de la cruz y de la resurrección, no es Evangelio.

John R. Mott

La confesión de pecado es el SOS del alma.

Billy Graham

Señor, tú me amas mejor de lo que yo sé amarme.

Fénelon

La correcta noción de santificación no es *mi* idea de lo que Dios quiere hacer por mí, sino la idea *divina* de lo que él quiere hacer por mí.

Oswald Chambers

La oración no es un esfuerzo continuo para ganar el oído de Dios; es el resultado natural de la unión con el Gran Intercesor en el trono.

J. C. Metcalfé

No es el pecado lo que más nos humilla, sino la gracia.

Andrew Murray

La victoria no es alcanzada, sino obtenida. No es ni merecida ni conseguida. «Gracias a Dios que nos da la victoria». Cristo es nuestra victoria.

Frederic W. Farr

Cada uno de nosotros necesita ser completamente labrado, antes de que él pueda de manera eficiente laborar en otros por nuestro intermedio.

M. J. Stanford

El alma tiene que llegar al punto de descubrir que no existe nada en que ella se pueda apoyar, excepto en la profunda bondad de Dios.

J. N. Darby

¡Qué hermoso es ser nada cuando Dios es todo!

G. Tersteegen

La mirada tiene que volverse de la tierra al cielo para ver al Señor y recuperar la visión.

La **visión** perdida y recobrada



Rodrigo Abarca

Lectura: Apocalipsis 4:1-5.

Anteriormente, al principio del libro de Apocalipsis, vimos cómo en una situación de ruina espiritual y de pérdida de la visión celestial a fines del primer siglo, el Señor se reveló y habló a través del apóstol Juan a las iglesias.¹ La palabra del Señor para las iglesias busca la restauración de aquello que se ha extraviado. Y lo que se ha perdido no es algo menor, ni secundario; es nada menos que lo esencial, es la visión del Señor mismo.

Y, porque se ha perdido la visión de Cristo, la iglesia ha comenzado a perder su función, su forma y su testimonio sobre la tierra. Pero, en este punto de la historia, Dios llama nuevamente a escena a su siervo Juan, que está en la isla de Patmos, confinado e impotente frente a los avances de Satanás contra la iglesia. Y le dice: «Yo soy el Alfa y la Omega, yo soy el primero y el último. No temas, porque aunque todo en la tierra puede cambiar, yo no cambio. Yo soy el mismo, yo soy eterno, y yo sostengo a la iglesia. Yo doy vida y edifico a la iglesia».

¹ Ver Revista «Aguas Vivas» N° 33, pp. 40-48.

Así que, la primera llamada es a sacar nuestros ojos de las circunstancias negativas y adversas y a ponerlos en Aquel que es eterno, que estuvo muerto, pero ahora vive por los siglos de los siglos. La iglesia es restaurada mirando al Señor.

La preeminencia de Cristo

La visión celestial tiene dos grandes aspectos: Cristo en los cielos y su cuerpo aquí en la tierra. Cuando al apóstol Pablo se le reveló la visión celestial, él vio las dos cosas: a Cristo, pero también al cuerpo de Cristo sobre la tierra. Y vio que Cristo y la iglesia son inseparables, y que son una sola cosa en la mente y en la voluntad de Dios.

Esta es la visión celestial: ese nuevo Hombre cuya cabeza está en los cielos, pero cuyos pies se posan sobre la tierra, que está en el cielo y está en la tierra al mismo tiempo. Cristo en el cielo y el cuerpo sobre la tierra. Pero, porque la iglesia está en la tierra, también Cristo está en la tierra, y porque Cristo está en el cielo, también el cuerpo está en los cielos con él. En los cielos y en la tierra, un solo y nuevo Hombre. Esta es la visión celestial completa.

El Señor sigue con Juan el mismo orden que siguió con Pablo. El Señor siempre comienza con la revelación de sí mismo y luego viene la iglesia. Primero es Jesucristo, porque de él nace la iglesia, y ella es la expresión de Cristo. Entonces, en el orden de Dios, lo primero es enfocar toda nuestra atención en Cristo. Que él recobre su lugar, central y supremo, en la iglesia. Porque si él no tiene la preemi-

nencia, no hay ninguna posibilidad de que la iglesia sea restaurada a su vocación y testimonio delante de Dios.

El lugar donde ocurre esa visión no es el cielo. A nosotros nos parece el cielo por la forma gloriosa en que el Señor se revela. Pero el Cristo glorioso que se revela a Juan, en el comienzo de su visión, no está en el cielo. Si leen con atención, se nos dice que Juan vio siete candeleros de oro. El Señor le dice que los candeleros son las siete iglesias. Por cierto, cuando uno mira las iglesias a partir del capítulo 2, uno no ve candeleros de oro: ve problemas, carnalidades, pecados y un sinnúmero de situaciones negativas. Pero, a los ojos de Dios, las iglesias son candeleros de oro; porque esta es la visión celestial; no la visión terrenal. A los ojos del cielo las iglesias son candeleros de oro, porque están hechas de Cristo. El oro representa lo que viene de Dios.

Vea usted que el Señor no está en el cielo: está caminando en medio de los candeleros; es decir, está entre nosotros. Él se pasea en medio de las iglesias. El apóstol Pablo dijo: «...porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia». Y Juan nos muestra esto mismo: que el Señor cuida, sustenta y lava constantemente a su iglesia. Él camina en medio de los candeleros para purificar, para sostener, para restaurar y para dar vida; y para ello emplea la gloria y la riqueza de su propia persona.

La posición de la iglesia

Una vez que hemos visto al Señor, podemos ver a la iglesia del Señor. No

podemos ver primero a la iglesia y luego al Señor. Algunos hermanos quieren comenzar la restauración de la iglesia por la iglesia, cambiando las cosas de la iglesia, modificando algo aquí y modificando algo allá. Leyendo en el Nuevo Testamento dicen: «Ah, la iglesia tiene que funcionar de esta manera ... la iglesia tiene que establecerse de esta otra manera ... la iglesia tiene que seguir este otro modelo ... porque está en el Nuevo Testamento». Y comienzan con la iglesia. Pero si comenzamos con la iglesia, no vamos a ir muy lejos. Tenemos que comenzar con el Señor de la iglesia, con Cristo, antes de llegar a la iglesia. Porque no hay iglesia sin Jesucristo.

Si miramos con atención los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis, tenemos que las siete iglesias de Asia todavía retienen el modelo bíblico de iglesia en cuanto a la forma exterior. No son aún una denominación, ni un sistema, ni tampoco organizaciones humanas. Todavía son iglesias de acuerdo al pensamiento de Dios. Por eso son siete candeleros.

Pero aun así, eso no significa que esas iglesias están aprobadas a los ojos del Señor; aunque tienen la forma correcta, no significa que están aprobadas. Es necesaria la forma correcta, pero la forma no garantiza nada. Estas iglesias tienen la forma, ¡pero algunas de ellas no tienen al Señor! La forma es necesaria porque es útil al Señor de la iglesia; pero cuando el Señor se ha ido, la forma se convierte en una cáscara vacía.

Entonces, el Señor habla a las iglesias. A Éfeso: «Recuerda de dónde has caído, porque has dejado tu primer

amor». A Laodicea: «Yo estoy a la puerta». En Laodicea, el Señor está fuera de la iglesia. Están tan llenos de sí mismos, que no hay lugar para el Señor en el corazón de esa iglesia. Él está fuera del corazón de los hermanos.

Así que, no estemos orgullosos de las formas. Miremos al Señor, porque él es todo lo que necesitamos. Las formas no nos aseguran nada, pero el Señor nos asegura todo. No digamos: «Porque nosotros hacemos las cosas de esta y aquella manera, estamos bien», sino: «Porque miramos al Señor, nos mantenemos en pie. Es el Señor quien nos sostiene».

Una cosa más antes de pasar al capítulo 4. Al final del mensaje a cada una de las iglesias, el Señor repite siempre dos cosas. La primera es: «*Al que venciere...*». Cada una de las cartas termina con una promesa dirigida al que venciere. Y cada una de esas promesas están relacionadas con el propósito eterno de Dios para con Cristo y la iglesia. Y la segunda, que cada una de las cartas termina diciendo: «*El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*».

Prestemos atención a esto. Lo que el Señor está diciendo es, también, lo que el Espíritu está diciendo a las iglesias. A una iglesia, el Espíritu dice una cosa y a otra iglesia habla otra cosa. Pero a todas se les dice, en general: «*El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*». Así, pues, lo que el Señor dice a una iglesia es válido para todas.

Aunque en el desarrollo de su propósito Dios ha establecido que la iglesia se exprese en la tierra por medio

de compañías locales de creyentes, la vocación de la iglesia no es local. Si nuestra visión se vuelve tan estrecha como nuestra localidad, hemos perdido de vista al Señor.

La única razón por la cual necesitamos separarnos en localidades, es porque no somos capaces de reunirnos todos juntos. Pero si pudiéramos hacerlo, si ello fuera posible, el Señor habría hecho de esa manera su iglesia. Es una visión universal. No seamos estrechos en nuestro corazón. Necesitamos a todos los hermanos y hermanas, en el mundo entero.

La vocación celestial de la Iglesia

Ahora, vamos a la visión. Fíjense ustedes que el Señor en el capítulo 1, 2 y 3 está en la tierra. Pero miren lo que le dice al apóstol Juan. «*Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo*». Hasta ahora el Señor ha estado sobre la tierra; el Señor ha descendido para revelarse y a hablar con Juan sobre la tierra. Pero ahora el Señor llama a Juan a subir a los cielos. Pues, aunque el Señor viene a la tierra, su propósito es llevarnos a los lugares celestiales, porque nuestra vocación no es terrenal. El propósito de Dios para la iglesia no está en esta tierra; está en los cielos.

Hermanos amados, ¿recuerdan lo que dice él al final de cada carta? «*Al que venciere...*». Porque cuando la iglesia está en ruinas, ha perdido su visión. ¿Por qué han perdido la visión? Porque se han vuelto terrenales. Han perdido su calidad celestial porque han perdido la visión celestial. Entonces han descendido; los intereses de las iglesias son intereses de este mundo,

de esta vida. Sus deseos, sus motivos, su esfuerzo, su trabajo, todo lo que hacen, lo hacen con motivos y razones terrenales.

¿Dónde está nuestro corazón, hermanos? ¿Está puesto en la visión celestial? ¿En qué estás invirtiendo tu vida? ¿En las cosas de la tierra? ¿En hacer cosas que te den una satisfacción en esta tierra? Pues, incluso es posible usar el servicio al Señor para desarrollarnos y encontrar satisfacción en esta tierra.

Hermanos amados, el Señor no sólo busca gente salva: él necesita vencedores. ¿Quiénes son los vencedores? Los que han visto la visión celestial, se han pegado a ella y viven en esta tierra por causa de esa visión y sólo para esa visión. «*...lejos esté de mí gloriarme*», dijo Pablo, «*sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo*». «En cuanto a mí, el mundo no existe para mí, y yo tampoco existo para el mundo».

Entonces, el Señor llama a Juan a subir. Necesitamos que nuestras amarras y nuestras ataduras con esta tierra se corten, para ser elevados por el Espíritu hasta los lugares celestiales donde pertenecemos.

El trono inmovible

Y a Juan se le dice: «*Sube acá*». «*Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado*». En el cielo hay un trono. Juan va a conocer el misterio de la voluntad de Dios; pero, en el cielo todo comienza con el trono. Para relacionarnos con Dios, para venir a la presencia de Dios, te-

nemos que venir primero ante su trono. El trono significa autoridad; suprema autoridad.

Antes de que hubiera nada ya estaba ese trono, y cuando todo haya terminado, todas las cosas serán convocadas una vez más para dar cuenta a los pies de ese trono, pues ese trono reina desde los siglos, hasta los siglos eternos. Entretanto, la historia transcurre; entretanto, Satanás se rebela y actúa; pero un día él estará también delante de ese trono y recibirá el juicio de ese trono.

«Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda». Cuando llegamos ante el trono, nos encontramos con la autoridad de Dios y caemos de rodillas. Sin embargo, el que se sienta en el trono es como de piedra de jaspe. El jaspe es una piedra verde, diáfana y transparente. Y el verde, en la Escritura, es el color de la vida. Entonces, no es sólo un trono de autoridad; es también un trono del cual fluye la vida. Todos los propósitos del trono están relacionados con la vida. No es un trono que da muerte. Es un trono cuyo designio eterno es dar vida, y vida en abundancia. Al final de Apocalipsis, usted encuentra de nuevo el trono de Dios en medio de la ciudad; y de debajo del trono fluye el río del agua de vida de Dios; porque Dios —el que se sienta en el trono— está lleno de vida.

Y luego, hay alrededor del trono un arco iris semejante en aspecto a la esmeralda. La esmeralda también es una piedra preciosa de color verde. El arco iris representa el pacto de miseri-

cordia de Dios con la creación. Por tanto, el suyo es un trono de autoridad, pero también de vida y misericordia.

«...la primera voz que oí ... dijo: Sube acá, y yo te mostraré...». Es el Señor Jesús quien le está mostrando a Juan el trono. Porque él mismo está bajo la autoridad del trono. Él dijo: «Yo no hago nada sin mi Padre; sólo aquello que el Padre dice que haga, eso hago». Y él vino para revelarnos a Aquel que está sentado en el trono. «Nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar». El Señor nos revela al Padre, y nos muestra el trono donde se sienta el Padre.

Ahora recuerde, la visión celestial de Juan es la misma de Pablo en Efesios, aunque la visión de Juan está llena de símbolos espirituales. Los capítulos 4 y 5 de Apocalipsis son equivalentes a los tres primeros capítulos de la carta a los Efesios. Están presentes las mismas cosas, pero lo que hace Juan aquí es ponerlas en orden, pues cuando la iglesia ha perdido su esencia, se requiere volver al principio, y hacerlo, además, en forma ordenada.

Dios tiene un orden espiritual para todo, y en ese orden lo primero es su trono. No podemos venir a Dios sino reconociéndole como la autoridad suprema y absoluta sobre nosotros. Por cierto, a Jesucristo podemos venir como un amigo, pero ante Aquel que se sienta en el trono, sólo podemos venir diciendo: «Tú, oh Señor, reinas». Este es el camino para la restauración de la iglesia.

«Y alrededor del trono había vein-

ticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas». Lo segundo que Juan ve, después que ha visto el trono y todo lo que éste representa, es que alrededor (y bajo su autoridad) hay veinticuatro tronos más.

En la Escritura, el número 24 es el producto de la suma de 12+12. Doce es el número del pueblo de Dios: doce tribus para el pueblo de Israel en el Antiguo Testamento, y doce apóstoles para la iglesia de Jesucristo en el Nuevo Testamento. El número 24 es la totalidad del pueblo de Dios. Ahora, se presenta ese número en veinticuatro tronos, porque desde el punto de vista de Dios, la iglesia está llamada a reinar juntamente con Cristo, a ejercer la autoridad del trono sobre la tierra.

Pero cuando la iglesia pierde la visión celestial, también pierde su función en la tierra. ¿Usted se ha preguntado alguna vez por qué, después de haber sido salvos, seguimos en la tierra? ¿Por qué el Señor no nos lleva de inmediato con él? Pienso que es porque el Señor quiere que ejerzamos y representemos su autoridad sobre la tierra.

Estos son los propósitos eternos de Dios, y no van a cambiar. El Señor necesita que su pueblo ejerza su autoridad sobre la tierra, para expulsar a Satanás y terminar con la rebelión que hay en ella. En el cielo, los ángeles corren para cumplir la voluntad de Dios; allí la voluntad de Dios no es estorbada. Pero sí en la tierra. El ángel rebelde ha caído a la tierra y ha puesto al hombre en rebelión contra

Dios. Entonces, aunque el Señor está gobernando, aquí en la tierra no está siendo obedecido.

Uno de los propósitos del Señor para su iglesia es que ella ejerza la autoridad del cielo sobre la tierra. Por eso, él enseñó a orar: «Venga tu reino y hágase tu voluntad aquí en la tierra». La iglesia puede y debe orar para traer la voluntad de los cielos a la tierra. ¡Qué grande y misericordioso es nuestro Dios! Porque él podría de inmediato terminar con la rebelión que hay en la tierra, pero él quiere hacerlo con nosotros.

«*Veinticuatro ancianos*». La palabra anciano aquí, en griego, no es ancianos de edad. Es presbítero, es decir, uno que representa la autoridad del Señor en la iglesia. Esta es, por consiguiente, la vocación celestial de la iglesia. Estamos llamados a reinar juntamente con Cristo.

Si usted lee todas las promesas dadas a los vencedores en los capítulos 2 y 3, varias de ellas dicen: «Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono», y, «le daré autoridad sobre las naciones». Lo mismo que el Señor recibió del Padre, él ahora quiere que la iglesia lo reciba de él.

«*Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios*». En la Escritura, los relámpagos, los truenos y las voces representan la revelación, la palabra y los mandamientos de Dios. Cuando el Señor descendió al monte Sinaí para hablar con Moisés, de la nube que cubría el mon-

te salían truenos, relámpagos y voces; porque el Señor estaba revelando su palabra y hablando su voluntad a Moisés.

Esto es muy importante. El trono no es una figura decorativa. El que está sentado en el trono gobierna, reina, ejerce su autoridad en el universo. Este trono está particularmente relacionado con la iglesia aquí en la tierra. Los planetas oyen la voz del trono, y obedecen; los ángeles en el cielo cumplen la voluntad del trono. Pero cuando él habla, ¿quién, en la tierra, oye su voz? ¿Acaso la escuchan los príncipes de este mundo, los presidentes de las grandes naciones y las superpotencias de este mundo? No. El trono de Dios está relacionado con la iglesia de Jesucristo aquí en la tierra.

Entonces, cuando el Señor habla en los cielos, ¿quién tiene que oír y expresar la voluntad de su trono aquí en la tierra? La iglesia de Jesucristo. Por eso, «*el que tiene oídos... oiga*». Porque, si la iglesia no escucha, ¿cómo podrá el trono ejercer su autoridad en la tierra? ¿Se da cuenta, cuán importante es la vocación celestial de la iglesia?

No estamos en la tierra para trabajar, enriquecernos, ser mejores profesionales, tener bonitas familias y comprar buenos autos y buenas casas. No, estamos en la tierra para hacer la voluntad del trono que está en los cielos. No hay otra razón. Si no fuera por eso, él ya habría terminado con este mundo. Pero él tiene misericordia y alarga los tiempos; porque espera que su iglesia escuche su voz y lleve a cabo su voluntad sobre la tierra.

¿Estamos oyendo la voz del tro-

¿Usted se ha preguntado alguna vez por qué, después de haber sido salvos, seguimos en la tierra? ¿Por qué el Señor no nos lleva de inmediato con él?

no? ¿Oímos al que habla desde los cielos, la voz del cual conmovió una vez la tierra, pero, como está escrito, conmoverá otra vez los cielos y la tierra? Hoy habla con misericordia; un día hablará para acabar todo. ¡Qué responsabilidad tenemos, todos y cada uno de nosotros!

Por eso dice inmediatamente que «delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios». Si usted lee el versículo 5:6, lo mismo que está delante del trono está también en Cristo: «...estaba en pie un Cordero como inmolido, que tenía siete cuernos y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra». ¿Para qué? Para que por toda la tierra se escuche su voz, y por todo el mundo sus palabras. ¿Quiénes tienen que escuchar su voz? Los suyos, sus siervos, su pueblo, la iglesia de Jesucristo. «*El que tiene oídos para oír, oiga*». ¿Qué es lo que habla el Espíritu? Lo que habla el trono; los propósitos y la voluntad del trono de los cielos.

La voluntad eterna

«*Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y junto al trono, y alrededor del trono,*

cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás. El primer ser viviente era semejante a un león; el segundo era semejante a un becerro; y el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un águila volando. Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir».

Estos cuatro seres vivientes aparecen también en la visión de Ezequiel, y en la visión de Isaías. En Ezequiel se les llama querubines, y en Isaías, serafines. En nuestra Biblia dice seres vivientes, pero, en el griego, se les llama simplemente vivientes. Cuatro vivientes. ¿Por qué?

En el griego, existen dos palabras para decir vida, que en nuestra Biblia no siempre se traducen correctamente. Por un lado, la vida humana es psiqué, que a veces se traduce como alma, y otras como vida. Cuando el Señor dice: «El que halla su vida, la perderá», en griego es: «El que halla su psiqué, su alma, la perderá; pero el que la pierda, para vida eterna la guardará». La palabra vida eterna aquí es zoé. Siempre que se habla de la vida divina se emplea zoé. Ahora, estos seres que describe Juan, son llamados zoon, es decir, «vivientes» que expresan la misma clase de vida que tiene Dios: zoé.

Lo segundo que vimos en el trono es que el que se sienta en él está lleno de vida. Ahora, estos seres vivientes son la expresión de esa vida. Son cuatro, porque cuatro es el número de la

creación de Dios: los cuatro puntos cardinales y los cuatro términos de la tierra. Pero, ¿qué más representan estos cuatro seres vivientes? Se nos dice que son como un león, un becerro, un hombre, un águila volando. Sabemos que esos cuatro rostros son los cuatro aspectos del Señor Jesucristo en los evangelios.

Entonces, estos cuatro seres vivientes, por un lado, representan la creación de Dios, y por otro, representan a Cristo. Esto expresa el propósito del trono: llenarlo todo, la creación entera, de Cristo. Por eso están llenos de ojos por delante y por detrás. ¿Por qué tantos ojos? Porque, ¿cuántos ojos necesita usted para conocer a Cristo? El Señor Jesucristo es tan grande, que se necesitan estos cuatro seres vivientes para expresar el conocimiento de él en plenitud. Con dos ojos vemos sólo una parte. Sin embargo, para conocer a Cristo en plenitud, se necesitan todos los hijos de Dios, porque con la mirada de todos tenemos la visión completa de Cristo. Con tu mirada, con mi mirada, tenemos una porción; pero si juntamos la visión de todos los hijos de Dios, tenemos a Cristo en plenitud.

Por otra parte, siempre que aparecen los querubines en la Escritura, lo hacen en relación con la gloria de Dios; ellos aparecen para separar a Dios y su gloria de todo aquello que no es parte de su gloria. Cuando el hombre pecó en el huerto, Dios puso querubines para separar al hombre del árbol de la vida; porque los querubines representan la santidad y la grandeza de la gloria de Dios. Dios no puede ser contaminado por el pecado, ni por

el mal. Ellos guardan esa separación, por eso están alrededor del trono, y por eso dicen: «*Santo, santo, santo*».

Santidad significa separación. Cuando el Señor mira a las iglesias, él separa lo santo de lo profano, lo celestial de lo terrenal, lo divino de lo humano. Eso significa que el propósito de Dios no puede ser contaminado por el hombre. Que no podemos mezclar nuestros pensamientos con los pensamientos de Dios, nuestros intereses con los intereses de Dios. La iglesia tiene que ser totalmente santa. Todo lo del hombre tiene que ser excluido de la casa de Dios.

«Santo, santo, santo». Los querubines están a favor de Dios, y en contra de lo que hace el hombre. Ponen una separación que nadie puede cruzar, como celos guardianes de la gloria y de la santidad de Dios. «Yo Jehová, y a otro no daré mi gloria».

«Y siempre que aquellos seres vivientes dan gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo: Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existes y fueron creadas.»

Hermanos amados, hay una voluntad suprema que creó todas las cosas y que rige todas las cosas: la voluntad de Aquel que se sienta en el trono. La Escritura nos dice que esa voluntad es una sola. Algunos hermanos piensan

que Dios tiene una voluntad distinta para cada persona. Pero no. Dios tiene una sola voluntad: su voluntad eterna, por la cual creó, conduce y gobierna todas las cosas para llevarlas al cumplimiento de esa voluntad.

La visión celestial, que gobierna todas las cosas, es la voluntad del trono. Y, ¿cuál es la voluntad del trono? «Reunir todas las cosas en Cristo». Que Cristo sea cabeza, sea Señor, sea centro de todo, y aquel que lo llena todo en todo. Y que esto se lleve a cabo por medio de su iglesia.

Entonces, la visión de Juan en este capítulo es que nosotros subamos para hacer nuestros los intereses, los designios y la voluntad de Aquel que se sienta en el trono.

La restauración de su voluntad sobre la tierra

En el capítulo 5, Aquel que se sienta en el trono tiene un libro en la mano, escrito por dentro y por fuera. Dice la Escritura que nadie podía abrir el libro, ni tocarlo, ni mirarlo. ¿Por qué? Porque ese libro contiene todos los decretos y designios de su voluntad. En otras palabras, cómo es que esa voluntad se va a llevar a cabo finalmente.

Todo está en el libro, pero nadie podía abrir el libro. La voluntad de Dios estaba inhabilitada, porque el hombre había caído. Porque el instrumento que Dios creó para la ejecución de su voluntad estaba muerto en sus delitos y pecados. Por eso Juan dice: «*Y lloraba yo mucho*».

«Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido

para abrir el libro y desatar sus siete sellos». ¡Cristo ha vencido para abrir el libro y desatar los sellos, y llevar a cabo la voluntad eterna de Dios! Los sellos están abiertos, los jinetes están cabalgando, y la voluntad de Dios se está llevando a cabo en el mundo. ¡El Cordero que fue inmolado ha vencido!

El propósito eterno del trono fue estorbado un día, porque el hombre cayó. Pero el Cordero vino, y fue inmolado en la tierra, y recuperó al hombre para la voluntad de Dios. Un día, Juan y los otros apóstoles en el monte de los Olivos, vieron que el Señor fue llevado al cielo, hasta que una nube lo ocultó de sus ojos. ¿Qué pasó después? No lo supieron. Pero vino un día, muchos años más adelante en la vida de Juan, cuando los cielos se abrieron para él, y por pri-

mera vez pudo ver lo que había ocurrido con el Señor.

Juan vio que cuando el Cordero subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo, más allá de las nubes, entró en la presencia de aquel trono inmovible, y se presentó con su propia sangre delante de Dios, para redimirnos. Cristo nos llevó consigo a la gloria, y nos presentó ante el Padre, sin mancha, sin arruga, sin pecado. Su iglesia, rescatada para el Padre y para su propósito eterno. Por eso, el Padre le dio el libro. Y el Cordero abrió el libro y desató sus sellos.

¡Bendito es el Cordero de Dios, que nos ha redimido y nos ha llevado a la presencia de Dios, y nos ha sentado en los lugares celestiales, y nos ha dado su propia gloria, para que reinemos con él, y para que hagamos su voluntad! Amén.

j j j

Una demostración tajante

El satírico rey Federico I, amigo de Voltaire, preguntó en cierta ocasión al pastor que hacía las veces de capellán en su corte:

–Quisiera una demostración clara y contundente de que Dios es Dios y la Biblia es su Palabra, pero la quiero concisa y contundente; ya sabes que soy hombre de pocas palabras.

–Si Su Majestad lo permite, se la daré en una sola palabra.

–¡Bravo! –dijo el rey irónicamente–. Di esta palabra.

–Los judíos –fue la respuesta del pastor.

El rey, que conocía bien la historia de este pueblo, se alejó medita-bundo.

La razón de Hadyn

Alguien preguntó a Hadyn por qué oía siempre tan alegre su música religiosa.

–Es que cuando me pongo a pensar –explicó el célebre músico– en lo que Dios es, lo que ha hecho y lo que se propone hacer con sus redimidos, incluyéndome a mí mismo, no puedo menos que ponerme alegre, y la alegría del corazón salta a las notas.

Reflexiones acerca de la naturaleza y alcances de la visión celestial.

En torno a la **visión**



Eliseo Apablaza

Lecturas: Isaías 55:8, Romanos 11:33.

La expresión ‘visión celestial’ es muy significativa, porque la palabra ‘visión’ tiene que ver con ‘ver’, y nosotros sabemos que el hombre, por naturaleza, es ciego. El ciego de Juan capítulo 9 nos representa espiritualmente a todos nosotros en nuestra condición natural.

Y luego, si a ese sustantivo le agregamos el adjetivo ‘celestial’, entonces hacemos aun más difíciles las cosas, porque el que no tiene visión espiritual, ¿cómo podría tener, más encima, una visión celestial? Así que, cuando hablamos de la visión celestial, estamos hablando de cosas que están fuera de nuestro alcance.

Algo superior a la carne y la sangre

¿Y cómo es que hombres y mujeres pecadores pueden decir que han visto algo celestial?

El propósito de Dios, y la visión celestial, es muy anterior a nosotros. Dios se forjó un propósito antes de la creación del hombre. Dios trazó un plan, y él lo ha estado realizando en forma concienzuda y precisa. Él ha trazado los tiempos, los tramos, las épocas, en el desarrollo de este propósito. Antes de nosotros hubo muchos hombres y mujeres que, en su tiempo, corrieron el tramo de su carrera, y que fueron fieles a la visión.

Santiago dice que somos como una

niebla; Pedro dice que somos como la hierba; Job dice que somos como una sombra que pasa. Eso es el hombre. Entonces, hablar de la visión celestial significa hablar de cosas tan grandes y tan altas, que nosotros no debemos presumir de ellas.

Cuando leemos a los hermanos que fueron antes que nosotros, nos damos cuenta de que ellos vieron bastante más. Y nosotros leemos sus escritos, y a veces predicamos inspirados por lo que ellos escribieron, y pareciera que con sólo leerlos, y luego predicar, ya la visión está. Pero olvidamos cuánto ellos sufrieron, cuánto tuvieron que morir a sí mismos, cuántos quebrantos tuvieron que experimentar por causa de la visión.

La visión celestial no es simplemente algo que nosotros leemos a través de los escritos de otros, o que escuchamos del testimonio de otros. Es algo que hemos visto de Dios y que se escribe a fuego en nuestro corazón; es algo que se prueba en el día difícil; es algo que está sometido a muchas contradicciones. De manera que tenemos que mantener siempre una actitud muy humilde delante del Señor, para que en su gracia él nos conceda ver realmente su propósito.

La visión celestial trae pérdida en el plano terrenal

Ahora bien, cuando Dios decide otorgar su visión —la visión celestial— a los hombres, primero tiene que limpiar. Y en esa limpieza que él hace, en ese barrido, arranca varias cosas que a nosotros nos parecían preciosas, de tal manera que no quede vestigio de lo que antes hubo.

Cuando miramos la vida de Moisés, o la vida de Pablo, nos damos cuenta cuán profundo fue el barrido que Dios hizo. Moisés había sido criado en toda la sabiduría de los egipcios, poseía la mejor enseñanza de su tiempo. Una muestra de la sabiduría de los egipcios son esas pirámides que están en pie hasta el día de hoy. Es muy probable que Moisés, por ser «hijo de la hija de Faraón», tuviera acceso al conocimiento secreto, al conocimiento de elite.

Pero, ¿se imaginan ustedes que a la hora de construir el tabernáculo en el desierto, Moisés le hubiese dicho al Señor: «Señor, ¿por qué no hacemos el tabernáculo en forma de pirámide?».

¿Qué diremos de Pablo? Pablo había sido enseñado a los pies de Gamaliel, uno de los principales rabinos de su época. Sin embargo, fue necesario que Pablo llegara a estimar todas esas cosas como basura, por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús.

Ustedes que han visto algo de esta visión celestial, ¿cuánta pérdida les ha traído? ¿Cuántas cosas Dios ha tenido que barrer en ustedes? Ahora, si es que no se ha barrido nada, si es que usted no ha perdido nada, tal vez signifique que usted no ha recibido mucho de esta visión celestial. Porque la visión celestial es incompatible con las visiones terrenas.

La visión celestial trae pérdida en el plano terrenal. Cuando usted ha visto algo, por gracia, allá en los cielos, entonces las cosas de la tierra empiezan a perder su brillo. Entonces quedan de lado profesiones, títulos, negocios. Si no estamos dispuestos a

perder, no podremos ganar en Dios.

Esta visión celestial nos cautiva, nos atrapa. Esta visión nos caza, como la presa es atrapada por el cazador. Dios nos ha cazado con una flecha que es como un arpón, porque nos deja atados a él. Esta visión que él ha puesto en tu corazón nunca te va a dejar en paz para dedicarte libremente a otras cosas. El Señor te dio con su flecha, y él no te soltará más.

Esta es una visión que nos cala profundo, que se mete en nuestros huesos, hasta los tuétanos. Después que hemos visto a Jesús, ¿podríamos aceptar un sustituto? Después que hemos visto algo acerca de la iglesia, ¿podemos aceptar un remedo de ella? Si fuéramos algo nuestro, entonces podríamos reemplazar esta visión por otra, ¡pero es la visión celestial!

La visión celestial trae implícito un llamamiento

La visión trae, implícito, un llamamiento. Cuando Dios llamó a Moisés desde la zarza ardiente, él le dijo que lo necesitaba para hacer una obra. Cuando el Señor llamó a Pablo, camino a Damasco, él le dijo también que lo necesitaba para algo. La contemplación de esta visión no nos deja de brazos cruzados. Ella nos mueve a la acción, nos muestra una tarea que hay que realizar.

La visión nos llama, nos convoca, y nos hace responsables por ella. Cuanto más vemos, más responsables. Si nosotros no viésemos nada, Dios no nos pediría nada. Una de las cosas que siempre me hace temblar es este pensamiento: «Soy responsable por lo que veo».

¿Cómo invertiremos nuestros días de aquí hasta que muramos? ¿Cómo usaremos nuestras fuerzas, nuestra inteligencia? ¿Qué uso haremos de la experiencia que tenemos, de los años que hemos recorrido con el Señor? ¿Qué uso estamos haciendo de los recursos que manejamos?

A juzgar por la manera como manejamos nuestros recursos, a veces da la impresión de que la visión celestial no nos ha cautivado lo suficiente. El uso que hacemos de nuestros recursos no es proporcional a la visión celestial. ¿Cuán responsables estamos siendo nosotros por lo que vemos?

Esta visión que el Señor nos ha dado está llegando a muchos hermanos de otros lugares, pero creo que no estamos todavía haciendo lo suficiente para que esta visión se divulgue más, para que esta palabra corra por otros lugares y alcance otras zonas que aún no han sido alcanzadas.

Que el Señor nos ayude, porque necesitamos hacer un esfuerzo unánime para poder ir más allá. Donde no esté la visión, tenemos que compartirla; donde ya está, tenemos que confirmarla en el corazón de nuestros hermanos. Si es que están cansados, si es que están atribulados, si es que han estado siendo probados, ellos necesitan—como nosotros también necesitamos— de que un hermano esté al lado para decirles: «Sí, hermano, estás creyendo lo correcto. ¡Sigue adelante!». Varios hermanos de otros países han venido a nosotros a decirnos eso. Y nosotros también tenemos que ir a ellos para decirles lo mismo. Necesitamos reforzar esta visión, y alentarlos unos a otros; necesitamos actuar

con responsabilidad.

Hay muchos lugares que reclaman nuestra atención y nuestra presencia. ¿Qué haremos? ¿Qué es lo que hace el Señor Jesús como sumo sacerdote? Hagamos lo mismo nosotros como sacerdotes de Dios. Tomemos todos estos lugares, todas estas personas, sobre nuestro corazón y sobre nuestros hombros, para interceder por ellos, para que el Señor nos conceda en su gracia llegar hasta ellos y compartir lo que de él hemos recibido.

Cuando el Señor le muestra la visión a Isaías, el profeta ve toda su defeción, su pecado. Pero luego que él es purificado, entonces, el Señor dice: «¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?». E Isaías dice: «Heme aquí, envíame a mí». Aquí hay un llamamiento y hay una respuesta. Isaías responde, y entonces el Señor le encomienda la misión.

Isaías no dice: «Yo voy», sino «Envíame». Y eso significa ponerse a disposición de Dios para que él diga «ahora», o diga «mañana», o «al año siguiente»; «de esta manera» o «de esta otra manera». No significa salir corriendo a hacer lo que uno piensa que Dios quiere que haga, sino poner-

En las batallas de Dios, reciben la misma recompensa los que van al frente y los que se quedan apoyando desde atrás, los que bajan al pozo y los que sujetan la cuerda.

se a su disposición. Así que tiene que haber ese sentido de responsabilidad ante el llamamiento, y la disposición para ser enviado.

Hermano, quisiéramos desafiar tu corazón, para que esta noche respondas al Señor: «Envíame a mí». El Señor nos está llamando, nos está mostrando una visión de su gloria, de su propósito. Nos está mostrando los campos blancos para la siega. Dios necesita enviar; ¿podremos nosotros decir: «Envíame a mí»?

Ahora, tal vez tú digas: «Yo no he sentido que Dios me envíe a hacer la obra». ¿Pero, sabes? El Señor puede hacer que tú seas uno que 'sostenga la cuerda'. Ustedes conocen la historia de Guillermo Carey. Él sintió el llamado para ir a la India. Cierta vez, en una conversación con otros pastores y ministros, él les dijo: «Si ustedes sostienen la cuerda, yo bajo al pozo». Y el Señor le dio a Carey hombres idóneos que sostuvieron la cuerda por veinte o treinta años, mientras él servía en la India.

Entonces, todos podemos decir: «Envíame a mí»; todos nos podemos disponer; unos para ir, y otros para sostener la cuerda. Nosotros creemos y afirmamos la unidad del cuerpo de Cristo, que somos uno en el Señor. Por tanto, si en este hombre corporativo, unos van y otros sujetan la cuerda, es que todos vamos.

Ustedes se acuerdan del principio que estableció David en las guerras de Israel. Antes, sólo los que iban a la batalla tomaban parte en el botín; los que se quedaban con el bagaje no tocaban nada. Pero David dijo: «La misma parte del botín les pertenece a los que van

a la batalla y a los que se quedan cuidando el bagaje». Y eso se convirtió en ley en Israel. De aquí se deriva un principio espiritual que tiene vigencia hoy. En las batallas de Dios, reciben la misma recompensa los que van al frente y los que se quedan apoyando desde atrás. Los que sujetan la cuerda reciben la misma recompensa que los que bajan al pozo.

Todos somos responsables, y todos tenemos que hacer la mejor inversión.

La obediencia permite ir ampliando la visión

Cuando nosotros obedecemos, la visión celestial se amplía cada vez más. Cuando Abraham salió de Ur de los caldeos, no tenía la visión muy clara. Lo sabemos, porque él se quedó en un lugar llamado Harán. Pensó que esa era la buena tierra a la cual Dios lo llamaba. Y pensó, además, que podía llevar consigo a su familia, cuando Dios lo llamaba a dejar su tierra y su parentela. Por eso Dios tuvo que llamarlo de nuevo en Harán, y decirle: «Abraham, todavía no has llegado; hay un tramo más».

Yo quisiera decirles a ustedes, de parte del Señor: «Hermanos, todavía no han llegado; falta un poquito aún». Esto a lo que hemos arribado no es el todo. Tenemos que seguir avanzando; la visión es más amplia de lo que hoy estamos realizando.

Lo mismo pasa con Moisés. Dios lo llamó de la zarza con el objetivo de sacar al pueblo de Israel de Egipto. Sin embargo, a medida que leemos el libro de Éxodo, nos damos cuenta que Dios tenía otro propósito más amplio

aún; porque no sólo quería sacar a su pueblo de Egipto, sino que quería llevarlo a una realidad más alta. Sacarlo de Egipto podría significar meramente que ellos pasaran de ser un pueblo de esclavos a un pueblo itinerante. Entonces, cuando lo lleva al monte, Dios le dice a Moisés que él quería habitar en medio de su pueblo, y le muestra el tabernáculo. Cuando Moisés vio la zarza ardiendo, no supo todo a lo que Dios lo estaba llamando. Vio una parte del todo, pero no el todo.

Hermanos, ¿cuántas cosas tendrá el Señor preparadas para nosotros todavía? ¿Cuál era nuestra visión hace diez o veinte años atrás? ¿Se fijan que era muy pequeña? No digo que hoy esté completa, pero al menos ha aumentado un poco. Y todavía queda mucho más.

La obediencia amplía la visión. Veamos por un momento a José, y veamos los alcances que puede tener la visión. Su vida es un ejemplo de esto. Cuando José llegó a Egipto, pasó por muchas dificultades, pero llegó a ser gobernador en Egipto. José recibió toda la honra y la gloria que un hombre quisiera en el mundo. Sin embargo, cuando él estaba muriendo, dijo a sus hijos: «Dios ciertamente os visitará, y entonces llevaréis mis huesos de aquí a la tierra que Dios os dará».

José era grande, rico, y poderoso en Egipto. Sin embargo, él tenía la mirada más allá, en las cosas eternas. Él tenía puesta la mirada en la buena tierra. ¡Qué amplia era la visión de José! Así también, nuestra mirada, nuestra visión, es celestial, y está puesta mucho más allá de las cosas que nos rodean.

La visión nos sostiene

Estos días, alguien de nosotros dijo: «Tenemos que levantar el estandarte y sostener la visión». Siendo verdad eso, yo quisiera decir algo que pudiera parecer contradictorio, pero que no lo es. Es sólo una paradoja, de esas muchas paradojas que tiene el evangelio: La visión es la que nos sostiene a nosotros, y no nosotros a la visión.

Cuántas veces en nuestro corazón hemos sido como Juan Marcos, desertores; como Demas, amadores del mundo; como Diótrefes, amando el primer lugar; o como Saúl, pecando de obstinación y de rebeldía. El Señor nos ha perdonado y la visión nos ha sostenido. No podemos nosotros presumir de hacer la gran proeza de sostener la visión de Dios. Dios es muy persistente; él llevará adelante su obra. El Señor es el que nos sostiene.

Ustedes han leído que cuando Pablo, luego de su conversión, intentó predicar en Damasco y en Jerusalén, los hermanos lo llevaron de vuelta a Tarso, su tierra, como diciendo: «Mira, Pablo, es mejor que te vayas a Tarso, porque estás causando muchos problemas aquí». Seguramente, Pablo se sintió bastante mal, y tal vez haya dudado de su llamamiento, porque fue como ponerlo en silencio. Pero más adelante Bernabé lo fue a buscar para que sirviera en Antioquía. El Señor, que lo había llamado, que le había mostrado su visión, a su tiempo, lo vuelve a traer.

Algunas veces nosotros también hemos sido llevados al silencio, y hemos estado a punto de sucumbir. Porque esto es demasiado grande para nosotros. A veces la carga se hace de-

masiado pesada. A veces nuestra alma se muestra tan dura, tan complicada, que llegamos a pensar: «No serviré; hasta aquí no más llego». Sin embargo, cuando llegamos a ese punto, nos damos cuenta que es Dios quien nos está sosteniendo, que es la visión la que nos sostiene y no nosotros quienes sostenemos la visión.

Miremos a David. Es muy emocionante el momento en que David fue ungido rey. Era un jovencito. Pero uno no lo encuentra reinando de inmediato, sino que aparece tocando el arpa para Saúl. Y después está en el campo, cuidando las ovejas de su padre. Entonces, uno se pregunta: ¿Qué sentido tuvo que Samuel fuera a ungirlo como rey, si el rey está cuidando las ovejas? David pudo haberse preguntado legítimamente: «Tal vez fue todo una broma. Soy rey, pero estoy aquí cuidando las ovejas de mi padre, mientras mis hermanos están en la guerra. Yo estoy aquí como el más pequeño de todos...». A veces parece que Dios se olvida de nosotros, que nos abandona, parece que todo es mentira. Sin embargo, Dios es muy persistente. Entonces, Dios nos trae de nuevo, nos coge, nos levanta, y nos vuelve al camino.

Hay una frase en 1ª Timoteo 1:11 que me ha alentado muchas veces: «...*Según el glorioso evangelio del Dios bendito, que a mí me ha sido encomendado*». Noten la frase: «...que a mí me ha sido encomendado». Otra versión de la Escritura dice: «...al cual yo fui confiado». La frase completa podría traducirse así: «...*según el glorioso evangelio del Dios bendito, al cual yo fui confiado*».

¿Quién sostiene a quién? ¿Es Pa-

blo que sostiene el evangelio, o es el evangelio que lo sostiene a él? Nosotros fuimos confiados al evangelio. Es él el que nos sostiene. ¡Bendito es el Señor!

Toda visión celestial apunta a Cristo y la Iglesia

Para terminar, quisiera decir que toda visión apunta a Cristo y la iglesia.

Cuando Abel recibió la revelación acerca de la ofrenda que debía ofrecer, él estaba anticipadamente hablando, sin saberlo quizás, acerca de Cristo en su perfecta ofrenda expiatoria en la cruz. Cuando Noé recibió la visión acerca del arca que tenía que construir, él tal vez sin saberlo, estaba prefigurando a Cristo, porque sólo en Cristo nosotros escapamos de los juicios que vienen sobre el mundo. Cuando Abraham fue llamado a la tierra de Canaán, él no sabía —aunque es posible que lo haya sabido— que esa buena tierra hablaba de Cristo. Y por eso él no podía quedarse en Harán, porque él tenía que avanzar hasta Cristo.

Moisés no sólo fue llamado para sacar a Israel de Egipto, sino para edificar el tabernáculo, el cual es Cristo y su iglesia. David no sólo fue llamado para vencer, para establecer un reino, para crear canciones e inventar muchos instrumentos musicales. Fue llamado para recibir el diseño del templo, y entregárselo a su hijo Salomón; y en el diseño de ese templo, David nos está

hablando de Cristo y de la iglesia.

Isaías, cuando vio la gloria de Dios, tal vez no sabía, pero a quien él vio fue a Cristo. (Jn.12:41). Cuando Pedro vio la visión del lienzo, él vio a los judíos y a los gentiles siendo uno solo en la iglesia, y por eso pudo entrar a la casa de Cornelio, y después ir a Antioquía.

La visión de Dios siempre tiene como objetivo mostrar algo acerca de Cristo y de la iglesia. Cuando Pablo vio al Señor Jesús, vio al Hombre celestial. A Jesús exaltado, glorificado — la Cabeza— y luego en Ananías él tocó al cuerpo de Cristo.

Y cuando el Señor le muestra a Juan la revelación del Apocalipsis, ¿qué le muestra, sino a Cristo, siendo recibido arriba en gloria, recibiendo el lugar de preeminencia, la autoridad para abrir el libro y desatar sus sellos, y para que en ese acto de desatar los sellos de ese libro pudiera conocerse el fin de la historia humana? Nosotros conocemos cuál es el fin de la historia humana. Cualquiera sea la circunstancia presente en este mundo, sabemos que Dios llevará adelante su propósito, y que el Señor Jesucristo reinará con su iglesia.

Que el Señor nos permita volver de aquí con el corazón más aclarado, con los ojos espirituales más abiertos, con la visión más definida en nuestro corazón, con una rendición del corazón mucho mayor; de modo que el Señor pueda llevar adelante, en nuestros días, lo que él se ha propuesto. Amén.

La visión celestial, cuando es vista, encarnada y vivida, se transforma en nuestro mensaje.

Nuestro anuncio



Roberto Sáez

Lectura: 1ª Juan 1:1-4.

Quiero poner el acento en el anuncio de lo que hemos visto y oído. Si lo que hemos visto y oído es la visión celestial, el resultado de haber visto esta visión, es primeramente que esta visión aterrice entre nosotros. Luego, esto, que es celestial y que es posible vivirlo, es lo que se transforma en nuestro anuncio. Lo que hemos visto y oído, lo que palpamos nuestras manos, lo que hemos contemplado tocante al Verbo de vida, esto es lo que os anunciamos.

El estilo de vida celestial

A Dios le agradó salvar al mundo por la locura de la predicación, él quiso que la forma de manifestar su vida

a un mundo que estaba muerto fuese a través del anuncio de la Palabra. Cuán importante es el ministerio de la predicación. Pero qué sería de nuestra predicación o de nuestro anuncio, si lo nuestro fueran sólo conceptos y palabras de una visión celestial, y no tuviéramos la realidad de esa visión. Pero lo maravilloso es que la vida se manifestó y la hemos visto, la hemos tocado; está entre nosotros. Y esta vida ha producido algo en nosotros, ha producido la comunión.

Esta vida se nos manifestó. Y esta es una vida comunitaria, una vida en familia, una vida en pluralidad de personas, y que lleva consigo también un estilo de vida, una manera de ser, de

comportarse, en que varias personas, teniendo una igualdad de naturaleza y de sustancia, comparten una vida común, con características propias y únicas, en que el uno vive para el otro, se entrega completamente al otro. En que el Padre, por ejemplo, le entrega todas las cosas al Hijo, y el Hijo, igualmente, le entrega todas las cosas al Padre.

Es maravilloso contemplar, a través de las Escrituras, cuál ha sido el comportamiento del Padre desde el principio hasta el fin, cuál ha sido el comportamiento del Hijo desde el principio hasta el fin, y cuál ha sido el comportamiento del Espíritu Santo desde el principio hasta el fin. Tenemos el cuadro completo en la Escritura.

Al contemplar al Padre, lo vemos prefiriendo al Hijo en todas las cosas; nos maravillamos de su carácter. Y por eso, en una salutación final, Pablo dice: «El amor de Dios el Padre, la gracia de nuestro Señor Jesucristo y la comunión del Espíritu Santo estén con todos ustedes».

«*El amor del Padre*». El Padre se caracteriza por el amor. Por amor, él entregó todas las cosas en las manos del Hijo; le entregó el universo entero, toda la creación, siendo él el mayor, teniendo el derecho de reclamar para sí todas las cosas que fueron creadas por el Hijo. Porque el Padre, teniendo la facultad de haber creado él todas las cosas, le permitió al Hijo que las creara. Juan nos dice que nada fue hecho sin el Verbo, y que de él, por él y para él fueron hechas todas las cosas. ¡Qué corazón el del Padre! Un corazón generoso, un corazón que lo

rinde todo, lo entrega todo, por el Hijo. «El amor de Dios el Padre esté con todos ustedes».

«*Y la gracia de nuestro Señor Jesucristo...*». Habiendo sido constituido heredero del universo, y habiendo el Padre reunido a él todas las cosas del cielo y de la tierra, viene Satanás e intenta robar todas las cosas, causa un caos en los cielos. Y cuando todo estaba perdido, el Hijo viene a este mundo, para buscar y salvar lo que se había perdido, entre lo cual estábamos nosotros. Y, cuando el Hijo triunfa, y hace la obra que el Padre le pidió, tiene la facultad de haber recuperado todas las cosas y de apropiarse de ellas, pero en la oración de Juan 17 dice: «Padre, todas las cosas que son tuyas, son mías, y todas las cosas mías son tuyas». ¡Qué corazón el del Hijo, qué ternura!

El Hijo todavía está trabajando para el Padre y para nosotros; todavía intercede, todavía ora. Aún hay batallas que el Hijo ha de dar, hay juicios que él ha de ejecutar. Pero, cuando haya suprimido todo dominio, él entregará todas las cosas al Padre que le sujetó todas las cosas. Llegará un tiempo en que todo habrá sido sometido bajo los pies del Señor, y entonces el Señor Jesucristo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas. Aunque el Señor Jesucristo tiene el principado sobre su hombro, y toda potestad le ha sido dada en el cielo y en la tierra, un día se someterá nuevamente al Padre, recuperando el orden que había en la eternidad pasada.

Al final de ese paréntesis, habrá algo que no existía en aquella eternidad: nosotros. Nosotros que somos la

extensión de la comunión celestial, la extensión de esa vida celestial. La iglesia, que no es otra cosa que la prolongación de aquella comunión, de aquella vida que estaba con el Padre y con el Hijo, y que se nos manifestó mediante el Espíritu Santo; porque desde el día que creímos, fuimos sellados con el Espíritu Santo de la promesa. Desde ese día, esta vida en comunión, en pluralidad de personas, que tiene las características del amor y que deja fuera el individualismo, esta vida que hace que vivamos en familia y en comunión, que nos vino desde arriba, que en un momento fue una visión celestial, pero que se plasmó en nosotros como una realidad; esta vida está en nosotros, y esta vida es la que anunciamos.

El apóstol tiene la carga de anunciarla, «para que también ustedes tengan comunión con nosotros». Los primeros en recibir esta vida fueron los apóstoles, los primeros que tuvieron la bendición de experimentar aquella vida celestial, aquella vida corporativa. Esta vida celestial se plasmó en ellos, y cuando fueron formados en esta vida y vino el Espíritu Santo de Dios sobre ellos, y bautizó en el cuerpo a todos los que estaban con ellos, esto se transformó en un anuncio, anuncio que convirtió a miles de personas. Empezaron a ser añadidos, y la vida celestial bajó hasta ellos, y desde entonces ha estado trasvasijándose de generación en generación. La forma ha sido el anuncio, la proclamación de esta vida de Dios.

Visión celestial

Cuán importante es la visión, pri-

mero; luego, la manifestación de la vida, el Verbo encarnado, que nos trajo no sólo la visión celestial, sino la vida celestial, vida en comunión, y luego la proclamación. Cuán importante es que nuestros ojos sean abiertos, porque nadie puede experimentar esta vida si primero sus ojos no le son abiertos.

Cuando el Señor Jesucristo vino, los judíos creían que veían; pero en realidad eran ciegos. El Señor Jesucristo sanó a un ciego de nacimiento. Ellos estaban tan admirados de que el Señor hubiera hecho esta sanidad, y le preguntaban: «¿Cómo sucedió esto? ¿Quién te hizo esto?», y el ciego decía: «No sé quién lo hizo, ni cómo sucedió; pero una cosa sé: que yo antes era ciego, y ahora veo». Y el Señor Jesucristo hizo este milagro con el fin de confrontar a los judíos con su ceguera. Porque ellos pensaban de sí mismos como que eran la gente que tenía la mayor comprensión de Dios; pero eran ciegos, y guías de ciegos. Ellos pensaban de sí mismos que las tenían todas con Dios, pero el Señor les dice: «Vosotros sois hijos de vuestro padre el diablo».

Es tremendo no tener conciencia de que uno no ve; es tremendo no tener conciencia de la naturaleza que hay en uno. Así como el ciego era doblemente ciego, porque era ciego físicamente, pero además era ciego porque no conocía nada de Dios. Cuando tuvo al Señor Jesucristo frente a él, y el Señor le pregunta quién fue el que le sanó, dice: «No sé, Señor». Y el Señor se manifiesta a él y se presenta como el Mesías. El ciego dijo: «Ahora veo, Señor», y postrado, le adoró. No sólo

recuperó la vista, sino que vio la visión celestial.

En la epístola de Juan, encontramos tres veces la expresión: «lo que hemos visto». Y cuando dice así, incluye a los apóstoles. Fueron los apóstoles los que vieron primero. Entonces, cuán imprescindible es la visión del Resucitado, la visión del Cristo glorioso, para quienes tienen este ministerio. De tal manera que, una vez que esta experiencia está, entonces comienza a funcionar el ministerio de la Palabra. Ahora viene la importancia de experimentar la extensión de aquella vida celestial. Para eso, Dios envió al Señor Jesucristo, al Verbo de Dios.

El poder de la vida celestial

Juan utiliza tres expresiones para hablarnos de esta vida celestial que se nos manifestó: el Verbo de vida, la luz de vida, y el pan de vida. Con estas tres expresiones, trata de transmitirnos en qué consiste esta vida manifestada. Comienza con una iluminación, porque el Verbo, como la luz de vida, viene a darnos la visión celestial. Como Verbo, él es la Palabra que se hace carne y nos habla en la persona del Señor Jesucristo.

Lo que Dios nos da, en esta vida que se manifiesta, en esta vida eterna que está en Cristo, lo que Dios nos da es todo. Toda la provisión de Dios está en esta vida, de tal manera que Juan la identifica como el pan de vida, porque el pan incluye todo lo que nosotros necesitamos. Y podemos participar de él; no sólo verlo, sino experimentarlo. Hemos sido llamados a la comunión con su Hijo, y por medio

del Señor Jesucristo, nosotros estamos tocando, participando, de esta vida celestial. Luego, el Espíritu Santo viene a confirmar todo esto que el Señor Jesucristo es.

Cuánta dificultad tuvo nuestro Señor para que los hombres creyeran en él. En el evangelio de Juan encontramos tantas veces esa interrogante de los hombres cuando ven a Jesús hablar, o cuando lo ven hacer maravillas, y la pregunta recurrente es: «¿Quién es éste?». No lo pueden comprender; su entendimiento está embotado, su ceguera no les permite ver. Y no es hasta que el Espíritu Santo viene, que trae la certeza de la fe, y confirma quién es Jesús en el corazón de los discípulos. Recién entonces ellos empiezan a tener conciencia de quién es el Señor, qué es lo que tienen, qué es lo que han recibido.

Cuando el Espíritu Santo plasmó el testimonio del Señor Jesús en el corazón de la iglesia, todos aquellos que creyeron, que vieron y que empezaron a experimentar el poder de esta vida en comunión, empezaron a ser transformados. La visión celestial los transformó.

El apóstol Pablo, un hombre que había sido formado en los valores de la cultura hebrea y griega, que tenía título de ciudadano romano y las glorias de este mundo, llega a decir, después de experimentar la visión celestial, que todas las cosas que para él eran ganancia, ahora las estimaba como pérdida, por experimentar a Cristo. Estos valores que el apóstol exhibe ahora son los valores de la visión celestial que, comparados con los de la vida terrenal, son inmensamente

superiores.

Por esta visión y por esta vida de la visión que se nos ha manifestado, hay hombres como Pablo, y como muchos otros, que han dado su vida, que han renunciado a empresas de este mundo, que han renunciado a nombres, lugares, negocios; han renunciado a muchas cosas, con el fin de que su vida sea gobernada única y exclusivamente por esta visión celestial. Y por esta misma visión, hay hombres que emprendieron grandes cosas para Dios, porque de un Dios grande hay que esperar grandes cosas.

Hay hombres que han hecho verdaderas proezas; porque, gobernados por la visión celestial, han renunciado a su cultura, han cruzado mares, han llegado a otros continentes, se han mezclados con otras culturas. Por ejemplo, piensen en Albert Schweitzer. A los veinte años, era profesor de teología y pastor de una iglesia. A los veinte años, un gran exponente de la música de Bach, aplaudido en Europa. Y él, renunciando a todo, se fue al Congo belga, a vivir entre los negros, a predicar el evangelio. Pero nadie lo

Nuestro anuncio no son sólo palabras. Nuestro anuncio tiene un contenido riquísimo de una vida real: es la vida que estaba con el Padre y con el Hijo, y que se nos ha manifestado.

tomó en cuenta, porque la gente estaba llena de enfermedades, de malaria, de pobreza, y él supo que tenía que hacer algo más que predicar.

Nuestro anuncio no son sólo palabras. Nuestro anuncio tiene un contenido riquísimo de una vida real: es la vida que estaba con el Padre y con el Hijo, y que se nos ha manifestado. Y esta vida es poderosa, para hacer que nuestra predicación no sea solamente palabras, sino también acciones. Y este joven volvió a su país, estudió medicina, dio conciertos, compró medicinas, instrumentos quirúrgicos, se llevó un hospital de campaña, y dio cincuenta años de su vida como médico a los negros del Congo belga.

Cuando uno experimenta la vida celestial, no puede menos que experimentar el ser transformado a la imagen de esa Vida. Vida que, como hemos dicho, tiene las características del amor, y es capaz de darlo todo, como el Padre le dio todo al Hijo y como el Hijo dio todo al Padre.

El fundamento de la comunión es la vida

La pérdida de la visión celestial trae la ruina; trae división, trae debilidad en cuanto al poder de anunciar. Cuando se pierde la visión, se pierde la realidad de la vida. No perdemos la salvación; pero perdemos la realidad de la vida en comunión, y cuando eso se pierde, también perdemos el poder para anunciar el evangelio.

En los días de Juan, cuando él escribe su epístola, eran días de ruina, días de confusión, días en que los falsos maestros y las herejías pululaban; días en que los hermanos no sabían

quién era quién. No se sabía distinguir entre un verdadero y un falso hermano. Y, por lo tanto, Juan nos habla de una manera muy particular, y repite tantas veces, identificando personas, en su epístola: «El que dice... el que dice que no ha cometido pecado... el que dice que le conoce... el que ama... el que no ama... el que anda en luz... el que anda en tinieblas... el que confiesa... el que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida».

¿Qué es esta forma de hablar? Es un lenguaje de identificación de personas; de personas que son, y de aquellas que no son. Entonces, estas palabras de Juan nos ayudan a identificar quién es quién. Y nos va a decir, en la primera epístola, que el fundamento que nos hace ser lo que somos es que tenemos la vida de Dios en nosotros. Lo que hace posible la comunión es que la luz de la vida que está en nosotros nos alumbró y nos guía. Lo que hace posible que esa vida funcione entre nosotros es que tenemos la unción del Santo, que está en nosotros, que es verdadera, que no es mentira, y que nos confirma en todas las cosas.

La materialización de la vida de Dios, de la vida celestial, es posible gracias a que la vida de Dios está en nosotros, y que esta vida nos es impartida y nos es dada a conocer mediante la unción del Espíritu Santo. Así que, cuando los hermanos están confundidos, y no saben quién es quién, entonces es bueno saber que el que tiene al Hijo tiene la vida. Y eso me basta para saber que tú eres mi hermano, para recibirme y para tener comunión contigo. ¿Cómo puedo saber que es-

toy dentro, y que no estoy afuera? ¿Cómo puedo saber que estoy en la comunión? Porque tengo al Hijo de Dios, y porque tengo al Espíritu Santo morando dentro de mí, que me guía a toda verdad y a toda justicia, que no me dejará confundido jamás. ¡Gloria al Señor!

El amor y la verdad

Así que, hermanos, nosotros nos encontramos en un tiempo en que, a causa de lo que hemos visto, porque hemos visto el cuadro completo, desde que comenzó la manifestación de la vida de Dios a través de los primeros creyentes, hasta nosotros, la carga de Juan era anunciar lo que hemos visto y oído, ¿con qué fin? «Para que también ustedes tengan comunión con nosotros». ¿Cuál es el sentido, entonces, de este anuncio que tenemos que hacer? Ahora entendemos que no es solamente anunciar el evangelio para salvar almas, sino anunciar esta vida.

Entonces, el anuncio no es solamente a los perdidos, sino también a nuestros hermanos, para que también ellos tengan comunión con nosotros, y para que logremos restaurar la unidad de la iglesia. Entonces, ahí está esa forma tan particular de hablar de nuestro hermano, cuando dice: «El que aborrece a su hermano...». ¡Qué tremendo! «En esto se manifiestan los hijos de Dios y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia y que no ama a su hermano, no es de Dios». Así que no es cuestión solamente de hablar; es un asunto de vida.

Necesitamos restaurar la unidad; necesitamos restaurar la comunión. Necesitamos entender qué fundamen-

tos tenemos en la Palabra para recibir a los demás sobre la base de los principios correctos, y no añadir cosas que no están en la Palabra. Entonces, Juan, en su segunda epístola, nos va a agregar dos fundamentos más: el amor y la verdad. Y nos va a decir que —cuando todas las cosas están confusas, cuando los hermanos están llenos de dudas, cuando hace tanto tiempo que no vemos al Señor, y estamos viviendo en un tiempo de ruina, de confusión— el amor, que viene de la vida que tenemos, es lo que tiene que aglutinarnos, lo que tiene que reunirnos.

El amor, pero también la verdad. Y a veces, tenemos la tendencia de separar el amor de la verdad; y quien trata de separar el amor de la verdad, lo que está haciendo es tratar de dividir a Cristo; porque el amor y la verdad son virtudes inseparables de Cristo. Y quien insiste en la verdad y dice: «No, lo importante para tener comunión es la verdad», y está tratando de decir que la verdad es la interpretación de la Biblia, y que si tú no entiendes la Biblia como yo la entiendo, entonces no podemos tener unidad, estamos entendiendo una verdad que no es necesariamente una virtud de Cristo. Estamos hablando de una verdad humana, de una verdad intelectual, de una verdad conceptual.

Pero, si entendemos que la verdad es Cristo mismo, ¿cómo podríamos separar la verdad de Cristo mismo? La verdad sola, separada de Cristo, se transforma en un celo doctrinal; y ese celo doctrinal ha llevado a cometer los más grandes errores. Los pecados más grandes, la violencia más grande, las guerras más terribles, las odiosidades

más tremendas se han hecho a nombre de la verdad, por el celo religioso. Quien trata de imponer esa forma de verdad por sobre la verdad que es la vida verdadera, que es Cristo, en el fondo, lo que está haciendo es separar a los hermanos, causar divisiones.

Quien quiera enfatizar la verdad separada del amor, va a traer un montón de problemas a los hermanos. Y quien intente hablar del amor como un abuelito bonachón que deja pasar todo, y que en nombre del amor hay que aceptar todo, está separando el amor de la verdad, y esa actitud no es una virtud de Cristo, sino que es un concepto carnal del amor. Necesitamos restaurar la comunión, para que nuestro anuncio sea más efectivo.

No seamos rebeldes a la visión celestial

Al terminar, me pregunto en qué punto de la visión celestial nos encontramos nosotros. Estamos llegando al fin de nuestro tiempo, del tiempo de la gracia. El Señor está a las puertas. Los que nos antecedieron, nos han legado un tremendo testimonio de la visión celestial.

Por lo cual, mi carga hoy es que nosotros no seamos rebeldes a la visión celestial; porque ser rebeldes sería no ser consecuentes con la visión. Pero hemos dicho que, cuando uno tiene esta visión, cuando le han sido abiertos los ojos, uno experimenta una revolución, una transformación tan grande, que es capaz de dejarlo todo por esta visión. Y no significa que aquí todos van a dejar sus trabajos por esta visión, sino que implica que la prioridad va a estar en la visión celestial.

Así que, hermanos, mi carga es por el anuncio, porque el anuncio no tiene ninguna efectividad si no tenemos la realidad de la vida.

¿En qué ha fallado la cristiandad, y cuál es la gran deficiencia de la cristiandad de nuestros días? Es que ha pensado que la tarea suprema de la iglesia es evangelizar, salvar almas, pero con una iglesia deteriorada. Entonces, la efectividad del anuncio, aunque podamos juntar mucha gente y salvar muchas personas, pero las trae-

mos a un lugar donde no está la plenitud, la realidad de la vida de la cual estamos hablando.

Por lo cual, nosotros tenemos que hacer hincapié en la restauración de la iglesia, en la restauración de la casa de Dios, para que el anuncio tenga más fuerza y más efectividad; para que cuando vayamos y contemos de la vida que Dios nos ha dado, podamos causar un impacto en el corazón de la gente que nos escucha. ¡Bendito es el Señor!



El legado de una madre

Yo tenía once años. Vivíamos en una casa de labranza, muy grande, en el oeste de Texas. Todavía teníamos cerca a los pieles rojas, y todavía una que otra vez veíamos algún búfalo o alce.

Una tarde me hallaba en el patio, jugando, cuando mi madre me llamó a su lado. Teníamos una sola puerta y una sola ventana en la casa. Allí, junto a ésta, la hallé sentada en una sillita. Yo me senté a sus pies en un taburete, mis manos apoyadas en sus rodillas, sobre el delantal de algodón casero.

Y ella, por primera vez, me contó la historia de Jesús el Salvador de mi alma. Y supe de su maravilloso nacimiento de la virgen María, de su vida, palabras, muerte vicaria y resurrección. Y yo sentí mi convicción de pecado, y me confié a la misericordia de Cristo, y allí mismo sentí mi salvación. ¡Oh, cómo he bendecido a Dios por la vida de mi madre cristiana!

L. R. Scarborough, predicador y escritor de principios del Siglo XX.

Dios del pasillo

Un siervo del Señor, que descansaba en sus promesas, vio cómo su hijo era llevado al hospital en un autobús escolar a causa de un accidente. Debido al orden de llegada al hospital, su hijo fue llevado a la sala de urgencia. El hijo de una señora no creyente quedó en una camilla en el pasillo, esperando su turno. La mujer, en un gesto de desesperación, gritó que aquel niño estaba siendo atendido primero porque su padre era un hombre rico y de influencia.

Al oír tales palabras, el creyente solicitó a los médicos que cambiasen a su hijo con el hijo de aquella señora, inmediatamente. El creía en el Dios del pabellón quirúrgico y en el Dios del pasillo. ¡Qué maravilla! Hoy el hijo de ese hermano es un fiel siervo del Señor. Su corazón fue conquistado en aquel día por la demostración de confianza de su padre en las promesas del Padre celestial.

Delcio Meireles, Génesis 24: Rebeca e os camelos.

Si el Espíritu Santo no ocupa el lugar que le corresponde, Jesucristo no podrá ser cabeza de la iglesia de una manera efectiva y real.

El Espíritu Santo y la visión celestial



Rubén Chacón

Lectura: Efesios 1:3-14.

Quisiera, a modo de introducción, partir con esta pregunta: ¿A quién pertenece la visión celestial? ¿Quién es el autor de ella? No digo ‘acerca de quién es’ la visión celestial, sino ‘de quién es’, en qué corazón comenzó.

Tenemos que decir que la visión celestial no es primeramente la visión de un hombre, aun cuando estos hombres sean el apóstol Pedro, el apóstol Pablo o el apóstol Juan; es primeramente la visión de Dios. Y con esto quiero decir que no es sólo la visión del Señor Jesucristo, sino que, primera y preeminentemente, la visión celestial es la visión de Dios Padre. Es

acerca de su Hijo, pero la visión, primera y preeminentemente, es la visión de Dios nuestro Padre, del Padre celestial.

Y aún más. La visión celestial no es solo la visión del Padre y del Hijo, sino que es también la visión del Espíritu Santo de Dios.

El Padre es el origen de todo

En estos doce versículos de Efesios, hay una hermosa descripción de la visión celestial. Cuando Pablo comienza a describirla, en el versículo 3, él parte diciendo: «*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo...*». Comienza bendiciendo a

Dios el Padre.

Ahora, siempre que tomamos esta Escritura, lo hacemos para destacar que, en el centro de esta visión celestial, está el Señor Jesucristo, el Hijo de Dios. Pero la visión no comienza con el Hijo; la visión nace en el corazón del Padre. Y por eso Pablo parte diciendo: *«Bendito sea el Dios y el Padre del Señor Jesucristo»*.

Así que, en esta mañana, decimos no sólo: ¡Gloria a Cristo! Decimos también: ¡Gloria al Padre! Porque si bien Jesucristo, el Hijo de Dios, es el centro, es la esencia, de esta visión celestial; si bien es cierto que por Jesucristo son todas las cosas, y nosotros por medio de él; no obstante todas las cosas proceden del Padre, todas las cosas tienen como fuente, al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Leamos aquí en Efesios y tratemos, pues, de contestar por qué Pablo parte con esta exaltación del Padre. En el versículo 3 dice: *«...que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales...»*. ¿Quién nos bendijo? ¡El Padre! Por eso, bendito sea el Dios y Padre, porque el Padre nos bendijo con toda bendición espiritual.

En el versículo 4 dice: *«...según nos escogió...»*. ¿Quién nos escogió? ¡El Padre! La primera bendición es ésta: el Padre nos escogió, el Padre nos eligió *«... antes de la fundación del mundo»*. Si no está seguro de lo que estoy diciendo, compare con 1ª de Pedro 1:2. Pedro, saludando a los hermanos, les dice: *«...elegidos según la presciencia de Dios Padre»*. Y mire cómo aquí están hermosamente mencionados los tres: *«...en santificación del Espíritu,*

para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo».

Versículo 5: *«...en amor, habiéndonos predestinado...»*. ¿Quién nos predestinó? ¡El Padre! No sólo nos escogió antes de la fundación del mundo, sino que también nos predestinó *«para ser adoptados hijos suyos, según el puro afecto de su voluntad»*.

Versículo 6: *«...para alabanza de la gloria de su gracia...»*. Para alabanza de la gloria de quién? ¡Del Padre! Versículo 8: *«...(gracia) que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia»*. ¿Quién es el que hizo sobreabundar su gracia? ¡El Padre, nuevamente! Versículo 9: *«...dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo»*. ¿Quién es el que nos dio a conocer el misterio de su voluntad? ¡Fue el Padre!

Ahora, entendemos mucho mejor por qué Pablo parte diciendo: *«Bendito sea el Dios y Padre»*. Por lo tanto, cuando hablamos de la visión celestial, tenemos que entender entonces que esta visión, en su concepción, en su desarrollo y en su ejecución, tiene un orden. No sólo existe un orden entre Cristo y la iglesia —no es primero la iglesia, es primero Cristo— sino dentro de Dios mismo, hay un orden; la visión celestial sigue un orden. Y ese orden es: primeramente el Padre; luego, el Hijo, y luego el Espíritu Santo.

El lugar del Hijo en el propósito de Dios

Ahora, volvamos a fijarnos en este mismo párrafo que hemos leído, y

entremos en lo que comúnmente ponemos atención, y es al lugar que ocupa el Hijo en esta visión celestial. Aparece esta expresión preciosa, que la conocemos tanto: «en Cristo».

La expresión: *en Cristo*, o *en el Señor*, o *en él*, aparece 160 veces en los escritos de Pablo. Es una expresión muy recurrente, que está en su lenguaje, que está en su oración, en su enseñanza. *En Cristo*, preciosa expresión. Y aquí en Efesios aparece 36 veces. Y en estos doce versículos del 3 al 14, aparece 9 veces, casi una vez por versículo, mostrándonos Pablo el lugar que ocupa el Hijo en esta visión celestial.

Volvamos a ver entonces esta parte. Versículo 3. Ya dijimos: el Padre fue el que *nos bendijo con toda bendición en los lugares celestiales... ¡en Cristo!*». El Padre es el dador de toda bendición; pero esa bendición no está fuera de Cristo, está para nosotros en Cristo Jesús.

Versículo 4: El Padre nos escogió. ¿Dónde nos escogió? *«...en él»*. Ahí está el lugar del Hijo; *«nos escogió en él antes de la fundación del mundo»*. Versículo 5: El Padre nos predestinó *«para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo»*. Versículo 6: Para alabanza de la gloria de la gracia del Padre, gracia con la cual el Padre *«nos hizo aceptos en el Amado»*. Versículo 7: En ese Amado tenemos *«redención por su sangre, el perdón de pecados»*.

Versículo 9: Cuando dice que el Padre nos ha dado a conocer el misterio de su voluntad, ¿cuál es ese misterio? *«...de reunir todas las cosas en Cristo»*. Versículo 11: Es *en Cristo*, es

«en él, asimismo, que tuvimos herencia». Versículo 13: *«En él también nosotros»*, en Cristo, *«habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de nuestra salvación, y habiendo creído en él, fuimos sellados con el Espíritu Santo de la promesa»*. ¡Bendito sea el Señor! Ahí está el lugar del Hijo.

En esta descripción de la visión celestial, mientras se va mencionando al Hijo, está de telón de fondo el Padre. El Padre es el autor; pero el Hijo es la expresión, es la proyección del Padre. El Hijo es en quien todo el deseo del Padre se lleva a cabo, de tal manera que no podemos encontrar al Padre si no es en el Hijo, no podemos llegar al propósito del Padre, o alcanzar su voluntad si no es en Cristo Jesús.

El lugar del Espíritu Santo en la experiencia de la visión

¿Y qué pasa con el Espíritu Santo? Está mencionado en los dos últimos versículos, 13 y 14, y yo digo ¡aleluya! por ello, porque si no hubiese aparecido el Espíritu Santo aquí, algo habría estado mal. Está mencionado en tercer lugar, y es así como tiene que ser: primero fue enviado el Hijo; después, el Espíritu Santo. Leamos los dos últimos versículos de este párrafo.

Dice el 13: *«En él—en Cristo—también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa...»*. ¿Por qué el Espíritu Santo no es mencionado antes? ¿En qué momento del plan de Dios, en qué parte del desarrollo de la visión celes-

tial cobra el Espíritu Santo la importancia primera? En el momento en que nosotros vamos a participar de esta visión celestial.

Los primeros diez versículos son la descripción del deseo y de la voluntad del Padre, y de cómo éstos se han llevado a cabo en el Hijo. Pero los versículos 13 y 14 describen el momento en que ahora tú, hermano, identificado de manera personal, eres alcanzado por esa palabra de verdad, y esa palabra ha despertado la fe en ti para creer en ese Señor Jesucristo, que es el centro de la visión celestial. Y es en ese momento, entonces, donde el Espíritu Santo juega el papel fundamental.

Sin el Espíritu Santo de Dios, no hay experiencia de la visión celestial, no hay revelación de ella. La visión celestial, sin el Espíritu Santo, va a seguir siendo todavía una cosa gloriosa, eterna, consumada, la verdad máxima de todo el universo; pero todavía va a permanecer fuera de nuestro corazón.

El día que oíste la palabra de tu salvación, el día que creíste en el Se-

Tengo la impresión de que, de alguna manera, tenemos desvalorizado al Espíritu Santo de Dios; que, por alguna razón, el Espíritu Santo no ha cobrado toda la importancia y todo el lugar que le corresponde.

ñor Jesucristo, fuiste sellado con el Espíritu Santo. Todos los comentaristas dicen que con esa figura del sello, se nos quiere indicar una marca. Y la marca es el Espíritu Santo mismo.

Es el Espíritu Santo en ti el sello mismo que indica que somos propiedad de Dios. Eso lo confirma Pablo cuando escribe a los romanos, y les dice en el capítulo 8: «Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él». O sea, el sello es el Espíritu Santo. Si tienes el Espíritu Santo, eres de Cristo, eres propiedad de Dios. Y si alguno no lo tiene, no es de él.

En el versículo 14, después de decir que fuimos sellados con el Espíritu Santo de la promesa, dice qué es el Espíritu Santo en nosotros. Aquí usa otra figura: No sólo el sello, que indica que somos propiedad de Dios, sino también el Espíritu Santo es las arras. Y esta es una figura que ubicamos todavía menos que la anterior, y tiene muchos significados.

Yo quiero llamar la atención a uno de esos significados, y es que el Espíritu Santo en nosotros es el anticipo, es la primicia, es lo que hoy ya podemos gustar. Lo que este pasaje quiere decir es que lo que hoy podemos experimentar, aunque no es la plenitud, es gracias al Espíritu Santo de Dios.

Así que aquí está el segundo punto, hermanos. Tengo la impresión de que, de alguna manera, tenemos desvalorizado al Espíritu Santo de Dios; que, por alguna razón, el Espíritu Santo no ha cobrado toda la importancia y todo el lugar que le corresponde.

Como nosotros leemos en la Biblia que aparece el Padre, el Hijo y el

Espíritu Santo, y el Espíritu Santo mencionado en tercer lugar, quizás nuestra mente carnal tiende a pensar que no debe ser tan importante como el Padre y el Hijo.

Por otra parte, también juega en contra el hecho que cuando hablamos de Dios Padre, inmediatamente lo podemos ubicar como persona, y cuando hablamos del Hijo, el título de Hijo nos hace pensar con toda facilidad en una persona. Pero cuando mencionamos el Espíritu Santo, no es tan fácil pensar en él como una persona. Escuchamos la palabra 'Espíritu', y lo que se nos viene a la mente es una fuerza, una energía. No en vano los Testigos de Jehová lo presentan así, como una fuerza, impersonal; es Espíritu. Eso también juega en contra.

Yo tuve que reconocer esto en una reunión de pastores. Les dije: Hermanos, yo creo que en mi teología, en mi doctrina, yo estaba correcto en cuanto a creer en Dios Padre, en Dios Hijo, en Dios Espíritu Santo, y a creer que los tres son personas y los tres son Dios y los tres son un solo Dios; pero en mi práctica, tengo que reconocer que he sido más Testigo de Jehová. Mi comunión ha sido clara, definida, con el Padre y con el Hijo; pero no así con el Espíritu Santo.

¿Será necesario proclamar también en esta mañana, que el Espíritu Santo no es una fuerza activa, no es una mera energía; que el Espíritu Santo es una persona, que el Espíritu Santo es Dios? ¡Amén!

Mire qué tremendo es esto: No sólo el Hijo tenía que ser enviado; era absolutamente necesario que, después de haber vuelto al Padre, el Espíritu San-

to fuese enviado. Mire cómo dice Gálatas 4:4: «*Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo—rescate esta frase—Dios envió a su Hijo*». Cuando llegó el momento en que esta visión se iba a concretar, de una vez y para siempre, de una manera objetiva, de una manera histórica, eterna, «*Dios envió a su Hijo*».

Pero no vemos con la misma fuerza, con la misma claridad, lo que sigue. Dice el versículo 6: «*Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!*». ¡Hay un segundo envío! Dios no sólo envió a su Hijo. La obra de Dios no queda acabada sólo en la obra del Hijo, porque todavía está fuera de nosotros. Objetivamente sí, posicionalmente sí; pero no de manera subjetiva, no de manera que la podamos experimentar, en forma personal.

Y entonces el Señor Jesucristo dice: «Os conviene que yo me vaya—Les conviene a ustedes que yo me vaya; es bueno por causa de ustedes que yo me vaya—porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros». El Señor Jesucristo sabía lo que decía cuando estaba diciendo eso. Él, mejor que nadie, sabía que, si no se cumplía este segundo envío, toda la obra de Dios—mire lo tremendo— sólo sería realidad en la persona de Cristo; pero nosotros todavía estaríamos absolutamente fuera de esa obra.

El otro Consolador

Así que cuando Jesús dice: «Os conviene que yo me vaya, para que pueda venir el otro Consolador», no está hablando de una cosa agregada.

Sin este segundo envío de Dios, no hay evangelio, no hay iglesia, no hay propósito de Dios —me refiero, en nosotros—, el hombre no queda alcanzado. ¿Por qué? Vamos al evangelio de Juan capítulo 14:15 en adelante: *«Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros»*.

¿De quién está hablando? Del otro Consolador, del Espíritu Santo de Dios, que en ese momento moraba con los discípulos, porque el Espíritu Santo moraba en Cristo. Pero la promesa es: «Cuando yo me vaya, y yo ruegue al Padre, y el Padre envíe al otro Consolador, este no sólo va a morar *con* ustedes, sino va a morar *dentro de* ustedes».

Y entonces, en el 18 les dice: *«No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros»*. En ese «vendré a vosotros» no estaba hablando de su segunda venida. Lo que quiso decirles es: «Voy y vuelvo». Dice en el 19: *«Todavía un poco —él está un poco antes de ir a la cruz—, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día...»*. ¿Qué día es ése, o cuándo comenzó ese día? No está hablando de su segunda venida, está hablando del día en que va a enviar al otro Consolador.

«En aquel día vosotros conoceréis —experimentaréis— que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en voso-

tros». «En ese día van a experimentar que yo estoy en ustedes, porque el Espíritu Santo que mora con vosotros estará en ustedes». Así que Cristo no sólo está glorioso y poderoso en los cielos; sino que está también glorioso y poderoso en nosotros, por el Espíritu Santo de Dios.

Y, por si fuera poco, hermanos, el versículo 23 dice: *«El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él»*. Se los leo en la Nueva Versión Internacional que, en este texto, está más inspirada: *«Si alguno me ama, obedecerá mis enseñanzas, mi Padre lo amará, y vendremos a vivir en él»*. No sólo el Espíritu Santo de Dios vive en nosotros, sino que por medio de ese santo y glorioso Espíritu de Dios que vive en nosotros, vive Cristo en nosotros, y vive el Padre en nosotros. ¡Aleluya!

La iglesia no es sólo el Templo del Espíritu Santo; es también la casa del Hijo y la morada del Padre; todo por medio del Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo el que fue enviado después del Hijo, por mediación del Hijo y por obra del Hijo. ¡Bendito sea el Señor! El camino al Padre es Cristo; pero el camino a Cristo es el Espíritu.

Aquí está la explicación de por qué Dios es Trinidad, por qué Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo; aquí está la explicación de por qué no hay una cuarta persona. ¿Por qué son tres, y son absoluta y solamente tres? Porque es con el Espíritu que se cierra el círculo, finalmente. Si usted no ha tomado conciencia de la importancia del Espíritu, todavía tiene el círculo incompleto. Con el Espíritu

Santo de Dios, con su obra, su función, su ministerio, se cierra y se completa todo.

El Espíritu en Efesios

Volvamos a Efesios, sólo para decirles que esta mención del Espíritu Santo en los versículos 13 y 14, si usted sigue leyendo el resto de Efesios, va a descubrir cómo, a lo menos en cada capítulo que sigue, hay una mención al Espíritu, para insistir en que a la hora de hablar de la experiencia subjetiva, de la vivencia de esta gloria, de esta visión celestial, el Espíritu Santo es fundamental y absolutamente necesario.

Por ejemplo, en el capítulo 2, versículo 18, dice: «*Porque por medio de él –por medio de Cristo– los unos –los judíos– y los otros –los gentiles– tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre*». Hay una progresión: en el capítulo 1 se hace mención al lugar que ocupa el Espíritu Santo dentro del plan de Dios; pero luego, en el capítulo 2 y en el resto de Efesios, el Espíritu Santo sigue siendo mencionado, y cada vez tiene que ver con la vivencia de cómo la iglesia entra de manera práctica a experimentar esta gloria, esta visión celestial.

Y aquí se nos está diciendo que, gracias a Jesucristo, tenemos acceso al Padre, pero en el Espíritu. Ya lo leímos en Gálatas: «*Dios, por cuanto sois hijos, envié a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!*». Eso es tener acceso al Padre, eso es tener entrada al Padre: que entramos como hijos, llamando a Dios nuestro Padre, mi Padre, en el Espíritu.

Miremos ahora en el capítulo 3 versículo 16. En cada mención del Espíritu, a medida que avanza Efesios, hay una progresión. Dice: «*...para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones*». Es más que tener entrada al Padre lo que se está diciendo aquí. Ahora estamos hablando de esa realidad interior: para que habite Cristo en nosotros. Y eso es por el Espíritu.

Efesios 4:30: «*Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención*». Aquí insisto nuevamente, hermanos, en la comunión con el Espíritu. Miren el mandato: No entristezcan al Espíritu de Dios, al Espíritu Santo. ¡Es una persona! Tengan comunión con esa persona. Dialoguen, hablenle, escúchenlo. Presten oído, caminen con él. Tengan comunión, tengan compañerismo. «¡Él estará con vosotros para siempre!». Él está las veinticuatro horas del día morando en ti: ¡Ten comunión! ¡No lo contristes!

¿Cómo se contrista el Espíritu de Dios? Dice el versículo más abajo: con amargura, con enojo, con gritería, con maledicencia, con malicia. Somos el templo del Espíritu Santo de Dios, somos la morada de Dios en el Espíritu. ¡No lo contristen! Dependan del Espíritu. Para cantar, dependan del Espíritu; para hablar la Palabra, dependan del Espíritu; para pararse y proclamar, dependan del Espíritu. Confiense a él, esperen en él, encomiéndense a él, anden con él.

Capítulo 5 versículo 18: «*No os*

embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu». No sólo tenemos que tenerlo, no sólo tenemos que haberlo recibido: tenemos que estar llenos de ese Espíritu. Ese ser llenos no se refiere a esa primera vez que fuimos llenos del Espíritu. Aquí el verbo es un presente continuo: «Sigan siendo llenos, una y otra vez. La llenura no es de una vez y para siempre; continúen siendo llenos, permanezcan llenos».

Y termina en el capítulo 6, donde el contexto es ahora la guerra espiritual, donde un creyente, un hijo de Dios, es un soldado, y puede ahora luchar por la obra de Dios, puede comprometerse y sagradamente entrar en el servicio de Dios, a luchar por los intereses de Dios.

Otorgándole el lugar que le corresponde

Los tres capítulos más importantes de toda la Biblia, que hablan acer-

ca del Espíritu Santo, los más claros, los más contundentes, son Juan capítulos 14, 15 y 16. ¿Y sabe quién los habló? El Señor Jesucristo. ¿Y sabe cuándo lo hizo? En la última reunión que tuvo con sus discípulos. En esa última reunión, él habló como nunca acerca del Espíritu Santo, porque el Señor Jesucristo sabía la importancia de lo que tenía que acontecer después de que él fuera a la cruz.

Yo comencé a ser inquietado en esto que les he compartido cuando un día el Señor, hace varios años ya, me habló de esta manera: «Mientras no le den al Espíritu Santo el lugar que le corresponde, Jesucristo no podrá ser cabeza de la iglesia de una manera efectiva y real». Lo encontré muy interesante, porque no es atención al Espíritu Santo por el Espíritu Santo, sino es darle lugar al Espíritu Santo para que Jesucristo tenga el lugar que le corresponde. ¡Alabado sea el Señor! Amén.



La lección del cuclillo

El cuclillo es un hermoso pájaro europeo; su canto es agradable, pero es flojo. La madre cuclillo muestra poco interés en el bienestar de sus polluelos. No construye un nido para ellos, pero se las arregla para que lo tengan sin que implique trabajo. Busca un nido ajeno y allí pone sus huevos.

La madre cuclillo es una usurpadora de nidos. No toma posesión del nido ajeno, como otros pájaros hacen, sino que usa el nido ajeno solamente para depositar sus huevos, usualmente uno en cada nido. Así evita la responsabilidad de criar sus propios hijos.

Así también son ciertas madres que dicen: «Mando a mi hijo a la escuela para que aprendan las cosas intelectuales y a la iglesia para que aprenda las cosas espirituales.» El hogar es para edificar a los hijos, y esa responsabilidad descansa sobre los padres.

Adaptado de La Mujer Ideal, Geneva Hilgeman

El lugar de las Sagradas Escrituras en la revelación de la visión celestial y en el propósito de Dios.

Revelación por la Palabra



Alejandro Pacheco
Colombia

Quisiera que viéramos en la Palabra de Dios, cómo el Señor nos muestra que Él es un Dios de orden. El Señor no está improvisando. Dios, desde antes de la fundación del mundo, tenía Su propósito, Su plan. La Biblia es una biblioteca que principalmente nos habla de Dios. Aquí en la Escritura, que por Su Espíritu nos legó, el Señor habla de Sí, nos va mostrando quién es Él, cómo es Él. Nos va revelando Su propósito y nos va mostrando lo que Él mismo es, lo que es el Hijo para el Padre en la eternidad antes de la creación, lo que el Espíritu Santo es antes de la creación; lo que es Dios en sí mismo, en su Única esencia. Él mismo va hablan-

do de Sus personas, de la Persona del Padre, de la Persona del Hijo, de la Persona del Espíritu Santo, de Su unidad. Algunos hermanos miran este aspecto de la Trinidad solamente desde el desarrollo de la Economía Divina, o sea, a partir de la creación, pero en la misma Palabra el Señor nos ha revelado mucho más; el Señor habla de Sí antes de la creación.

Entonces, quisiera que leamos algo de la revelación de Dios —no me malentiendan—, vamos a ver lo único que Dios no conoce. Vamos a Isaías 44:6-8, algo que Él sabe, pero que de Su misma boca dice que no conoce: *«Así dice Jehová rey de Israel, y su Redentor. Jehová de los ejércitos: Yo*

*soy el primero, y yo soy el postrero y fuera de mí no hay Dios. ¿Y quién proclamará lo venidero, lo declarará, y lo pondrá en orden delante de mí, como hago yo desde que establecí el pueblo antiguo? Anúncienles lo que viene y lo que está por venir. No temáis ni os amedrentéis; ¿No te lo hice oír desde la antigüedad y te lo dije? Luego vosotros sois mis testigos. No hay Dios sino yo, no hay fuerte; **no conozco ninguno**».* Esto es lo único que no conoce Dios: otro Dios. ¡Aleluya! Él sabe que no hay otro Dios, por eso no conoce otro Dios, porque indudablemente, sólo Él es Dios.

A medida que Él se va revelando en la Escritura, vamos viendo en ella todo lo que el Padre habla del Hijo y del Espíritu, todo lo que el Hijo habla del Padre y del Espíritu, todo lo que el Espíritu Santo habla del Padre y del Hijo por medio de los profetas y apóstoles, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, de antes de la creación y por supuesto después de ella. Tenemos que poner nuestro corazón, todo nuestro ser, hacia ese ser Todopoderoso, que es Trino en persona, pero que es Uno en esencia, porque así es que Él se nos revela de antes de la creación, de antes de Su economía y del desarrollo de la misma, así como también de la intervención directa de Sus personas en las diferentes etapas del cumplimiento del Kairós; solamente Él lo tiene en Su mano. Él es Omnipresente, Todopoderoso, Omnisciente. A Dios no le sorprende nada, y desde antes de la creación, en el consejo eterno de Dios, en Su corazón mismo, estaba ese propósito de crear. Dios desde Su corazón, por Su voluntad, por

Su beneplácito, quiso crear; estas no son casualidades de la vida, sino un plan perfecto de Dios sobre sus criaturas.

Porque Dios es Dios, Él se nos revela y se nos da. El Padre se reveló plenamente a través del Hijo, y el Padre y el Hijo se nos dieron a través del Espíritu Santo, y ha puesto Su Espíritu en nosotros, entonces podemos descansar. El Señor no improvisa, el Señor está llevando acabo Su plan; a pesar de toda la oposición, Él sigue cumpliendo Su propósito, pues Su plan es con Su Hijo, y para con la Iglesia. ¿Recuerdan esa parábola del Evangelio: «*Hubo un rey que hizo fiesta de bodas a Su Hijo...*»? En esa frase, en ese versículo, está la síntesis del Propósito Eterno de Dios, porque es a través de la Cabeza, que es Su Hijo, que todas las cosas estarán bajo el estrado de Sus pies, y la Iglesia es Su Cuerpo.

Revelación general y revelación especial

Entonces, miremos ese aspecto de la eternidad de Dios en el primer versículo de la Biblia: «*En el principio creó Dios los cielos y la tierra*». ¿Quién tuvo principio aquí? los cielos y la tierra ¿verdad? *Dios creó*; quiere decir que Dios es eterno. Desde el primer versículo de la Biblia Él está hablando de la eternidad del Dios trino que no tiene principio, y que por supuesto, jamás tendrá fin. Él dio comienzo al cielo y a la tierra, pero Él es eterno. No existe sobre la tierra otro libro que revele así a Dios. ¿Por qué? porque el verdadero Dios se reveló en la Biblia; por eso la Biblia está en todo el mundo, y aunque el Corán está en

Hace unos años, llegó a Colombia el famoso Discovery Channel, y tan pronto lo vi, dije: «Este canal va a ser usado para robarles la fe a muchos». Usted lo ve, y es muy bonito, ¿verdad? Naturaleza, ciencia, tecnología y muchas cosas más. Pero algo sutil se venía...

el mundo, y los Vedas están en el mundo, y los libros acerca de Krishna y de Buda y de la Nueva Era, que es la misma vieja, todos esos libros **no** nos hablan de Dios como nos habla la Biblia.

Dios quiso revelarse a los hombres primeramente a través de Su creación; es lo que se suele llamar en Teología: La Revelación General de Dios. Romanos 1:20: «*Porque las cosas invisibles de Él, Su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa*»; Dios se reveló al corazón de todos los hombres, desde Adán, y aún hasta en el último que haya de nacer antes del regreso glorioso de Cristo, se reveló a través de Su creación. No se necesita la Biblia para que el corazón del hombre conozca que hay Dios; eso fue lo que quiso enseñar Dios a los hombres, y lo vemos en la Biblia. Pablo termina

el versículo arriba mencionado diciendo: «...*de modo que no tienen excusa*». Aunque los hombres de la antigüedad no tenían la Biblia, ninguno podrá excusarse delante de Dios en el día del juicio frente al gran trono blanco, porque se les reveló el Todopoderoso por medio de Su creación.

Nuestro Dios inspira al autor de Hebreos, y dice en el capítulo 1:1: «*Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado, por el Hijo a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo*»; si los hombres no tienen excusa ante Dios, por causa de la Revelación General, ahora que Dios, por medio de la Revelación Especial, se ha revelado por Jesús Cristo, mucho menos tendrán excusa delante de Él para aquel día del juicio.

Revelación por la Palabra escrita

Entonces nosotros, amados hermanos, somos muy bienaventurados, porque el Dios eterno y poderoso, quiso revelársenos y nos manifestó Su gloria a través del Hijo y nos dio su Espíritu. No estamos solos. Así que la visión celestial comienza con Dios, con el corazón mismo de Dios, que quiso revelar su Palabra dejándonosla escrita, para que por medio de ella, estemos juzgándolo todo. El Espíritu Santo, que la inspiró toda, nunca la va a contradecir. Con el Espíritu Santo y Su Palabra escrita, podemos juzgar absolutamente todas las demás cosas. ¿Qué sería de la Iglesia, qué sería de la humanidad, sin la Palabra de Dios escrita? Pienso que entonces crearía-

mos que Buda es Dios, y que Alá es Dios, que Zoroastro es Dios y que Krishna es Dios, o que cualquier otro es Dios, o que existirían muchos dioses, o que nosotros somos Dios, o que la naturaleza, la creación es Dios. Pero no, hermanos, precisamente para que eso no ocurriera, el Dios único y verdadero, nos legó la Escritura, la Biblia. La primera advertencia que el Señor Jesús nos dio, cuando los apóstoles le preguntaron acerca de las cosas que vendrían en los últimos tiempos, antes de Su segunda venida, fue: «*Mirad que nadie os engañe*», porque vendrían muchos falsos cristos, falsos maestros, muchos falsos profetas, muchas falsas doctrinas. La Trinidad se nos ha revelado por medio de la revelación escrita. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se nos han revelado, y la seguridad que Él nos ha dado, está en Su Palabra escrita; Él tuvo mucho cuidado en cerrar el Canon con el apóstol Juan. ¿Qué pasaría si un testigo ocular no hubiera cerrado la Biblia? Si hubiera cerrado la Biblia otro que no fuera testigo directo, creo yo, que el Señor habría dejado como una abertura para que se le pudieran anexar futuras, o aun contemporáneas «revelaciones». Pero utilizó a Juan, uno de sus testigos directos, para cerrar el Canon. No que Pablo, o que Lucas, o que Marcos, o Santiago escribieran mal, no, pero el Señor quiso que Juan lo cerrara después de leer lo que otros ya habían escrito. Y entonces escribió el Apocalipsis, su evangelio y sus cartas.

Cada uno de esos escritos de Juan está relacionado con todo el ministerio que Dios dio. Recuerden que cuan-

do el Señor se le apareció en Patmos, tenía en Su mano siete estrellas; cuando Juan cayó como muerto, el Señor se inclinó y puso Su diestra sobre él. Ahí puso las siete estrellas, la revelación completa de Dios. No que no haya **enviados** de Dios a las siete iglesias, no que no haya apóstoles; claro que los hay. Me refiero a que en esa revelación también vemos al Señor encargando de **eso** a Juan, para cerrar totalmente Su Revelación Especial, la Biblia. Estamos seguros: Dios es, Dios se revela, Dios se da, pero nos dejó la Escritura para así conocerlo mediante Su Espíritu, porque hay espíritus engañadores, y todo lo debemos juzgar por la Escritura.

Hermanos hace unos años, llegó a Colombia el famoso Discovery Channel, y tan pronto lo vi, dije: «Este canal va a ser usado para robarles la fe a muchos». Usted lo ve, y es muy bonito ¿verdad? Naturaleza, ciencia, tecnología y muchas cosas más. Pero algo sutil se venía. ¿Y qué han sacado ahora? Películas como del «Evangelio de María Magdalena» y otras contrarias a la Fe. Hermano, y no las presentan una vez; las presentan muchas veces. ¿Qué es lo que están haciendo? minando la fe de muchos seudocristianos, que dicen ser cristianos; porque no conocen la Escritura; no se está leyendo mucho la Biblia. El Señor quiere que conozcamos la Biblia; porque Dios se revela a Sí mismo como Él es; eso no está en los libros de tecnología, sino eso está en su Biblia.

Y entonces, en el orden de Dios, ¿de dónde ha salido la Teología? pues de la Biblia, porque la Biblia habla de

Dios. ¿Y de dónde el Propósito Eterno de Dios? pues, de la Biblia; la Teleología, el *telos* de Dios, el objetivo de Dios. Dios ha hablado de sí, Él tiene propósito, y Él crea, para que ese objetivo se lleve a cabo. Y la creación, antes de la caída, con todas las cosas, está en la Biblia. Palabras como: cosmología, angelología, antropología, hamartiología, no son más que el tratado de la creación, de los ángeles, del hombre, del origen del pecado; hermano, todo eso está en la Biblia, y leyendo la Palabra de Dios, usted lo va a encontrar.

El Señor no quiere que su pueblo muera por falta de conocimiento, sino que nos enamoremos de Él y lo conozcamos a través de la lectura de Su Palabra. Es muy necesario, porque todo lo que yo estoy diciendo aquí, ustedes lo están juzgando; no es para comerlo entero. Yo me puedo equivocar, pero ustedes están en la obligación de corregirme y en el deber de ayudarme y sacarme de mi error. ¿Pero cómo saber si yo me equivoco, si no se conoce la Escritura? Gracias al Señor, Él puso a los obreros, a los apóstoles, y a los ancianos, que saben, que les ha sido iluminada la Palabra y han sido obedientes y van delante de nosotros. No debemos olvidar el Ministerio de la Palabra que a través de los siglos y ahora mismo ha trabajado y sigue trabajando. Reconozco que he sido y seguiré siendo muy enriquecido y edificado por el Espíritu Santo, mediante el conocimiento que de la Palabra tienen mis hermanos mayores. Casi la totalidad de lo que hablo y que ahora puedo escribir, lo he recibido de ellos. Más el Señor quiere que

todos estemos trabajando.

Entonces en la Biblia, todo comienza con Dios; Él es el Eterno. Él no necesita a la creación; es la creación la que lo necesita a Él. Él es trascendente a ella; pero si Él no la sostiene, no habría creación; no puede sostenerse ella misma; entonces vemos también la inmanencia de Dios. Hay que conocer al Dios de la Biblia, no al panteísmo que llama a todo dios; los árboles, las aguas, las aves, los astros, tú mismo son llamados dios. No, hermanos, podríamos ser confundidos, como muchos están siendo confundidos a causa de no conocer la Escritura. Dijo el Señor que al final de los tiempos vendrían falsos profetas, que engañarían si fuere posible aun a los escogidos. ¿Y por qué pasaría eso? Por no conocer la Escritura. Decía que algunos que han asistido a cultos y a misas decían: «¿Verdad que Jesús murió de anciano y tuvo hijos con María Magdalena?». ¿Por qué dicen así? Porque no conocen la Escritura. Que no nos vaya a pasar a nosotros eso.

El Señor quiere que aprendamos la Escritura, incluyendo la parte del Ministerio de la Palabra. Dentro de todo lo que la Biblia nos enseña, por causa del pecado, viene la Cristología, que habla lo que es legítimo de Cristo; y después viene la Pneumatología, la vida del Espíritu Santo, que es el único que puede aplicar la salvación, Soteriología, la vida de Cristo en nosotros. Solo y exclusivamente el Espíritu Santo. Se nos decía que los capítulos 14 al 17 de Juan son el testamento de Jesús. Allí es donde más el Señor nos habló del Espíritu Santo,

que hizo vivir a la Iglesia; entonces viene la Eclesiología. Lo que está escrito en todo el Nuevo Testamento es para que también tú y yo lo vivamos. Pero, ¿cómo lo vamos a vivir si no lo conocemos? ¿Cómo vamos a ver la obra de Dios, el mover de Dios y el hacer del Espíritu Santo transformando a la imagen del Hijo a la Iglesia, si no lo conocemos? *El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*». Tenemos que conocer la Escritura, saber por el Espíritu Santo ¿para qué el Verbo se encarnó? ¿para qué murió en la cruz? ¿por qué resucitó? ¿para qué nos dio Su Espíritu? ¿Para qué? Para salvarnos, porque estábamos perdidos, y edificarnos como un Cuerpo a la imagen de Su Hijo.

La necesidad de consagrarse

Recuerden aquella parábola cuando el hombre rico dice: «...haré unos graneros más grandes, y meteré mis frutos y mis bienes... Pero Dios le dijo: «Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?...». No sé si mis hermanos vieron la película «La lista de Schindler». ¿Recuerdan el final? Me conmueve ese final; también me conmovió la muerte de los judíos; pero hermanos, ese hombre desesperado decía: «Yo pude haber salvado algunos más con mi carro, y otros con mi anillo, y con este reloj...»; entonces le dicen: «Tranquilo; hiciste bien»; y replicaba: «No, no; yo habría podido hacer más». Él lo había dado todo, casi se queda sin nada; pero aún reconoce que habría podido salvar unos pocos más.

¿Qué diremos cada uno de nosotros ante el tribunal de Cristo? Eso es

lo que me conmueve de esa película; me conmueve de que a muchos tocará decir: ¿Pero qué hice con esa finca? ¿Qué hice con esa empresa? ¿Qué hice con mi cuenta en el banco? ¿Qué hice con mis cosas? No hice nada; no las puse al servicio de mi Señor, no se las di. Y entonces ¿ahora qué? Allá, ya no se puede hacer nada. A nadie entierran con mudanza. Yo me imagino a muchas mujeres con un vaso de alabastro lleno de perfume, como tenía María, que ungió al Señor; y muchas pensaban: «No, es que él no vale la pena; si acaso una gotita. Esto vale mucho, y mejor yo lo puedo vender y hago estos negocios, y después le traigo». Pero María no lo pensó dos veces: ¡Tomó el vaso, lo rompió, y ungió al Señor! Nadie puede hacer eso hoy, y allá en el cielo ¿alguien puede hacer eso? ¡Nadie! *Lo que hagamos ahora en esta vida para el Señor; no lo podremos hacer nunca más*. Démonos al Señor, porque se nos acaba el tiempo y ya no hay más oportunidad. Pero todavía estamos vivos, todavía estamos aquí. Tengamos por lo menos la cuerda, si es que no bajamos nosotros mismos al pozo; por lo menos ayudemos a tener la cuerda.

¿Qué dijo el Señor a sus apóstoles? «*Me seréis testigos... hasta lo último de la tierra*». Hermanos, que las iglesias de Chile estén siendo usadas por el Señor para llevar Su Palabra hasta lo último de la tierra, es un honor que no todas las naciones pueden tener. ¡Gloria al Señor! ¡Rompamos el vaso con alegría, y derramémosle el perfume al Señor! Porque en otras naciones ni siquiera el evangelio puede entrar, ¡y desde aquí está siendo ex-

portado! Ojalá que todos podamos apreciar lo que el Señor quiere hacer; ojalá podamos valorar el momento de la vida, que el Señor nos está haciendo vivir. Ojalá tengamos visión celestial. Ojalá podamos ver no solo un movimiento que arrastra multitudes, sino al Dios de la gloria, al Señor de señores. Ojalá podamos percibir la grandeza de nuestro Dios que se nos da gratis, y que está trabajando en nuestro corazón. No endurezcamos nuestro corazón. Dispongámonos al Señor.

Todo está en la Biblia

Recuerdo una anécdota: un hermano oraba: «Señor, envíame a Japón, a Estados Unidos, a Australia, a todas partes». El Señor le dice: «¿A quién tienes de vecinos en tu casa?» tenía un japonés, un americano y un australiano. Así somos. Primero Jerusalén, porque Dios es un Dios de orden, después Judea, después Samaria y después hasta lo último de la tierra. Los pastores no paren ovejas, las ovejas son las que paren a las ovejas; los pastores las sostienen. Nuestro Dios es Santo, y todo eso está en la Biblia ¿Usted quiere aprender del matrimo-

nio? ahí está en la Biblia ¿Quiere aprender cómo se crían los hijos? ahí está en la Biblia ¿Cómo darse al Señor con todos sus bienes? Ahí está en la Biblia. Todo está en la Biblia; todo lo juzga la Biblia ¿Quieres saber los acontecimientos de los últimos tiempos? O sea la Escatología, ahí esta en la Biblia.

Por eso necesitamos meternos más con la Palabra, para disponernos a la obra del Espíritu Santo que esta haciendo, y que está revelada en este versículo: *«Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos»* (Rom. 8:29). No estás aquí para que seas como Alejandro, no estás aquí para ser como Nee o Lutero, ni como Juan, ni Pablo, ni Pedro. Estás aquí en la tierra para que seas hecho conforme a la imagen de Jesucristo. Él es nuestro modelo; a él debemos ser transformados, y sólo el Espíritu Santo lo va a realizar. Dispongámonos, conozcamos la Palabra, y dejemos que el Espíritu haga Su trabajo. Para eso nos creó Dios, y para eso nos llamó. ¡Bendito sea Su Santo Nombre!

j j j

La queja del Señor

Se cuenta que una vez, en el sur de los Estados Unidos, había un hombre de color que quería ser miembro de una iglesia compuesta por personas blancas. Entre ellos había muchos prejuicios raciales que lo impedían. Se trataba de un hombre bueno. El pastor lo ponía de vez en cuando a orar y nadie hacía ningún reparo. Pero no más de ahí. Finalmente, el hombre tuvo un sueño en el cual se le apareció el Señor mismo. Él le dio su queja, y se cuenta que el Señor le dijo: «No te apures; a ti por lo menos te han dejado entrar y te dejan orar. A mí, ni siquiera eso».

ESPIGANDO EN EL CAMPO DEL MAESTRO

«Te ruego que me dejes ir al campo, y recogeré espigas» (Rut 2:2)

A batido y turbado cristiano, ven y espiga hoy en el amplio campo de la promesa. Aquí abundan las preciosas promesas, que satisfacen precisamente tus necesidades. Considera ésta: *«La caña cascada no quebrará, y el pábilo que humea no apagará»*. ¿No se adapta eso a tu caso?». Una caña desvalida, insignificante y débil; una caña cascada, de la cual no sale música, y que es más débil que la misma debilidad. Aunque tú seas una caña cascada, él no te quebrará, sino que te restaurará y fortalecerá. Tú eres semejante al pábilo que humea; ni luz ni calor proceden de ti; sin embargo, no te apagará. Soplará con su suave aliento de misericordia hasta transformarte en una llama.

¿Quieres recoger otra espiga? *«Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar»*. ¡Qué suaves palabras! Tu corazón es delicado, y el Maestro lo conoce; es por eso que te habla tan suavemente. ¿No quieres obedecerlo y venir a él ahora mismo?

Toma otra espiga de grano: *«No temas, gusano de Jacob, yo te socorreré, dice Jehová y tu Redentor; el Santo de Israel»*. ¿Cómo puedes temer, teniendo una seguridad tan admirable como ésta?

Tú puedes recoger diez mil espigas de oro como ésta: *«Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como a niebla tus pecados»*. *«Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana»*. *«El Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiere, tome del agua de la vida de balde»*.

El campo de nuestro Maestro es muy rico; he aquí los manojos. ¡Mira, están delante de ti, tímido creyente! Júntalos, aprópiatelos, pues Jesús te ordena tomarlos. *«No temas, cree solamente»*. Toma estas dulces promesas, desgránalas con la meditación, y aliméntate de ellas con gozo.

C. H. Spurgeon

Tener visión espiritual afecta todos los ámbitos de la vida cristiana.

El resultado de la visión espiritual



T. Austin-Sparks

Lectura: Núm. 24:3,4; Mr. 10:46,51,52; 8:23-25; Jn. 9:1,7,25; Ef. 1:1 7-19; Apoc. 3:17; Hch. 26:17,18.

Al comienzo de la anterior meditación hablamos de la enfermedad esencial de nuestro tiempo, que es la ceguera espiritual.¹ Tomamos aquellos pasajes que leímos y notamos cómo cubrían de manera general el terreno de la ceguera y la visión espirituales. Entonces seguimos hablando sobre el común denominador en todos estos casos, que es el hecho de que la visión espiritual es siempre un milagro. Nadie tiene verdadera visión espiritual por naturaleza. Es algo que procede del cielo como un

acto directo de Dios, una facultad que no tenemos de manera natural sino que ha de ser creada. De modo que la misma justificación para la venida de Cristo a este mundo desde el cielo se encuentra en este hecho: que el hombre nace ciego y necesitaba un visitante del cielo para impartirle vista. Por último, el perder visión espiritual es perder el elemento sobrenatural en la vida cristiana que era el problema de Laodicea.

Seguimos adelante para ver que la gran necesidad de nuestro tiempo es de personas que puedan decir en verdad: «¡Veo!». Imagínate que has na-

¹ En «Aguas Vivas» N° 33, pp. 54-61.

cido ciego y que has vivido quizás hasta la madurez sin haber visto nada ni a nadie y que de repente puedes verlo todo y a todos. Seguro que tendrás un sentido de asombro. El mundo sería maravilloso.

Supongo que cuando el hombre de Juan capítulo 9 estuviera en casa estaría diciendo constantemente: «¡Es maravilloso ver a la gente, maravilloso ver todo esto!». ¡Maravilloso! Ésta sería la palabra que más estaría en sus labios. Sí, pero existe una contrapartida espiritual, y la gran necesidad es que haya personas que tengan constantemente este sentido de asombro espiritual en sus corazones. Asombro que brota de un amanecer traído por la revelación del Espíritu Santo y que es una sorpresa constante y siempre creciente. Es un nuevo mundo, un nuevo universo. Esta es la necesidad de nuestro tiempo: «¡Veo!».

En esta meditación vamos a continuar un poco la idea de que en cada etapa de la vida cristiana, desde el inicio hasta su consumación, el secreto ha de ser este: «Veo. ¡Nunca he visto como veo ahora! Nunca lo he visto de este modo. Nunca desde esta perspectiva ¡Pero ahora veo!». Si se trata de la verdadera vida en el Espíritu, ha de ser así a lo largo de todo el camino, de comienzo a fin. Meditemos, entonces, por unos momentos en una o dos fases de la vida cristiana que deben ser gobernadas por esta gran realidad de ver por obra de Dios. A lo largo de la meditación te vendrán a la mente gran cantidad de textos bíblicos puesto que las Escrituras contienen mucho sobre este asunto.

Ver gobierna el principio de la vida cristiana

¿Cuál es el principio de la vida cristiana? Es un ver. Ha de ser un ver. La misma lógica exige que sea un ver, por la razón de que toda la vida cristiana ha de ser un movimiento progresivo a lo largo de una línea hacia un fin. Esta línea y este fin son Cristo. Este era el asunto con el ciego de nacimiento en Juan 9. Te acordarás de cómo, tras ser expulsado, Jesús le encontró y le dijo: «¿Crees tú en el Hijo de Dios?». Y el hombre «respondió y dijo: ¿Quién es Señor para que crea en él? Jesús le dijo: Pues le has visto, y el que habla contigo, él es. Y él dijo: Creo Señor, y le adoró.» El objeto de la vista espiritual es el reconocimiento del Señor Jesús, y va a ser así durante todo el trayecto, de comienzo a fin.

Podemos decir que nuestra salvación fue un asunto de vernos a nosotros mismos como pecadores. Pero si hubiera quedado ahí, hubiera sido una expectativa muy pobre. O podemos decir que es ver que Cristo murió por los pecadores. Esto está muy bien, pero tampoco es suficiente. A no ser que veamos quién es Cristo podría encontrar cabida en nosotros este pensamiento sutil y fatal de que también muchos soldados británicos han muerto por sus compatriotas una muerte tan heroica como la de Jesús, sin discernir o diferenciar entre la una y las otras. No; todo el asunto se resume en ver a Jesús.

¿Qué ocurre cuando de verdad ves a Jesús? ¿Qué le ocurrió a Saulo de Tarso? Bueno, le ocurrieron un montón de cosas, y cosas muy poderosas que nada más hubiera podido produ-

cir. Nunca hubieras podido convencer mediante argumentos a Saulo de Tarso para que aceptara el cristianismo. Tampoco le hubieras podido introducir por temor. No hubieras podido convertirlo al cristianismo ni por raciocinio ni por emociones. Para sacar del judaísmo a este hombre se necesitaba algo más de lo que es posible encontrar en la tierra. Pero vio a Jesús de Nazaret y eso sí lo hizo. Ahora ha salido del judaísmo, es un hombre emancipado, ha visto.

Más adelante tiene que enfrentarse a la gran dificultad de los judaizantes que le siguen y persiguen por todas partes para boicotear la fe de sus convertidos, para hundirlos de su posición en Cristo. Y como es el caso con los creyentes en Galacia, muchos llegan al mismo borde de la caída, o llegan a caer. En este punto Pablo plantea de nuevo la cuestión de lo que es un cristiano y la enfoca precisamente sobre lo que sucedió en el camino de Damasco. La carta a los gálatas puede realmente resumirse así: un cristiano no es alguien que hace esto o aquello que le está prescrito. Un cristiano no es alguien que deja de hacer esto aquello o lo de más allá porque le está prohibido. Un cristiano no es en absoluto alguien regido por las cosas externas de una forma de vida, un orden, un sistema legalista que dice: «Debes y no debes.» El cristiano se define en

¿Qué es el crecimiento? Es conformidad con el Hijo de Dios.

esta frase: «Agradó a Dios revelar a su hijo en mí» (Gál. 1: 15, 16). Esta es sólo otra manera de decir: «Abrió mis ojos para ver a Jesús.» Las dos cosas son la misma. El camino de Damasco es el lugar. «¿Quién eres Señor?». «Yo soy Jesús de Nazaret». «Agradó a Dios el revelar a su Hijo en mí.» Esto es una y la misma cosa. Lo que hace al cristiano es una visión interior. «*Dios es el que resplandeció en nuestros corazones para iluminación de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*» (2 Cor. 4:6). «En nuestros corazones.» Cristo impartido de este modo y revelado en nuestro interior es lo que hace a un cristiano. Un cristiano hará o no hará ciertas cosas, no por el dictado de ciertas leyes cristianas, sino guiado en su interior por el Espíritu, por Cristo en el corazón. Es esto lo que hace a un cristiano, y en esto se echa el fundamento para todo lo demás hasta la misma consumación, porque esto es lo que va a seguir siendo de manera creciente. De modo que el fundamento ha de ser adecuado a la superestructura. Es todo una pieza. Es ver, y ver a Cristo.

Esto es una declaración atrevida sobre la que se podría decir mucho más. Pero es un desafío. Ahora hemos de preguntarnos a nosotros mismos: ¿Sobre qué fundamento descansa nuestra vida cristiana? ¿Es sobre algo externo; algo que hemos leído, algo que se nos ha dicho, algo que se nos ha mandado, algo con lo que se nos ha asustado o algo en lo que se nos ha introducido por emociones? ¿O se basa sobre este fundamento: «Agradó a Dios el revelar a su Hijo en mí?». Cuando le vi, vi qué clase de pecador

soy, y vi también qué clase de Salvador es él. ¡Fue el verle a él la clave de todo! Ya sé cuan elemental es todo esto en una conferencia de cristianos, pero a veces es bueno examinar nuestros fundamentos. Nunca nos apartaremos de tales fundamentos. Nunca llegaremos a un punto en que hayamos crecido y seamos gente tan maravillosa que hayamos superado estas cosas. Es todo de una pieza. No quiero decir con esto que hayamos de permanecer en lo elemental toda nuestra vida, sino que el carácter de nuestro fundamento sigue condicionando todo el resto hasta el fin. La gracia que estableció el fundamento pondrá la última piedra con gritos de «¡Gracia, gracia!». Todo será esto, la gracia de Dios abriendo nuestros ojos.

Ver rige el crecimiento espiritual

Pasemos ahora al crecimiento. Del mismo modo que el comienzo de la vida cristiana es por ver, así lo es también el crecimiento. El crecimiento espiritual es todo un asunto de ver. Quiero que penséis sobre esto. Para crecer hemos de ver. ¿Qué es el crecimiento espiritual? Contesta esta pregunta con cuidado en tu corazón. Creo que muchos imaginan que el crecimiento espiritual es conocer una mayor cantidad de verdad. No, no necesariamente. Puede ser que al crecer se aumente también tu conocimiento en este sentido, pero no es solamente esto. ¿Qué es crecimiento? Es conformidad con el Hijo de Dios. Este es el fin, y es en esta dirección en la que hemos de movernos de manera progresiva, regular y consistente. El crecimiento completo, la madurez espiritual, será

el haber sido conformado a la imagen del Hijo de Dios. Esto es crecimiento. Entonces, si esto es así, Pablo nos dirá: «*Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor*» (2 Cor. 3: 18). Conformidad al ver, crecimiento al ver.

El ministerio del Espíritu Santo

Esto contiene un principio muy precioso y profundo. ¿Cómo podemos ilustrarlo? Creo que este mismo pasaje que hemos citado puede ayudarnos. La última cláusula nos da la clave: «Como por el Espíritu del Señor.» Confío en que no estaré usando una ilustración demasiado trillada para ayudarnos en esto, si recurro a Eliezer, el criado de Abraham y a Isaac y Rebeca, este clásico romance del Antiguo Testamento. Te acordarás de que llegó el día cuando Abraham, que estaba envejeciendo, llamó a su fiel mayordomo Eliezer y dijo: «Pon ahora tu mano debajo de mi muslo y te juramentaré por Jehová, Dios de los cielos y Dios de la tierra, que no tomarás para mi hijo mujer de las hijas de los cananeos, entre los cuales habito, sino que irás a mi tierra y a mi parentela y tomarás mujer para mi hijo Isaac.» Y éste juró. Y como sabes, entonces Eliezer se marchó con sus camellos por el desierto hacia el lejano país, orando para que el Señor le prosperara y le diera una señal. La señal le fue dada en el pozo. Rebeca respondió a Eliezer, y tras tardar un poco y ser confrontada con el desaffo de manera muy clara, decidió ir con él. En el camino

él le sacó de sus tesoros cosas de la casa de su amo, cosas del hijo de su amo y se las enseñó. De este modo él la mantuvo ocupada todo el tiempo con el hijo de su amo y estas cosas le mostraban la clase de hijo que era, y las posesiones que tenía, dándole una idea de aquello a lo que ella estaba introduciéndose. Esto sucedió durante su travesía del desierto hasta que alcanzaron el otro lado y llegaron al distrito de la casa del Padre. Isaac estaba fuera, en el campo meditando, y ellos levantaron los ojos y vieron, y el siervo dijo: «¡Allí está! Aquel de quien te he estado hablando todo el tiempo, aquel cuyas cosas te he enseñado. ¡Ahí está!» Y ella descendió del camello. ¿Crees que se sintió extraña aunque viniera de un país lejano? Creo que el efecto que tuvo lo que hizo Eliezer fue hacerla sentir en casa, hacerla sentir que conocía al hombre con quien iba a casarse. Ella no sintió ninguna extrañeza ni preocupación ni nada extraño en cuanto a esto. Podríamos decir que simplemente se unieron. Fue la consumación de un proceso.

«Como por el Espíritu del Señor». El Señor Jesús dijo: «*Cuando él venga... tomará de lo mío y os lo hará saber... No hablará por su propia cuenta sino que hablará todo lo que oyere... Tomará de lo mío y os lo hará saber*» (Jn. 16:13, 14). El Espíritu, el fiel siervo de la casa del Padre, ha venido atravesando el desierto para encontrar la esposa para el Hijo, de su tierra y de su parentela. Sí, es algo asombroso. «*Así que por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo*» (Heb. 2: 14). «*Porque el que santifica y los que son*

santificados de uno son todos» (Heb. 2: 11). El Espíritu ha venido para conseguir ahora esta esposa, que sea uno con él, hueso suyo y carne suya. Pero el Espíritu desea ocuparnos constantemente con el Señor Jesús, mostrándonos sus cosas. ¿Con qué propósito? Para que no seamos extraños cuando le veamos, para que en aquel día no sintamos que nosotros somos de un modo y él de otro, sino que sea sencillamente: «Este es el último paso de otros muchos que han llevado a éste, y cada paso dado ha estado haciendo esta unidad más perfecta, esta armonía más completa.» Para que al final, sin ninguna gran crisis, simplemente entremos.

Hemos estado todo el tiempo en esta dirección, y este es el último paso. Esto es ser conformado a su imagen, esto es crecimiento espiritual: ir conociendo al Señor y llegando a ser como él, ir sintiéndonos con él como en casa, para que no haya incompatibilidad, ni extrañeza, ni discordia ni distancia. Ser uno con nuestro Señor Jesús, profundizando siempre hasta la consumación. ¡Esto es crecimiento espiritual! ¿Te das cuenta? Nuevamente se trata de algo interior, y no es más que el desarrollo de aquella iniciación, de aquel comienzo. Hemos visto y estamos viendo, y viendo y viendo, y al ver somos transformados.

¿Es esto verdad acerca de todo lo que crees ver? Hemos de probar todo lo que creemos ver y conocerlo mediante su efecto en nuestras vidas. Tú y yo podemos tener una enorme cantidad de lo que creemos ser conocimiento espiritual. Tenemos todas las doctrinas, todas las verdades, podemos

enmarcar todas las doctrinas evangélicas, pero ¿cuál es el efecto de ello? Amados, si no somos transformados, no estamos viendo en su verdadero sentido espiritual. Qué triste, pero esta es la tragedia de tantos que tienen todo esto, pero que son tan pequeños, tan débiles, tan desagradables, tan crueles, tan legalistas. Sí, ver es ser cambiados y no es ver si no produce esto.

Sería muchísimo mejor si fuéramos despojados de todo esto y fuéramos llevados al punto en que simplemente viéramos un poquito, pero que ese poquito nos hiciera distintos. Hemos de ser muy honestos con Dios sobre este punto. ¿No preferiríamos tener, aunque sólo fuera un poco de conocimiento, pero que fuera cien por cien efectivo, que poseer toda una montaña, el noventa por ciento de la cual no sirviera de nada? Hemos de pedir al Señor que nos salve de avanzar mas allá de la vida espiritual, quiero decir avanzar en conocimiento, un cierto tipo de conocimiento, una pretensión de conocimiento. Ya sabes lo que quiero decir. Pablo nos dice que ver verdaderamente es ser cambiado, y ser cambiado es un asunto de ver como por el Espíritu del Señor. De modo que para ver hemos de orar.

Algunos de nosotros conocíamos la Biblia, conocíamos el Nuevo Testamento, conocíamos Romanos, conocíamos Efesios, pensábamos que veíamos. Podíamos incluso dar conferencias sobre la Biblia y estas epístolas y las verdades que contienen – y de hecho lo hicimos durante años. Pero un día vimos, y la gente vio que veíamos y decía: ¿Qué le ha ocurrido al predicador? No es que esté diciendo nada

distinto de lo que ha dicho siempre, pero en cambio hay una diferencia; ¡Ha visto algo! Esto es.

Ver rige el ministerio

Y por supuesto, esto nos conduce al siguiente punto aunque será de manera breve. Lo que es cierto sobre el comienzo de la vida, y sobre el crecimiento, es también cierto en cuanto al ministerio. Por favor, no creas que me estoy refiriendo a alguna clase especial de personas llamadas «ministros.» El ministerio, como ya dijimos, es un asunto de utilidad espiritual. Cualquier ministerio que no sea de utilidad espiritual no es verdadero ministerio, y cualquiera que es espiritualmente útil es un ministro de Cristo. De modo que todos estamos en el ministerio, en el plan de Dios. Ahora bien, puesto que esto es así, todos somos afectados, todos somos gobernados por esta misma ley. Ser útiles espiritualmente es una cuestión de ver. Sabéis que la segunda epístola a los Corintios es la carta del Nuevo Testamento que trata mayormente el tema del ministerio. «*Teniendo, pues, este ministerio*» (4:1) - ¿y cuál es este ministerio? «Dios ha resplandecido en nuestros corazones» (4:6). Sabemos que en esta parte de la epístola Pablo tiene como fondo de su argumento a Moisés, el ministro de Dios. Esta es la designación por la que conocemos a Moisés como siervo de Dios. Pablo habla de Moisés cumpliendo con su ministerio, su servicio, leyendo la ley y teniendo que ponerse un velo sobre su rostro, ya que por razón de la gloria la gente no podía mirarle. Y aquella era una gloria pasajera. En este punto Pablo nos dice

que en el ministerio que nos ha sido encomendado, Dios ha resplandecido en nuestro interior y no tenemos necesidad de ningún velo. En Cristo, el velo ha sido quitado y lo que debe verse es Cristo en nosotros, y Cristo ha de ser ministrado a través nuestro, puesto que somos los instrumentos para hacer visible a Cristo. Esto es utilidad espiritual, esto es ministerio: hacer a Cristo visible, y *«tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros»* (4:7). *«...que estamos...»* y sigue toda una lista de cosas que nos rebajan. Pero en realidad está diciéndolo: ¡Esto es Cristo! Si se nos rebaja, si somos perseguidos, menospreciados, derribados, siempre llevando por todas partes la muerte del Señor Jesús, esto es tan sólo la manera en que Dios hace visible a Cristo. Si somos menospreciados y perseguidos y derribados, y la gracia del Señor Jesús es suficiente, y ves que el Señor Jesús exhibe su gracia en esta prueba, en este sufrimiento, entonces dices: ¡Este es un Cristo maravilloso! Ves a Cristo, y a través de nuestros sufrimientos, Cristo es ministrado. Esto es utilidad espiritual.

¿Quién es el que más te ha ayudado? Yo puedo decirte quién me ha ayudado más a mí. No ha sido nadie desde el púlpito. Fue alguien que atravesó un intenso y terrible sufrimiento durante muchos años, y para quien la gracia de Dios fue suficiente. Yo podía decir: «Si puedo atravesar el sufrimiento de este modo, entonces el cristianismo que vivo vale la pena, mi Cristo vale la pena.» Aquello fue lo que más me ayudó, aquello es lo que

quiero ver. No me prediques; vive, y así es como más me ayudas. Nos es ciertamente de gran inspiración, o debería serlo, el ver que es en nuestra prueba y adversidad donde otros pueden ver al Señor y ser más ayudados. La manera en que atravesamos la prueba es lo que va a ayudar a los demás mejor que todo cuanto podamos decirles. ¡Que el Señor nos guarde cuando decimos algo así, porque conocemos nuestra fragilidad! Sabemos cómo le fallamos cuando estamos bajo prueba. Pero esto es lo que Pablo está diciéndonos aquí en cuanto al ministerio. *«Tenemos este tesoro en vasos de (frágil) barro... Estamos atribulados, en apuros, perseguidos, derribados, llevando siempre por todas partes la muerte de Jesús»*. Pero para Pablo, el fin de todas estas cosas era: *«...Glorificaron a Dios en mí»* (Gál. 1:24). ¿Qué quieres más que esto? Esto es ministerio.

Pero es el ver. Para que tú y yo seamos útiles espiritualmente, hemos de proveer con nuestra vida el terreno propicio para que los demás vean. Quiero decirlo de este modo. Puede ser que veamos y que transmitamos lo que vemos, podemos ser epístolas vivas, y puede ser, aún así, que los demás no vean. Pero se ha creado el terreno para que puedan ver y si tienen un corazón honesto y sin prejuicios, abierto de verdad al Señor, él les concederá que vean lo que el Señor nos ha revelado a nosotros y lo que revela a través de nosotros. El ha de tener epístolas vivas. Hombres y mujeres en quienes él pueda ser leído. Esto es el ministerio.

Por tanto, se trate de impartir mi-

nisterio o de recibirlo, el asunto esencial es siempre esta obra divina de gracia por la cual los ojos son abiertos. Todo ello constituye un gran llamamiento para que de todo corazón busquemos al Señor, para que él abra nuestros ojos. No importa lo ciegos que hayamos podido ser, ni el tiempo que hayamos pasado en esta condición, nunca es demasiado tarde para recibir visión, si en verdad vamos en serio con Dios. Pero no olvidés que es un asunto de ser honestos con Dios.

El Señor Jesús le dijo algo maravilloso a Natanael. Natanael estaba peligrosamente cerca de esta doble ceguera. En el momento en que estaba dando lugar a un prejuicio popular, se encontraba muy cercano a la zona de peligro. Él dijo: «¿De Nazaret puede salir algo de bueno?». Esto es un

prejuicio popular. Un prejuicio popular ha robado a muchos hombres y mujeres la posibilidad de conocer más profundamente los pensamientos de Dios. Los prejuicios pueden tomar muchas formas. Tengamos cuidado. Pero Natanael fue salvo. Jesús le dijo: «*De aquí en adelante verás el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre*» (Jn. 1:51). «*De aquí en adelante...*». Por supuesto, se refería al día del Espíritu. Natanael vería «como por el Espíritu del Señor». Estaba en peligro, pero escapó. Si estás en peligro por tus prejuicios, ten cuidado. Abandona tus prejuicios, ten un corazón abierto. Sé un israelita en quien no hay Jacob, en quien no hay engaño, abierto de corazón al Señor, y verás.



Fumarse la Palabra

Gaylord Kambarami, Secretario General de Sociedades Bíblicas de Zimbabwe, le dio un Nuevo Testamento a un hombre muy violento. Éste dejó en claro que enrollaría las páginas para hacer cigarros, a lo que Kambarami replicó: «De acuerdo, pero al menos prométame que leerá cada página antes de fumársela». El hombre le dio su palabra y cada uno siguió su camino.

Quince años más tarde, ambos coincidieron en la convención Metodista en Zimbabwe. El pagano fumador de las Escrituras había encontrado a Cristo y era un evangelista de tiempo completo. «Me fumé Mateo, me fumé Marcos, me fumé Lucas, pero cuando llegué a Juan 3:16, no pude seguir fumando. Mi vida cambió en ese momento».

Evidencia

Un borracho se convirtió al Señor. Un día, un escéptico se mofó de él diciéndole: «¿Crees tú que Cristo hizo que el agua se volviera vino?».

La rápida y acertada respuesta del nuevo convertido fue: «No sé qué decirte, pero lo que sí sé es que en mi hogar Cristo hizo que el vino se volviera pan».

Toda obra de Dios debe hacerse según el modelo del Monte.

La revelación y la obra de Dios



Watchman Nee

Lecturas: Génesis 18:17; 37:5,9; 49:1; Éxodo 25:9; Salmos 25:9, 14; Hechos 20:27; 20:24; Efesios 3:2, 3, 7.

El propósito eterno de Dios no puede nunca ser comprendido y entendido por la mente. Tiene que venir por revelación. Toda obra para Dios empieza por la consagración o se basa en la entrega. Pero esta consagración o entrega sólo viene por medio de la revelación. De hecho, la obra de Dios (no nuestra obra, sino la obra de Dios por medio de nosotros) sólo puede empezar cuando ya ha llegado la revelación. De manera externa es una visión celestial, de manera interna es una revelación.

Dios no quiere que realicemos una

obra general y abigarrada. Él quiere que sepamos todo su plan y que colaboremos con él mediante un plan y propósito claros. Porque no sólo somos sus siervos, sino sus amigos.

Toda entrega y consagración son valiosas, pero a fin de cuentas es sólo después de la revelación que la entrega y la consagración logran tener mucho valor, porque es sólo entonces que se completan. Nuestra entrega que tiene lugar antes de esta revelación es con miras a la salvación. Él me ha rescatado con su sangre, su amor por mí es inefable. Por tanto, debo entregarme

a él. Debo entregarme a mí mismo y todo lo que tengo a la causa de su gracia y amor redentores. Pero después de la revelación todo cambia. Cuando vemos el propósito eterno de Dios, vemos que requiere una entrega absoluta de nosotros a este propósito, con una entrega que hasta entonces no hemos considerado posible –algo más profundo y más completo–. Pablo dijo: «*Por lo cual... no fui rebelde a la visión celestial*» (Hch. 26:19). Lo podía soportar todo y sufrir todo a causa de esta visión celestial.

José era un ejemplo perfecto de un hombre de Dios, que recoge en sí mismo a todos los que le precedieron. Pero la crisis le sobrevino cuando tuvo los sueños. Esto fue para él la revelación, en la que vio el propósito de Dios y la parte que tenía él mismo. Esto fue el principio de la obra de Dios por medio de él.

Moisés tuvo que subir a la montaña para recibir las pautas sublimes que iban a dirigir la vida del pueblo de Dios – los diez mandamientos y toda la ley de Dios. Más tarde tuvo que obtener el molde para el tabernáculo: «*Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte*» (Hebreos 8:5).

Toda obra que realicemos, por pequeña que sea, debe hacerse según el modelo que se nos enseñó en el monte; esto es, según la revelación que Dios nos ha hecho de su propósito y plan eternos. Pero la revelación a José y a Moisés y a otros fue individual. No es así hoy. Hoy la revelación es a la iglesia. No es una revelación distinta a cada individuo, sino que se da la misma revelación a la iglesia entera.

Toda obra espiritual para Dios procede de la revelación.

La obra espiritual basada en la revelación

Toda obra espiritual para Dios procede de la revelación. Si se prescinde de la revelación del propósito eterno de Dios no puede haber obra espiritual verdadera. Puede haber una obra variada, diseminada en su Nombre, que puede ser bendecida por Dios, pero que no puede llamarse verdaderamente obra espiritual u obra conjunta con él, a menos que proceda de la revelación del propósito eterno de Dios. Debe ser revelación y no sólo una comprensión intelectual del mismo – el entendimiento e iluminación intelectuales no sirven de nada. Debe ser una visión en tu mismo espíritu: un «ver» en qué consiste la esfera y el contenido de la obra de Dios.

Ahora, sólo la revelación puede referirse tanto a la obra como al obrero. Esta luz del cielo nos hace añicos. Nos hace astillas y nos mata a *nosotros y nuestra obra*. Si es sólo doctrina o enseñanza, no tardará en desaparecer. Se va, se esfuma, por así decirlo. Pero si es luz o revelación, es nuestra *vida* y no podemos evadirnos de la misma.

Un día el Señor Jesús dijo: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día – El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por medio del Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por me-

dio de mí». Muchos no lo entendieron y le dejaron. Pero cuando él preguntó a los doce si iban a dejarle también, la respuesta fue: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn. 6:54, 56, 57, 68). Cuando vemos la luz, se hace parte de nuestra vida, y no hay otra alternativa. No podemos obrar de otra manera, porque es nuestra vida misma. Si no podemos seguir la luz, morimos. Y gracias a Dios no es algo que tengamos que recordar o hacer memoria. Si la hemos visto, la hemos visto y la veremos siempre. Nunca nos deja. Porque encontraremos que el cuerpo responde a todo: es nuestra vida misma. No podemos vivir fuera del cuerpo.

¿A quiénes se revela?

Cada cosa espiritual que poseemos procede de la revelación. Nos llega en este orden: 1) luz, 2) revelación, 3) vida, esto es, la vida de Dios, y 4) todas sus riquezas, todo lo que él es.

Si Dios quiere hacer algo nuevo, algo especial, en Shangai, en la China o en cualquier otro sitio del mundo, ¿te lo revelará a ti o lo esconderá de ti? ¿En cuántas personas de Shangai va a confiar si él ha de realizar algo allí? Veamos que es sólo a sus amigos más entrañables y cercanos que él revela sus secretos y planes. Esto debe ser motivo de reflexión por nuestra parte.

Tomado de La obra de Dios

j j j

La calesita

Para los argentinos es «calesita», para los chilenos es «carrusel», y para un buen español «tiovivo». Los distintos nombres se refieren a una misma cosa: el círculo giratorio que tanto deleita a la gente menuda.

Y es el caso que esta diversión de los pequeños tiene un triste parecido con la vida de muchos cristianos: son aquellos que están siempre en constante movimiento, ocupados en múltiples menesteres, brillando en cuanto actividad pueden destacarse y haciendo todo el ruido posible. Pero, como la calesita, no obstante todo el movimiento, todas las luces y todo el bullicio, nunca salen del mismo lugar. ¿Será porque, como la calesita, siempre giran en torno de sí mismos?

Roberto H. Romanenghi, Anécdotas de actualidad

La sabiduría del trigo

Una niña contempla, junto a su padre, el campo sembrado de trigo, y le dice: «Mira, papá, cómo algunas de las cañas tienen la cabeza erguida y altiva; sin duda, serán las mejores y las más distinguidas; esas otras a su alrededor, que bajan casi hasta la tierra, serán seguramente las peores. El padre cogió algunas espigas, y dijo: «Mira bien, hija mía, aquellas espigas que con tanta altivez levantan la cabeza están enteramente vacías. Al contrario, estas otras que la doblan con tanta modestia, están llenas de hermosos granos». *El sabio y el bueno son humildes: la soberbia es propia del ignorante y el malo.*

RESTAURANDO A PEDRO

Después de la caída de Pedro –es decir de su negación al Maestro– hay dos hechos que muestran la iniciativa del Señor para restaurarlo. Ambos ocurrieron después de su resurrección. El primero, la mención que hacen de su nombre los ángeles para que se una a los demás discípulos en Galilea (Mr. 16:7), y el segundo, la aparición del Señor a Pedro antes que a los demás discípulos (1ª Cor. 15:5; Lc. 24:34).

Estos dos hechos son muy relevantes. Pedro había caído fuertemente y el Señor se ocupa personalmente de restaurarlo. Naturalmente, no hemos de ver aquí la exaltación de Pedro a una posición hegemónica. Se trata de amar más al que necesitaba más porque había pecado más. Es cierto, todos habían huido en el Getsemaní y le habían dejado solo, pero sólo Pedro le había negado tres veces con su boca.

Ahora bien, ¿qué vio el Señor en Pedro para ocuparse de él así?

Lo primero, vio sus lágrimas amargas cuando el gallo cantó aquella noche. (Lc. 22:61-62). Lo segundo, el sentimiento de indignidad que debe haber embargado a Pedro, al punto de no considerarse ya como uno de sus discípulos. Aquellos días en que Jesús estuvo en la tumba debieron llenar el corazón de Pedro de pensamientos fatalistas ¡Todo estaba perdido! ¡Jamás tendría otra oportunidad. (No olvidemos que la resurrección del Señor no estaba en sus planes).

Pedro se dolió profundamente por haber negado a su Señor, del cual sólo había recibido bien. Desde aquel momento, Pedro había entrado en un túnel profundo que no tenía luz al final. Los sentimientos de contrición debieron ser profundos y drásticos. Pedro necesitaba sentir el perdón del Señor y ser restaurado. ¿Quién podría hacerlo mejor que él?

El perdón y la restauración corren (y tal vez vuelan) para auxiliar al corazón arrepentido. Pero sin arrepentimiento no hay perdón, ni tampoco restauración. Es así siempre. Nuestras caídas no sorprenden al Señor; su sangre está pronta para limpiarnos y su amor para restaurarnos. Apenas el corazón se vuelve a él contrito y arrepentido, él actúa ¡hermosamente!

Una semblanza de Francisco de Asís, el joven rico que por amor a Cristo se hizo pobre.

El pobrecillo de Asís



Francisco nació a fines del siglo XI, año 1083, con el nombre de Juan Bernardone, en la pequeña ciudad italiana de Asís.

En su tiempo, la iglesia institucionalizada había escalado hasta la cima del poder y riquezas mundanas nunca antes vista, descuidando gravemente su misión espiritual. Había mucha corrupción y abusos en casi todos los ambientes cristianos. Entre tanto, la gran mayoría de la gente vivía en la ignorancia y la pobreza, soportando los abusos de quienes detentaban el poder político y el poder religioso.

En este desolador contexto surgieron reacciones en busca de una vida cristiana más pura y consagrada. Una de ellas fue encabezada por Pedro de Valdo y los «Pobres de Lyon», quienes vendían sus bienes para vivir de una manera humilde, predicaban el evangelio a los pobres y difundían la

Biblia en lengua vernácula. Muy pronto, sin embargo, la iglesia secularizada se los prohibió y fueron perseguidos como herejes. Esto los convirtió en un pueblo separado que, a pesar de su fiel testimonio por Jesucristo, tenían pocas posibilidades de llegar a la gran masa de hombres y mujeres sometidos a ese sistema.

Es en este punto donde cobra importancia la figura de Francisco de Asís.

Pobre para Cristo

Francisco, cuyo nombre es en realidad un apodo que significa «pequeño francés», fue hijo de un rico comerciante de la ciudad de Asís. Durante su juventud vivió de manera mundana y disipada, despilfarrando a manos llenas el dinero de su padre. Con ansias de conquistar la gloria caballeresca, se enlistó en el ejército de

su ciudad para luchar contra la ciudad rival de Perusa. Sin embargo, su ejército fue derrotado y Francisco acabó encarcelado en Perusa por varios meses. Allí comenzaron a desmoronarse sus sueños de gloria y grandeza. Aunque, una vez libertado, volvió a su antigua vida, un cambio imperceptible comenzaba a operarse en él, pues la gracia de Dios ya lo estaba atrayendo. Fue así como, dos años más tarde, mientras se dirigía otra vez al campo de batalla, repentinamente una voz en sueños le mandó detenerse y volver a su casa. Así lo hizo, y aquella noche, mientras oraba, Francisco se encontró con el Señor y éste cambió su vida para siempre.

Como consecuencia de ese encuentro, todos sus antiguos hábitos y deseos desaparecieron y fueron reemplazados por un ardiente anhelo de conocer e identificarse más y más con Cristo. Y fue este el motivo que gobernó su vida hasta el fin. Todo lo demás, estuvo siempre subordinado a este llamado supremo. Pues, aunque siempre se mantuvo fiel a la iglesia establecida, su jerarquía y sus sacramentos, la vida de Cristo en él logró desbordar y eclipsar todas esas influencias para llevarlo por un camino totalmente diferente. Todo lo demás se volverá externo y transitorio. «Solo Dios salva, y no necesita de la ayuda de ningún hombre para hacerlo; y si necesitara de alguien, sería de siervos pequeñitos e ignorantes», podría decir más adelante.

A partir de su conversión, los hechos se suceden rápidamente. Comienza a visitar a los mendigos y luego a los leprosos. A estos últimos se

les llamaba «raza maldita», y les estaba prohibido entrar en las ciudades y beber de los ríos o fuentes por temor al contagio. A Francisco le causaban un horror indescriptible y los evitaba por cualquier medio. No obstante, creía haber escuchado la voz del Señor en oración, diciéndole: «Si quieres conocer mi voluntad, deberás amar todo lo que has despreciado y despreciar todo lo que has amado».

Cierto día, mientras iba en su caballo, divisó un leproso que venía hacia él por el camino. Instintivamente dio la media vuelta y escapó. Pero, en ese instante, recordó la voz del Señor y decidió volver. Bajó del caballo tambaleándose y acercándose al leproso lo abrazó y luego besó sus dos manos llagadas y putrefactas por la lepra. Luego se alejó, y al momento, sintió que el Señor lo envolvía con su presencia de una manera nueva y superior. Desde ese día consideró ese incidente como la prueba de fuego de su conversión. Nunca más temió a los leprosos y a partir de entonces procuró con ahínco limpiar sus heridas y llagas. Al final de su vida pudo confesar: «El Señor me llevó entre los leprosos», recordando que fue gracia del Señor la que lo capacitó para servirlos.

Poco tiempo después, comenzó a distribuir los bienes de su padre entre los pobres de la ciudad. Este último, furioso, lo encerró bajo llave en su casa, decidido a hacer de él un hombre de negocios. Pero su madre, una mujer sensible, lo liberó. No obstante, su padre lo arrastró hasta la puerta de la parroquia de Asís, para que el obispo juzgara su causa. Allí Francisco, en un acto de singular dramatismo, se

despojó de sus costosas ropas y, entregándose a su padre, declaró ante todo el pueblo: «Amé y fui amado por este hombre a quien siempre llamé padre. Pero Aquel que me soñó y amó desde la eternidad, puso un muro a mi carrera de comerciante y me dijo «ven conmigo». Y yo he decidido irme con él. Ahora tengo otro Padre. Desnudo vine al mundo y desnudo retornaré a los brazos de mi Padre».

Este acto marcó su rompimiento definitivo y radical con la sociedad y sus intereses mundanos. Nunca más volvió a tener posesión alguna, a excepción de una túnica hecha de saco y un cordón para atarla. Tampoco volvió a tocar el dinero. Había abrazado la pobreza, no como un fin en sí mismo, sino como una manera de despojamiento y desprendimiento a fin de poseer a Cristo sin limitaciones. Su pobreza radical era una forma de completo desasimiento, no sólo del cuerpo sino también del alma, a fin de poseer a Dios plenamente. Y a partir de allí, surgió en él un extraño y nuevo amor por la creación de Dios, los árboles, las montañas, las aves, los insectos y las flores. Pues, descubrió que quien no tiene nada, en realidad lo tiene todo. Mas no como su dueño, sino como beneficiario del infinito amor de Dios, que se revela en toda su creación. «Cuando el corazón – decía – está vacío de Dios, el hombre atraviesa la creación como mudo, sordo, ciego y muerto; inclusive la Palabra de Dios está vacía de Dios. Cuando el corazón se llena de Dios, el mundo entero se puebla de Dios... El Señor sonríe en las flores, murmura en la brisa, pregunta en el viento, responde

en la tempestad, canta en los ríos..., todas las criaturas hablan de Dios cuando el corazón está lleno de Dios».

El hermano pobre y desasido de todo –pensaba Francisco– puede ser hermano de todo lo creado, como una criatura más entre todas las criaturas de Dios. Pero además, puede, henchido por el amor de Dios, amar a todos los hombres, sin distinción de clase, riqueza ni color, especialmente aquellos que no son amables, ni atractivos ni deseables. Aquí hallamos la explicación más profunda de la pobreza asumida voluntariamente por Francisco.

Los Hermanos Menores

Francisco fue siempre un hombre de acción más que de palabra. Por ello, su testimonio de Cristo debe buscarse antes en sus actos que en sus enseñanzas o predicaciones. Hablando estrictamente, no fue un hijo de la iglesia organizada. No estudió en un seminario, no fue parte del clero, ni tampoco formó parte de ninguna de las órdenes religiosas ya existentes. Su conocimiento religioso, bastante tosco y popular, no pasaba del de cualquier laico promedio. A pesar de ello, emprendió al principio un camino solitario en el que no buscó ni consultó más que al Señor y su Palabra.

Y fue en ese camino que el Señor le reveló su voluntad por medio de las palabras del evangelio en Mateo 10:5-14: «*Id... predicad diciendo: El reino de los cielos se ha acercado... no os proveáis de oro, plata, ni cobre en vuestros cintos...etc*». Fue como si un relámpago estallara ante sus ojos. Era la voz del Señor hablándole a él di-

rectamente. Desde ese momento en adelante debía dedicar su vida a vivir y predicar el evangelio hasta el fin de sus días. Y él lo interpretó literalmente: sin dinero, sin posesiones, sin reglas humanas, dependiendo exclusivamente de Dios y su misericordia; y dando primero ejemplo del evangelio con su propia vida.

A partir de entonces, poco a poco, en tanto Francisco predicaba a las gentes encendido por el amor de Cristo, un numeroso grupo de compañeros se fue sumando a su aventura. El primero de ellos fue Bernardo de Quintavalle, el hombre más rico y poderoso de Asís. Una tarde convidó a Francisco a cenar a su casa y durante la noche, fingiendo que dormía, lo espió mientras Francisco pasaba la noche orando al Señor. Quedó tan conmovido, que al día siguiente decidió repartir todo lo que tenía entre los pobres y seguir las huellas de Francisco. Esto causó una gran conmoción en la ciudad de Asís. Los nobles y poderosos comenzaron a recelar de la influencia de Francisco, mientras otros tantos jóvenes y jovencitas dejaban todo para seguir su ejemplo, repartiendo sus posesiones entre los pobres para ir en pos de Cristo.

Al principio, la naciente fraternidad tenía por única guía y regla de acción los principios que Francisco tomaba del Evangelio. Vivían sin posesiones en pequeñas chozas de barro, cuidándose mutuamente, trabajando con sus manos para obtener sustento (aunque nunca dinero) y a veces pidiendo limosna. Siempre marchaban de dos en dos por los caminos, predicando y saludando a todos con: «El

Señor te dé la paz». La mayoría los miraba extrañados, no pocos se burlaban y algunos los golpeaban y trataban como locos o ladrones. Pero ellos siempre intentaban responder con una sonrisa mientras daban gracias al Señor por los golpes y las burlas. Iban de ciudad en ciudad y de plaza en plaza animando a todos a arrepentirse de sus pecados y volverse al amor del Señor. Estos fueron los mejores años de Francisco y la fraternidad, cuando eran libres para seguir al Señor sin normas ni controles eclesiásticos. Sin embargo, muy pronto todo habría de cambiar.

A medida que fueron siendo más y más conocidos, la fraternidad fue creciendo, y Francisco sintió que era tiempo de solicitar un permiso de la autoridad para continuar con la fraternidad y su misión. Sus biógrafos atestiguan que, en verdad, no pensaba que la autoridad debía refrendar el evangelio que el Señor mismo le había encomendado, sino que más bien, como todo cristiano medieval, pensaba que debía hacerlo por respeto y sumisión. Pocos años antes Pedro de Valdo había expresado el mismo deseo, pero había sido rechazado.

Contrariamente a lo que había sucedido con Valdo, Francisco obtuvo el permiso. La autoridad, tras largas deliberaciones, aceptó la «regla» propuesta, que no era más que una compilación de versículos del Evangelio. La experiencia con Valdo había demostrado que oponerse a esta clase de movimientos era peor. Desde entonces, se buscó convertir el movimiento 'franciscano' en un disciplinado ejército sometido a los intereses de la igle-

sia institucionalizada. Con el tiempo, este hecho llegaría a ser la gran tragedia en la vida de Francisco.

El Camino de la Cruz

Francisco nunca fue un teólogo ni un hombre especulativo. Desconfiaba del conocimiento y la sabiduría puramente intelectual, pues para él conducía al orgullo y la superioridad. Por lo mismo, y honestamente, nunca se preguntó acerca de la validez escritural de la iglesia de su tiempo. Él simplemente deseaba vivir el Evangelio de la forma más humilde, pobre y amable posible, sin despreciar ni herir a nadie. Además, pensaba que había sido llamado a predicar con el ejemplo y no con la palabra. Aunque leía y citaba constantemente la Biblia, siempre se consideró ignorante e incompetente en cuanto a enseñar sobre ella. No obstante, a pesar de todo lo anterior, en su intento de vivir radicalmente a Cristo según lo revelan los evangelios, se halló inevitablemente enfrentado con los intereses y estrategias del sistema eclesiástico dominante. En este punto, desgarrado entre su anhelo de total fidelidad a Cristo y, por otra parte, su respeto hacia una jerarquía eclesiástica que impedía su completa realización, comenzó la noche oscura para él.

A medida que la fraternidad fue creciendo, muchos hombres preparados en las doctrinas y estatutos de la iglesia profesante entraron en ella. La mayoría fue atraída por un interés y simpatía reales hacia Francisco y los primeros hermanos. Pero su espíritu era muy distinto. Y en ellos, la jerarquía encontró el medio de tomar las

riendas del movimiento, nombrándolos rápidamente como rectores del mismo. Estos 'letrados' consideraban a Francisco demasiado simple, tosco e inculto para dirigir un movimiento tan grande. Querían atenuar lo que consideraban un ideal demasiado riguroso y organizar la orden de acuerdo a las reglas monásticas preexistentes. Deseaban fundar conventos y seguir el camino ya conocido.

La autoridad había nombrado a Hugolino como delegado protector de la orden. Este, influido por los ministros, intentó convencer a Francisco tenazmente para que adoptara alguna regla monástica. Pero Francisco se mantuvo incommovible. Los hermanos no necesitaban más regla que el Evangelio de Cristo. De hecho, los primeros franciscanos eran cualquier cosa menos monjes. Tenían total libertad para vivir como el Señor los dirigiera: algunos como jornaleros, otros como ermitaños, otros como peregrinos y aún otros, como predicadores itinerantes. No existía ninguna organización más que la necesaria para salvar las situaciones según se presentaban. Eran, ante todo, una familia unida por lazos espirituales.

Así se expresaba entre ellos lo que Francisco había recibido de parte del Señor. Pero ahora se les exigía otra cosa: organización y uniformidad. Para aquéllos era una cuestión de practicidad y realismo; para Francisco, en cambio, estaba en juego la viabilidad misma del Evangelio de Cristo. Él se lo había jugado todo por esa forma de vida que los ministros despreciaban como carente de sentido común. Fue una batalla terrible en la

que el alma de Francisco fue arrastrada hacia un abismo de agonía, duda y desesperación. Fueron años largos y oscuros, durante los cuales la fraternidad le fue arrebatada progresivamente, mediante cientos de argucias y engaños.

De hecho, ellos tenían miedo de enfrentar a Francisco, así que le pidieron a Hugolino que interviniera. Un día, éste tomó a Francisco aparte y comenzó nuevamente a hablarle. En respuesta, Francisco tomó a Hugolino de la mano y entró así a la asamblea general de hermanos. Y dijo: «Hermanos míos. El camino en que me metí es el de la humildad y de la sencillez. Si les parece nuevo mi programa, sepan que el Señor mismo me lo reveló y que de ninguna manera seguiré otro. No vengan a hablarme de reglas... ni de ninguna otra forma de vida, fuera de aquella que el Señor misericordiosamente me mostró. Y el Señor me dijo que él quería que yo fuera un nuevo loco en el mundo... En cuanto a ustedes (dirigiéndose a ellos), que Dios los confunda con su sabiduría y su ciencia».

En medio de ese torbellino, Francisco decidió ausentarse e ir a predicar a los musulmanes. En realidad estaba desalentado y no deseaba batallar más, ni apropiarse de nada para sí. Los letrados, aprovecharon el momento, y muy pronto metieron a todo el movimiento en regla. Los primeros hermanos se opusieron, pero fueron perseguidos y encarcelados. Sin embargo, otros partieron a buscar a Francisco. Finalmente lo encontraron y lo trajeron de vuelta. Cuando éste llegó, y comprobó todos los cambios intro-

Desde ese momento en adelante, Francisco y el movimiento que él había fundado, que hasta hoy lleva su nombre, seguirían caminos cada vez más divergentes.

ducidos durante su ausencia, se enfureció: En el lugar mismo donde él había iniciado la fraternidad, los clérigos habían erigido un convento.

Molesto, se subió entonces al techo y comenzó a tirar las tejas. Sin embargo, los letrados no se dieron por vencidos. Ni tampoco Hugolino. Finalmente, Francisco, enfermo y agotado, decidió renunciar por completo a la dirección de la fraternidad, nombrando en su reemplazo a un hermano de su confianza. Reunió a los hermanos y les habló, en tono sombrío y triste: «Hermanos, en adelante estoy muerto para ustedes. He aquí al hermano Pedro Catani a quien todos, ustedes y yo, obedeceremos». Había perdido la batalla por la fraternidad.

De este modo, sin embargo, Francisco había optado por el camino de la cruz y de la completa desappropriación. «Sólo Dios basta», se repetía a sí mismo. Pero, desde ese momento en adelante, Francisco y el movimiento que él había fundado, que hasta hoy lleva su nombre, seguirían caminos cada vez más divergentes. Entre tanto, se retiró con algunos de sus compañeros más antiguos y fieles, y procuró continuar con la misión

que el Señor le había mostrado.

Se hallaba cada día más enfermo y una patología contraída en oriente lo estaba dejando paulatinamente ciego. No obstante, volvió a recorrer los caminos y aldeas predicando el evangelio. La gente venía de todas partes a escuchar sus mensajes. En especial los más pobres y desamparados. Y Francisco lloraba cada vez que les hablaba del amor de Cristo y de la Cruz.

En la última etapa de su vida buscó una identificación cada vez más profunda con Cristo crucificado. Estaba tan enfermo, que a veces los dolores superaban su capacidad de resistencia. Los hermanos, desesperados, trataban de ayudarlo y animarlo, pero él les respondía: «No hace falta, conozco a Cristo pobre y crucificado y eso me basta».

Fue durante esa época que ocurrió el extraño episodio de los estigmas. Los cronistas aseguran que recibió las marcas de Cristo mientras oraba solo en una montaña. Sin embargo, Francisco nunca habló de ello con nadie, y jamás permitió que nadie viera aquellas marcas mientras estuvo vivo. Sin embargo, tras su muerte, el director de la orden aseguró haber comprobado su existencia. De todos modos, el episodio de los estigmas, si es que ocurrió, y cualquiera que sea su significado, pertenece a la esfera subjetiva y privada de su fe personal en el Señor, y, por lo mismo, no se le puede conferir ningún significado adicional.

Ahora bien, tras este episodio, sus dolores se incrementaron paulatinamente. En aquel tiempo la medicina era muy rudimentaria y los médicos poco podían hacer para ayudarle. Al

final perdió la vista por completo. No obstante, él permanecía espiritualmente alegre y en paz. Nunca se quejaba. De este tiempo final data su famoso «Cántico de las Criaturas», que compuso tras una noche de indescriptible dolor. Mas, cuando el dolor llegó a su clímax, desapareció por completo, y Francisco fue invadido por una paz sobrenatural que lo mantuvo arrobado en Cristo hasta el amanecer. Entonces pidió que escribieran el cántico que el Señor le había dado esa noche. Éste dice, en su penúltima estrofa, agregada un poco después: «Loado seas Señor, por los que perdonan por tu amor y soportan enfermedad y tribulación. Bienaventurados los que sufren en paz, pues por ti, Señor, coronados serán».

Cuando llegó la hora de su muerte, estaban con él todos los compañeros del principio. Se despidió de todos, uno por uno, y luego les rogó que lo pusieran desnudo sobre la tierra para esperar allí a la «hermana muerte corporal, que nos cierra las puertas de esta vida, y nos abre las puertas de la Vida». Hizo un recorrido por toda su vida desde su conversión y dio gracias a Dios por cada episodio. Poco después comenzó a recitar el Salmo, «Con mi voz clamé al Señor...» y quedamente se durmió en el Señor. Tenía sólo 45 años.

Legado de Francisco de Asís

En todo tiempo, aun aquellos de mayor apostasía y oscuridad Dios se ha reservado siempre un testimonio. Durante la Edad Media, mientras la cristiandad crecía en organización y poder mundanos, muchos creyentes

reaccionaron contra ese estado de muerte y ruina espiritual, saliendo de la iglesia organizada, y escogiendo así el sangriento camino de los mártires. Otros queridos santos, sin embargo, permanecieron dentro de ella, y desde allí alumbraron esa oscuridad, no sin pagar también un enorme precio de sufrimiento y dolor.

Francisco de Asís ocupa un lugar destacado entre todos ellos. Pocos creyentes, antes y después de él, han alcanzado un carácter tan transformado y santificado por la vida de Cristo. Precisamente, por ello, a través de él, y sus seguidores, esa vida pudo desbordarse para tocar y alumbrar a cientos de miles que vivían en la pobreza y la desolación, tanto material como espiritual. La gracia de Dios pasó por encima de todas las barreras y limitaciones de aquella edad oscura y brilló a través del pequeño e insignificante «pobre de Asís», en lo que por sí mismo constituye un juicio hacia una cristiandad apóstata. De este modo Europa no se perdió para Cristo. Y allí, donde abundó el pecado, sobrepasó la gracia.

En una época de violencia y persecución, él y los suyos eligieron el camino de la paz, la paciencia y el amor de Dios, y de una vida vivida radicalmente según el Evangelio y sus enseñanzas. Y aunque hoy con dificultad podríamos refrendar como escriturales algunas de sus creencias; con todo, su genuina fe y conducta, arraigadas radicalmente en el evangelio de Cristo, y, a partir de allí, su voluntaria elección de la pobreza, son todavía un conmovedor llamado hacia una vida cristiana de despojamiento

y renuncia por amor a Cristo. Más aún en nuestros días, de tantas comodidades y amor desenfrenado al dinero entre muchos de los creyentes.

En sus últimos años, Francisco recordaba con alegría que cuando la jerarquía de la iglesia lo había convocado a enrolarse en su cruzada contra los albigenses, él había rehusado, porque a los «herejes» se les debía persuadir únicamente con el ejemplo y el amor, pues «la verdad se defiende por sí misma». Demostrando así que el supuesto «espíritu de los tiempos» no puede justificar aquellas crueles persecuciones.

Por esta y otras razones, la iglesia se vio obligada a reescribir la historia de Francisco. Tras su muerte, sus seguidores más íntimos fueron perseguidos y acallados, hasta convertirse, con el tiempo, en un pueblo marginado, conocido como «Los Espirituales» o «Fratricellis», muchos de los cuales fueron martirizados. Entre tanto, la jerarquía mandó quemar todas las biografías escritas por sus primeros seguidores, y encargó al superior de la orden, que escribiera una biografía oficial, conocida como «La Leyenda Mayor» (1263). En ella se eliminaron todos los elementos conflictivos de la vida de Francisco (la primera regla y las intrigas y manipulaciones en contra de la orden) y se le presentó, curiosamente, como un monje fundador de conventos. Esa fue la imagen que persistió de él, hasta que, a principios del siglo veinte, algunos investigadores dieron con algunas de las biografías anteriores que no pudieron ser destruidas. Entonces su verdadera historia y figura reapareció.

Quizá el mejor comentario sobre su vida la haya hecho él mismo: «Aquel altísimo Señor, cuya sustancia es amor y misericordia, tiene mil ojos con los que penetra las concavidades del alma humana... Pues bien, esos altísimos ojos han mirado a la redondez de la tierra y no han encontrado criatura más incapaz, inútil, ignorante y ridícula que yo. Por eso justamente me escogió a mí, para que se patentizara ante la faz del

mundo que el único magnífico es el Señor... Para confundir... Para que se sepa, para que quede evidente y estridente a la vista del mundo entero que no salvan la sabiduría, la preparación y los carismas personales, y que el único que salva, redime y resucita es Dios mismo. Para que se sepa que no hay otro Todopoderoso; no hay otro Dios sino el Señor».

(R.A.B.)

j j j

El pastor y el comediante

Cierto pastor decía a un actor cómico:

—Parece raro que yo predico cosas que son verdad, y usted finge ser verdad lo que todo el mundo sabe que es mentira; y sin embargo, se llena el teatro y está medio vacía la iglesia.

El comediante, que conocía lo monótono de las largas peroraciones del pastor, le dijo:

—Es que yo presento la mentira como si fuese verdad, y usted habla de la verdad como si fuera mentira.

El predicador y el Rey

Advirtieron a un predicador de la corte de Francia que sus predicaciones estaban molestando al rey de tal manera que peligraba su vida.

En lugar de amedrentarse, el predicador contestó:

—Temo demasiado a Dios, para poder temer la ira del rey.

Testimonio de esclavos

Hay una leyenda que cuenta de unos cristianos primitivos vendidos en esclavitud. Su destino fue el norte de África, donde fueron obligados a trabajar en las minas de sal. Con sus herramientas tallaron en la pared: «Vita, vita, vita» (Vida, vida, vida). Algo acerca de ese gozo indescriptible de la vida que Cristo da debe ser nuestro hoy en día.

G. Hendricks, Las Epístolas de Juan

Un epitafio diferente

En todos los epitafios del mundo se lee: «Aquí están los restos», «Aquí reposa», etc.; pero ¡cuán diferente es el epitafio sobre la tumba de Jesús. No está escrito en oro ni grabado en piedra, sino que es expresado por boca de un ángel, siendo exactamente lo opuesto de las otras tumbas: «Aquí no está».

Claves para el estudio de la Palabra.

Levítico

A. T. Pierson

Palabra clave: Expiación

Versículo clave: 16:34

Este es el libro sobre la adoración, sacrificio y sacerdocio. Éxodo termina con el Tabernáculo de Dios ubicado en medio de las tiendas de Israel. Levítico comienza con la ley de las ofrendas. Para que el Santo pudiese habitar entre pecadores, y aceptar su culto, debería haber expiación por medio del sacrificio y mediación a través del sacerdocio. La tribu elegida, Leví, de la nación elegida, representa al Hombre entre Dios y los hombres.

El *capítulo central* es el *décimo sexto*, y no hay capítulo más significativo en el Antiguo Testamento. En el *gran día de la expiación*, el macho cabrío inmolado representa la *culpa expiada por la sangre*, y el macho cabrío emisario, «Azazel» o «remoción», la *remoción de las ofensas* delante de Dios. Aquí está la gracia en sus dos aspectos, *pasar sobre la transgresión y jamás acordarse de ella*. Compare con Miqueas 7:18-19; Heb. 8:12.

El *personaje central* es Aarón, el sumo sacerdote; y los grandes temas del libro son: la aproximación aceptable, el perdón y reconciliación y el culto consagrado.

Los *sacrificios u ofrendas* son cinco (1-7, 16): 1. La *ofrenda quemada*, totalmente consumida. 2. La *ofrenda de cereales* u ofrenda de manjares, después de la primera, y sin sangre porque no es expiatoria. 3. *Ofrendas pacíficas*, inmoladas pero no totalmente quemadas, parte destinada al Señor, parte al sacerdote y parte retornando al oferente. 4. *Ofrenda por el pecado*, estrictamente para expiación, y quemada fuera del campamento. 5. *Ofrenda por las transgresiones*, u ofrendas de deudas; cuando la transgresión era contra el Señor, el

sacrificio precede a la reparación; cuando era contra el hombre, la reparación precede al sacrificio. Compare con Mt. 5:23-24. Las primeras tres eran ofrendas de «aroma suave», consideradas no como consumidas, sino como subiendo en llamas, como dulce incienso a Dios. En las dos últimas, que eran *obligatorias*, el oferente colocaba sus manos sobre la cabeza de la víctima, que era así identificada con su pecado. Todas estas ofrendas juntamente tipifican a Cristo y Su ofrenda perfecta de Sí mismo por el pecado y como culto a Dios.

Son ocho las fiestas. Seis son de días y meses, dos de años: 1. *El sábado*. 2. *La Pascua* o de los panes sin levadura. 3. *Pentecostés* o Fiestas de las Semanas, cincuenta días o siete semanas completas después de la Pascua. 4. *Trompetas*, o el primer día del séptimo mes lunar. 5. *Expiación*, en el décimo día del séptimo mes. 6. *Tabernáculos* o cabañas, o cosecha, cinco días después. 7. *Año sabático*. 8. *Jubileo* o quincuagésimo año, al final de siete héptadas¹ de años completas. Aquí está un sistema sabático: séptimo día, semana, mes, año y héptadas.

¹ Héptada: Serie o grupo de siete.

El Evangelio según Juan.

Viendo a Cristo como el Hijo de Dios



Stephen Kaung

Lecturas: Juan 1:1-4, 14-18; 10:10b; 20:30-31.

En el evangelio de Juan se nos presenta a Jesús como Dios, el Hijo de Dios. Esto es muy claro, porque en el capítulo 20, cuando está concluyendo su Evangelio, él mismo dice que las cosas que escribió, estas señales, fueron registradas para que nosotros podamos creer que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios, y para que, creyendo, recibamos vida eterna en su nombre.

La vida del Hijo de Dios

En primer lugar, nos gustaría meditar sobre la expresión 'Hijo de Dios'. ¿Cuál es el significado de que Jesús sea el Hijo de Dios? Mencionamos anteriormente que él es el Hijo del Hombre.¹ Como Hijo del Hombre, él es primeramente hombre. Es verdaderamente un hombre, un hombre perfecto. En segundo lugar, como Hijo del Hombre, él es el

principio de una nueva humanidad. El término 'Hijo de Dios' simplemente significa que él es Dios; él es la imagen del Dios invisible. Nadie jamás ha visto a Dios, pero aquel que habita en el seno del Padre, él lo ha revelado. Nuestro Señor Jesús como Hijo de Dios es la imagen del Dios invisible. Imagen, en las Escrituras, siempre significa representación. Nuestro Señor Jesucristo, como Hijo de Dios, es la plena representación de lo que Dios es. Imagen, también significa manifestación, él es la plena manifestación de aquello que Dios es.

En los tiempos del Antiguo Testamento, Dios habló a nuestros padres por los profetas, pero lo que fue revelado acerca de Sí mismo por medio de los profetas, fueron partes, fragmentos y porciones. Fueron revelaciones en partes, no en un todo; fueron de muchas maneras, pero no en su totalidad. Sin embargo, cuando Dios envió a su Hijo a este mundo y ha-

¹ «Aguas Vivas» N° 33, pp.77-85.

bló a través de él, Dios fue plenamente revelado y plenamente manifestado. El misterio de Dios se hace conocido, el velo es quitado. Así, cuando pensamos en el Hijo de Dios, pensamos en él como el propio Dios, como la plena representación y la plena manifestación de Dios. Nuestro Señor Jesús dijo: «Si tú me ves, ves a mi Padre. Si tú me oyes, oyes a mi Padre, porque yo y el Padre uno somos». Ese es el significado de ser el Hijo de Dios.

Hay un significado secundario: él es el Hijo del Hombre. Porque él es el Hijo de Dios, él es el unigénito de Dios. Él vino a este mundo con el fin de llevar muchos hijos a Su gloria. El Hijo unigénito de Dios debe ser el Hijo primogénito entre sus muchos hermanos para que de esta manera pueda conducirlos a su gloria.

El evangelio según Juan se inicia con la siguiente expresión: «*En el principio era el Verbo*». Sabemos que la palabra «verbo» significa simplemente «palabra», «manifestación oral», «expresión». El Señor Jesucristo es la Palabra de Dios, la propia manifestación oral de Dios. Él es la verdadera expresión de Dios. «*En el principio era el Verbo*», es una expresión que habla de su pre-existencia eterna. Él es auto-existente en la eternidad pasada. La expresión: «*Y el Verbo era con Dios*», habla de que él es una persona distinta de Dios. Él es una persona. Hay una distinción en su persona. Y la expresión «*El verbo era Dios*» nos habla de unidad esencial y eterna de la divinidad. De esta manera, ya en el comienzo, descubrimos que nuestro Señor Jesús, como el Hijo de Dios, es la expresión de Dios. Él está con Dios y él es Dios. Todo fue creado por él. Nada existe que no haya sido creado por él. «*En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres*».

Este verbo de Dios se hizo carne, el

Hijo encarnado. En el evangelio de Juan no nos es dicho cómo él se hizo carne, pero sabemos, a través de otros evangelios, que Cristo Jesús, el Santo de Dios, nació por medio del poder del Espíritu Santo que cubrió el vientre de María, la virgen. Nuestro Señor Jesús, el Hijo de Dios es la plenitud de la divinidad. En Colosenses 1:19 está escrito: «*Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud*». Sin embargo, ¿cómo es posible que la plenitud de la deidad estuviese en ese Verbo, tomase sobre sí mismo la forma de un hombre, e incluso se presentase en semejanza de carne pecaminosa, pero sin pecado? La respuesta nos es dada en el capítulo 2 de Filipenses, versículos 6 y 7: «*El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo*». Para que él se tornara un hombre, tuvo que despojarse a sí mismo. Él no se despojó de Su divinidad, pues eso es imposible. Él se despojó de toda Su gloria, honra, posición, majestad y adoración que estaban implícitos en la divinidad. Él se despojó de todo con la finalidad de asumir la forma de siervo, asumiendo la semejanza de hombre. Y reconocido en figura humana, él, aparte de eso, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente a Dios hasta la muerte, y muerte de cruz.

Un día, alrededor de dos mil años atrás, el Hijo de Dios, el Verbo, se hizo carne y habitó entre los hombres. La palabra «habitar» en las Escrituras, de acuerdo con el original, se refiere a la palabra «tabernáculo». Entonces ese versículo habría sido escrito de la siguiente manera: «El Verbo se hizo carne y *tabernaculizó* entre los hombres». Esta expresión de inmediato nos conduce al Antiguo Testamento. Allá descubrimos que Dios libertó a Sus hijos, el pueblo de Israel, de Egipto. Él los trajo a Sí mismo al

Monte Sinaí y allá les reveló Su mente. Él dice: «Edificadme un tabernáculo para que Yo habite entre vosotros»

El tabernáculo, en realidad, es el Señor Jesús, el «Verbo» que se hizo carne. Cuando el Verbo se hizo carne, él se «tabernaculizó» entre los hombres. Ahora, Dios está con los hombres y él es lleno de gracia y verdad.

Gracia – Amor

Nosotros sabemos que Dios es amor: Esta es la naturaleza propia de Dios: Amor. Cuando nosotros amamos, nuestro amor es influenciado y depende enormemente de las circunstancias que nos rodean. Pero Dios es amor; el amor que procede de él no depende del medio ambiente, no depende de las condiciones. Es la naturaleza propia de Dios. Cuando él juzga, él ama. Dios es amor y cuando el amor es traducido a una expresión práctica, humana, esto es gracia. De esta manera, descubrimos que el Verbo encarnado es lleno de gracia, porque ahora el amor de Dios fue convertido en gracia concreta; hechos de gracia, obras de gracia. Nuestro Señor Jesús es lleno de gracia y lleno de verdad.

Verdad - Luz

Dios no tan sólo es amor, sino también es luz. Dios es luz y en él no hay ningunas tinieblas. La luz, en una manifestación práctica y humana, es la Verdad. Éste es el motivo por el cual, cuando el Verbo se hizo carne y habitó entre los hombres, él es lleno de gracia y verdad, porque él es la expresión práctica de aquello que Dios realmente es. Por eso en él encontramos las palabras de verdad y las obras de la gracia. El Evangelio según Juan está escrito siempre a partir de un incidente, un acto de gracia y entonces prosigue con una enseñanza, las palabras de verdad.

A continuación la Biblia dice: «*La ley por medio de Moisés fue dada*». O sea, Moisés en el agente por medio del cual la ley fue dada a los hijos de Israel, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Cristo Jesús. Pero, ¿qué significa que vinieran por medio de Cristo Jesús? Esto significa que antes de la venida de Cristo no había ni gracia, ni verdad en el mundo. Es con Su venida que la gracia y la verdad vinieron sobre la Tierra. Pero, ¿por qué esto? Es porque la gracia y la verdad no son algo que tan sólo procede de Dios. Gracia y verdad son la propia esencia de Dios. Cuando Cristo vino al mundo, entonces la gracia vino a la tierra, la verdad vino a la tierra. De manera que, cuando recibimos la gracia, cuando recibimos la verdad, estamos en realidad, recibiendo al propio Cristo. Él se está dando a sí mismo bajo la forma de gracia y bajo la forma de verdad.

Hermanos, existe una gran diferencia. Algunas veces podemos oír una enseñanza. Ésta puede ser verdad. Decimos que es verdad porque está correcto, está bien. Pero si todo lo que nosotros recibimos es la enseñanza correcta, pero Cristo no está siendo recibido, eso no es la Verdad: es tan sólo una enseñanza. No podemos decir que es la verdad porque, cuando la verdad es realmente recibida, lo que usted recibe no es sólo una enseñanza, sino una persona viva: Cristo. Él es la verdad.

Ocurre lo mismo con la gracia. Nosotros podemos testimoniar un milagro, una maravillosa obra, sin embargo, si todo lo que hemos visto es sólo un milagro o una maravillosa obra, si Cristo no está en eso, entonces no podemos decir que eso sea la gracia. ¿Por qué? Porque la gracia es el Señor mismo. De manera que, sea lo que él haga o lo que él enseñe no es tan sólo una maravillosa obra o una enseñanza maravillosa; lo que sea que él

haga o enseñe, en verdad, estará compartiendo de sí mismo a nosotros. Nosotros no podemos sólo contentarnos con la enseñanza como tal, o con la obra como tal. Tenemos que ver que toda su enseñanza de la verdad y todas sus obras de gracia no tienen otro propósito que no sea que podamos recibirlo, para que nosotros podamos tenerlo como nuestra gracia y nuestra verdad.

La vida que él nos da

El Evangelio según Juan utiliza una palabra muy especial. Cuando nuestro Señor Jesús estaba sobre la tierra, él hizo maravillosas obras, milagros y muchas maravillas. Pero Juan no utiliza la palabra maravillas o milagros, en vez de eso, utiliza siempre la palabra «señal». Pero, ¿Qué es una señal? Una señal es un indicador, algo que indica alguna cosa. En otras palabras, la señal no es algo en sí mismo, indica algo más allá de ella. Por lo tanto, todos los milagros registrados en el Evangelio de Juan son llamados señales. ¿Por qué? Simplemente porque Dios no desea que permanezcamos ocupados con esas maravillas, no importa cuán maravillosas sean ellas. Ellas son maravillosas, pero él desea que veamos algo más allá de esas maravillas y milagros. Él desea que veamos a Alguien. Ese es el motivo por el cual todas esas señales fueron registradas. Juan dice que existen muchas otras señales que él no registró. Pero él consideró que las señales registradas son suficientes y que bastan para probar que Jesús es el Hijo de Dios y, si usted lo recibe, usted recibe vida.

Hay otra cosa que deberíamos recordar. En el evangelio según Juan, la palabra «vida» es muy enfatizada. El señor Jesús dice: «Yo vine para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia». En realidad, es posible traducir todas sus palabras de verdad, y todas sus obras de

gracia en una palabra: «vida». Sus palabras de verdad tienen como objetivo darnos vida. Sus obras de gracia tienen como objetivo darnos vida. Él es el Hijo de Dios, y siendo el Hijo de Dios, él tiene vida en sí mismo, y tiene el poder de darnos Su vida, a todo aquel que en él cree. Cuando leemos acerca de las señales, descubrimos que son señales de vida. A través de estas señales, Dios nos está hablando del tipo de vida que él nos da.

Una vida inextinguible, una vida de satisfacción

Existen, en total, ocho señales registradas en el Evangelio según Juan.

En el capítulo 2, vemos que el Señor transformó el agua en vino en Caná de Galilea, durante una fiesta de bodas. Es muy curioso que la primera señal que el Señor hizo haya sido en un casamiento. La Biblia dice que esa fue la primera señal que él hizo para manifestar su gloria. ¿Por qué esta primera señal debería suceder en un casamiento? Porque nosotros sabemos, a través de la Palabra de Dios, que en los planes de Dios hay un casamiento. Todos los casamientos que vemos en esta Tierra son sólo un tipo de aquel casamiento que ha de ocurrir entre Cristo y su Iglesia.

En Efesios 5, Pablo enseña acerca de la relación entre el esposo y la esposa, y en todo momento él dice que esto es sólo un tipo de Cristo y la Iglesia. «*Grande es este misterio, mas yo digo esto respecto de Cristo y de la Iglesia*». Volviendo atrás, hasta la eternidad pasada, antes de que Dios creara al hombre y a la mujer, antes que Dios creara cualquier cosa, había en su mente un pensamiento: un casamiento. Él dice: «*No es bueno que el hombre esté solo*». El Padre tenía sólo Su hijo unigénito, sin embargo dice: No es bueno que él esté solo, yo quiero darle una compañera. Habrá un casamiento, un ca-

samiento eterno entre Cristo y Su pueblo, la Iglesia. Esto está en el propio corazón de Dios, y eso es la razón por la cual el primer milagro que el Señor Jesús realiza sobre la tierra ocurre durante una fiesta de casamiento. Eso nos muestra lo que Dios realmente está buscando. Es por ese motivo que Dios vino al mundo.

Él transformó el agua en vino. Antiguamente siempre que había un casamiento, se realizaba una fiesta. Así pues, aquí tenemos a este joven matrimonio celebrando el casamiento y muchos invitados llegaron. Es probable que hubiese muchos no invitados también presentes. La fiesta se prolongó día tras día y tal vez al tercer día se había acabado todo el vino. Qué tragedia significa todo eso y mucha vergüenza traería al joven matrimonio. Felizmente María estaba allí y, obviamente, ella se volvió al Señor Jesús que, a su vez, transformó el agua en vino.

¿Qué es el agua? El agua es incolora y sin sabor, y el agua que había en aquellas tinajas de piedra, era utilizada para la purificación. De acuerdo con la tradición judaica, siempre que los invitados entraban en una casa, ellos se debían lavar los pies. Probablemente ellos también se lavaban las manos, pues eso era la tradición. Había mucha agua, pero es evidente que había muchos invitados, de manera que el agua también se acabó. Entonces el Señor Jesús dice: «*Llenad estas tinajas de agua*».

En un sentido, el agua representa nuestra vida vieja; la vida que recibimos de nuestros padres, la vida de Adán. Aquella vida es incolora, sin sabor y sólo es buena para lavar lo exterior. Todo lo que podemos hacer es tener una apariencia externa de limpieza. Algunas personas parecieran tener mucha moral; algunas personas parecieran ser muy buenas;

otras parecen ser muy generosas, pero sólo es una apariencia exterior. Pues en lo que respecta al corazón, éste sigue siendo tan malo como siempre. Nuestra vida sólo puede hacer algo externamente, dar una apariencia de limpieza, pero, en lo que respecta a nuestro corazón interior, éste es más corrupto y malo que cualquier otra cosa. ¿Usted sabía que su corazón lo engaña? ¿Sí, a usted mismo? Así es el agua y por eso no es suficiente. Ella disminuye cada vez. Nuestra vida es insuficiente, nuestra vida nada es.

Nuestro Señor transforma el agua en vino. La naturaleza del vino y del agua son muy distintas. Es imposible transformar agua en vino sin introducir algo nuevo en ella. En realidad, cuando el Señor Jesús transformó el agua en vino, él puso algo en el agua. ¿Usted sabe lo que él puso? Se vertió a sí mismo. Él colocó su vida en nuestra vida y, al colocar su vida en nosotros, nosotros experimentamos una transformación.

El vino es aquello que alegra el corazón. El vino es algo que hace olvidar nuestras tristezas. Había tal abundancia de vino—seis tinajas de piedra—que bastaría para los invitados a la fiesta, y sobraría mucho para el joven matrimonio. En otras palabras, es una vida inextinguible. La vida que el Señor Jesús nos da es llena de sabor, llena de alegría y es inextinguible. Esta es la vida que el Señor Jesús ofrece a aquellos que creen en él. Gracias a Dios porque poseemos esa vida.

Una vida de fortaleza y significado

La segunda señal realizada por el Señor Jesús se encuentra registrada en el capítulo 4 del evangelio de Juan. En ese capítulo, podemos leer sobre el hijo de un hombre noble que fue sanado por Jesús. Este hombre era probablemente un romano, miembro de la nobleza real. Pro-

bablemente él era rico, tenía honra, posición y mucho más; pero lamentablemente su hijo estaba enfermo y próximo a morir. ¿De qué vale tener posición, fama, riqueza, honra y mucho más si su único hijo, está al borde de la muerte? Todo pierde significado. Pero, felizmente, este hombre oyó acerca del Señor Jesús y fue desde Capernaum hasta Caná, para rogar al Señor que fuese a su casa y curase a su hijo. Entonces el Señor le dice: «Ve, tu hijo está sano». Por la fe, creyendo en el Señor Jesús, él volvió a su casa. En el camino encontró a sus siervos que venían a su encuentro diciendo que su hijo estaba bien. Cuando él les pregunto a qué hora su hijo había sanado supo que era la misma hora que el Señor Jesús le dijo: «Ve, tu hijo está sano». Y él creyó y toda su casa.

¿Cuál es el significado de esa señal? Yo creo que esta señal significa que el Señor Jesús, como Hijo de Dios, nos da su vida y es su vida la que da significado a la nuestra. Esa vida nos fortalece. Aquel muchacho tuvo una fiebre alta y esa fiebre, naturalmente, hizo que él perdiese los sentidos y quedase fuera de sí. Todo era bastante confuso y al final resultó en su muerte.

Hermanos, ¿ustedes saben lo que es nuestra vida vieja? Si ustedes diesen una mirada a sus vidas viejas, se darán cuenta que también estaban con fiebre. Nosotros no sabíamos lo que hacíamos y nos encontrábamos totalmente confundidos. Podíamos hacer cosas que nos causarían la muerte. Eso es lo que éramos, y por eso, no sabíamos cuál era el significado y el propósito de la vida. Nos conocíamos superficialmente un poco por aquí y superficialmente un poco por allá, pero, en verdad, éramos totalmente ignorantes. Gracias a Dios, cuando la vida del Señor Jesús entra en nosotros, él da significado a la vida y podemos cantar que la vida

vale la pena ser vivida por causa de él. Cuando su vida entra en nosotros, entonces él le da un nuevo significado a nuestra vida.

La vida de liberación y el sábado de descanso

La tercera señal está registrada en el capítulo 5, y en este capítulo se nos muestra a un hombre que estaba enfermo hacía treinta y ocho años. Él estaba tendido al borde de un estanque esperando que descendiese un ángel para agitar el agua y él pudiese ser la primera persona en entrar en el agua para ser sanado. Eso era muy difícil. Él había perdido ya toda esperanza. Entonces, el Señor Jesús vino y le dijo: «¿Quieres ser sano?». En otras palabras, el Señor le estaba infundiendo esperanza a su corazón. Y él respondió: «Sí, quiero»; y el Señor le dice: «*Levántate, toma tu lecho y anda*». Y él fue sano y luego después de eso el Señor se encuentra con él en el templo.

Hermanos, ¿qué nos quiere decir esta señal con respecto a la vida? Aquí descubrimos que la vida que nosotros teníamos anteriormente era una vida enferma. No podíamos caminar; no podíamos andar en camino de la justicia. Este hombre estaba enfermo por causa de su pecado. Era un juicio, y nosotros sabemos que este juicio también pesaba sobre nosotros. Nosotros estábamos sin esperanza. Antes podíamos ser tentados, nos esforzábamos para ser buenos, nos empeñábamos para acumular méritos, pero probablemente perdimos las esperanzas, porque nosotros mismos no tenemos esperanza. Pero, gracias a Dios, cuando Cristo vino, él nos dio esperanza. Él nos da su propia vida y el resultado es que aquel hombre no sólo fue liberto, sino que posteriormente fue hallado en el templo adorando. Él recibió también descanso. El Señor hizo esa sanidad en un sába-

do. Porque él es nuestro sábado. Queridos hermanos, la vida que nosotros recibimos del Hijo de Dios es un sábado de reposo. Nosotros fuimos liberados del cautiverio del pecado y ahora estamos descansando en él. Y porque estamos descansando en él, es porque podemos adorarlo. Esa es la vida que nos ha dado.

Una vida abundante

La cuarta señal está en el capítulo 6. Aquí encontramos al Señor alimentando a cinco mil personas con cinco panes y dos peces. Él dijo: *«Yo soy el pan de vida»*. Él no sólo es la vida, sino que también es el pan de vida. En otras palabras, él no solamente nos da la vida, sino que se da a sí mismo a nosotros continuamente como pan. Cómo necesitamos creer en él, apropiarnos de él cada día en nuestra jornada a través del desierto. Dios hizo caer el maná sobre los hijos de Israel a lo largo de su jornada por el desierto y, en un sentido, nosotros estamos hoy en el desierto. El mundo no es otra cosa que un desierto. ¿De dónde vamos a obtener fuerzas para caminar en este mundo? Recibiéndolo como el Pan de vida. ¡Oh, cómo él se da a sí mismo continuamente! El dice: *«Así como me envió el Padre viviente y yo vivo por el Padre, también el que me come vivirá por mí»* (Jn. 6:57).

Hermanos, ¿habremos aprendido este secreto? ¿O será que estamos viviendo por nosotros mismos, confiando en nuestra propia fuerza? No podemos vivir así. Sin él nada podemos hacer. Sin él no podemos terminar nuestro camino. Necesitamos que Su vida nos supla constantemente como el pan del cielo. ¿Nos hemos alimentado de él? No basta sólo con recibirlo, sino que necesitamos también alimentarnos de él. Usted tiene que recoger el maná diariamente antes que el sol caliente, porque con el calor del sol el

rocío se seca y el maná desaparece. Tenemos que ir al Señor diariamente para recibirlo como nuestro pan para satisfacer nuestras necesidades diarias, para nuestro sustento espiritual y provisión. Él es nuestra provisión. Él es el Proveedor y también es la provisión.

Una vida de luz

La quinta señal realizada por el Señor se relata en el capítulo 9. Aquí se narra cómo nuestro Señor Jesús abrió los ojos de un hombre que había nacido ciego. Los discípulos comenzaron a preguntarse por qué este hombre era ciego. ¿Sería por causa del pecado de sus padres? ¿O sería por causa de sus propios pecados? ¿Cómo podría él haber pecado antes de haber nacido? (Cuando tratamos de hallar explicaciones teológicas a las cosas, surgen las hipótesis más absurdas). Y, en este episodio, descubrimos que los discípulos del Señor eran teólogos por naturaleza. Ellos simplemente plantean una teoría para explicar todas las cosas, pero el Señor Jesús dice: *«¡No hagan tantas conjeturas, es para la gloria de Dios! Ustedes no ven la gloria de esto, pero hay una lógica aquí.»* El Señor Jesús abrió los ojos de aquel que era ciego y dice: *«Yo soy la luz del mundo»*. En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres.

Hermanos, nosotros éramos ciegos, ciegos de nacimiento. Nosotros nunca habíamos visto algo. No piense que usted veía y después quedó ciego. Nunca habíamos visto la realidad. Estábamos engañados desde nuestro nacimiento. Vivíamos en la imaginación, en un mundo de suposiciones. Pero, gracias a Dios, cuando recibimos la vida, comenzamos a ver. En su luz vemos la luz. ¡Qué diferencia! Su luz es la luz de la vida, y cuando la luz de la vida comienza a brillar sobre nuestro camino, sabemos para dónde

de vamos. *«Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros y la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado».* (1 Jn. 1:7). Eso es vida.

Una vida que vence la muerte

La sexta señal es la resurrección de Lázaro, en el capítulo 11. Nuestro Señor Jesucristo resucitó a Lázaro, que estaba muerto. Es maravilloso saber que la familia de Lázaro era amada por el Señor y que también ellos lo amaban. Las dos hermanas enviaron al Señor Jesús el siguiente mensaje: *«Señor, he aquí el que amas está enfermo».* Ellas creyeron que bastaba con que el Señor se apurara, e impusiese las manos sobre Lázaro y él sería sano. Pero cuando el Señor Jesús oyó esto, se demoró en el lugar en que se hallaba. Él no fue hasta que Su amigo estuviese muerto. Entonces el Señor Jesús dijo: *«Nuestro amigo Lázaro duerme, mas voy para despertarle».* Y los discípulos dijeron: *«Bueno si Lázaro está dormido, eso es muy bueno».* Entonces el Señor tuvo que decirles claramente: *«Lázaro ha muerto».* El Señor Jesús fue hasta la sepultura de Lázaro y, cuando llegó allá, éste ya se encontraba enterrado hacía cuatro días. Estaba completamente muerto. ¿Por qué? Porque el Señor Jesús quería manifestar su gloria como el Hijo de Dios. Él es la resurrección y la vida.

No sabríamos lo que es la resurrección si no supiéramos lo que es la muerte. Sin muerte no puede haber resurrección, pero cuando hay una muerte real, entonces la resurrección es real. Nuestro Señor Jesús dice: *«Yo soy la resurrección y la vida».* Con esto el Señor está diciendo que aquella vieja vida puede morir, pues él nos dará una vida que pasó por la muerte y venció a la muerte. Esto es resurrección.

Amados hermanos, ¿no es cierto que algunas veces en nuestra experiencia o cuando pasamos por dificultades nosotros clamamos: *«Oh, Señor apresúrate, apresúrate y ven a socorrernos. No permitas que muramos»?* Y a veces el Señor se demora un poco y empezamos a preguntarnos, a censurarlo y a murmurar, diciendo: *«El Señor ya no me ama».* Pero no es verdad. El Señor desea que usted muera para que él pueda hacer que usted experimente la resurrección. ¡Oh, cuántas veces él permite que lleguemos al final antes de socorrernos! Y gracias a Dios, ¡cuán glorioso es cuando él viene! Eso es resurrección. Es él; no usted. Usted no puede recibir ninguna gloria en esto, es todo de él. Él es la resurrección y la vida.

Una vida victoriosa

La séptima señal es la mayor de todas las señales y es la resurrección del propio Señor Jesús en el capítulo 20. El Señor Jesús fue sepultado, estuvo enterrado durante tres días y, al tercer día, fue levantado de entre los muertos. Jamás hubo un hombre que habiendo estado en la muerte hubiese salido de la muerte. Nuestro Señor Jesús, en forma voluntaria y con propósito, entregó su vida por amor a nosotros. Él dice: *«... Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita; sino que yo de mí mismo la pongo».* Él entró en la muerte y quitó de la muerte su poder, y de ella salió victorioso. Eso nos habla de victoria, la mayor victoria que se haya conocido en todos los tiempos. Amados hermanos, esta es la vida que él nos ha dado. No es una vida derrotada, no es una vida débil. Es una vida fuerte y victoriosa. Vida que hasta puede vencer la muerte. No existe nada que pueda vencer esta vida. ¡Esta es la vida que él nos ha dado!

Una vida de amor y servicio

La octava señal se encuentra en el capítulo 21 y ocurre después de la resurrección. Los siete discípulos fueron a pescar, pero aquella noche no pescaron nada. En la mañana siguiente, el Señor estaba en la playa y dice: «*Hijitos, ¿tenéis algo de comer?*» Nada. Ellos se dieron cuenta de que era el Señor y entonces él les preparó el desayuno. Cuando ellos estaban terminando de desayunar, el Señor comenzó a hablar con Pedro preguntándole: «Simón Pedro, ¿tú me amas? Entonces apacienta mis ovejas» ¿Cuál es significado de esto? Significa que la vida que el Señor Jesús nos dio es una vida de amor. Y, por el hecho de haber amor, obligatoriamente también habrá servicio. Usted no puede pensar en usted mismo, usted tiene que alimentar a las ovejas. O sea, usted debe apacientar las ovejas, usted debe alimentarlas. De este modo, la vida que nosotros recibimos del Señor Jesús es una vida de sacrificio, una vida de amor, una vida de servicio. Usted no puede quedarse sentado, recibir, recibir y recibir todo el tiempo. Usted debe dar, amar, servir y pensar en los pequeñitos del pueblo de Dios. Usted hasta debe cuidar de los adultos, deberá hacerse cargo de los enfermos – espiritualmente enfermos. Hermanos, ese es el tipo de vida que hemos recibido.

En estas ocho señales, el Señor nos está hablando que él es el Hijo de Dios. Si usted cree en el Hijo de Dios, usted

recibe vida. Usted recibirá significado en la vida y en esto hay fuerza. Usted recibe liberación y tendrá el sábado de reposo. Usted no tan sólo tiene vida, sino que la tiene en abundancia y esa vida es suplida diariamente. Hay una luz dentro de usted brillando sobre su camino de modo que usted sabe para dónde va y qué está haciendo. Si usted hace algo errado, en el momento en que lo confiese, la sangre de Jesús lo limpiará. Es una vida que vence la muerte. Estamos rodeados de muerte por todos lados, pero existe una vida que vence la muerte. La vida de Cristo es una vida victoriosa; es una vida resucitada, está en el cielo, sentada en los lugares celestiales. Y esta vida es una vida de amor y de servicio.

Hermanos, ésta es la vida que él nos ha dado. No es una cosa de simplemente leer el evangelio de Juan como una historia, sino de recibir a Jesús como el Hijo de Dios. Y si usted realmente le recibe como el Hijo de Dios, usted recibe la vida, y es este tipo de vida que hemos recibido. No nos sorprende que el apóstol Pablo haya dicho: «En él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad y en él estamos completos». Todo está en él y él se dio a sí mismo para usted, de esta manera, usted está completo en él. Que no necesitemos ir a ningún otro campo a buscar espigas, sino que las busquemos en los campos de nuestro Booz.

*Tomado de:
Vendo Cristo no Novo Testamento, Vol. I.*

j j j

El hilo rojo

Se dice que todo cordel, de cualquier tamaño, usado en la marina británica, tiene un hilo rojo adentro, para probar que pertenece a la marina. Así también la Biblia es un libro sangriento, porque la sangre es lo fundamental para el perdón de los pecados. Todo en ella habla de la necesidad de la redención y todo se enfoca en el único Redentor.

Cliff Truman, Éxodo

Estudios sobre el libro de Éxodo (4ª Parte).

Las salidas de Dios



J. Alec Motyer

LLEGADA AL LUGAR DE SANTIDAD

La siguiente sección de este estudio, empezando en el capítulo 19, muestra que la segunda cosa que acompaña a la salvación es la comunión con el Dios santo. La peregrinación del pueblo de Dios lo ha traído ahora al lugar de santidad. Es importante para los redimidos aprender esta doble lección de santidad y de compañerismo. Puedo pedirles, por consiguiente, que consideren dos breves series de referencias que arrojan luz sobre estas dos materias.

La primera serie empieza con la experiencia de Moisés y el Ángel del Señor que se le apareció en una llama de fuego, un fuego que estaba asociado con la santidad divina (3:2). Este fue el principio. Después se nos dice que «*Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego*

(13:21). El fuego había crecido de la llama comparativamente pequeña del arbusto a una gran columna de fuego que avanzaba delante del pueblo de Dios. Ahora consideramos su llegada al monte de Dios en Sinaí que «*humeaba, porque Jehová había descendido sobre él en fuego*» (19:18). La primera había crecido a tal magnitud que era ahora una montaña entera, ardiendo a las alturas del cielo. Esta secuencia enfatiza cómo el concepto de la santidad de Dios es reforzado en nosotros por el libro de Éxodo. En Sinaí los israelitas fueron llevados al lugar de santidad.

Luego la segunda serie, que trata de la comunión. Primeramente, Dios dijo a Moisés: «Yo estaré contigo». Era la presencia de Dios con un solo individuo. Entonces seguimos para oír a Dios que dice: «*...os tomaré por mi pueblo y seré vuestro Dios*» (6:7)—la presencia de Dios con un pueblo entero. La culminación de

esta experiencia se describe en este capítulo 19: «*Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas y os he traído a mí*» (v. 4) —el pueblo entero introducido en la presencia de Dios. Finalmente leemos: «*Y Moisés sacó del campamento al pueblo para recibir a Dios*» (v. 17).

Hay una doble culminación en el capítulo 19. Así que este pueblo peregrino se encuentra ahora en el lugar de santidad y se enfrenta con la responsabilidad de caminar con un Dios santo. Tal caminar debe ser en obediencia; involucra una vida conformada a Su vida. Por consiguiente, la voz que les habla en Sinaí es la voz de la Ley.

«*Y habló Dios todas estas palabras, diciendo: Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí*» (20:1-2). Esta es la voz de la ley, pero procede del Dios de gracia, el que los sacó de la casa de esclavitud. «Yo soy tu Redentor. Tú eres mi pueblo redimido; es por eso que te hablo así».

En el Antiguo Testamento, la ley no es una escalera de mano para que el impío intente subir a Dios: es un modelo de vida para que los redimidos puedan vivir y agradar a su Redentor. Él es insistente en esto, pues no sólo nos ha dado su ley en principio, en los diez mandamientos, sino su mensaje hasta el fin del capítulo 23, cuando señala las leyes para los detalles de la vida diaria. El Señor declara su ley porque quiere un pueblo de obediencia absoluta.

Esto nos trae, al fin de esta sección, a una breve consideración del capítulo 24. Aquí el Señor aplica lo que él había declarado primero. Empezamos con el versículo 4: «*Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová, y levantándose de mañana edificó un altar al pie del monte, y doce columnas, según las doce tri-*

bus de Israel». Allí vemos en símbolo la situación provocada por la redención. El Señor representado por un altar. La llama en el altar era su ardiente santidad y la ofrenda en el altar, el camino de la reconciliación. Rodeando el altar estaban las doce tribus de los redimidos. Los redimidos estaban en la presencia de su Redentor.

Aquí no hay referencia a la ofrenda por el pecado, porque ya se había ofrecido en Egipto en la Pascua; así que ahora se hicieron holocaustos y ofrendas de paz para completar las ordenanzas sacrificiales de comunión. La ofrenda por la expiación del pecado, la ofrenda de paz para la comunión y el holocausto para la consagración, juntas, son una totalidad de la sangre derramada que Moisés describió como «*la sangre del pacto*» (v.8). La eficacia de esa sangre es retratada en dos formas:

i. Para Dios

«*Moisés tomó la mitad de la sangre, y la puso en tazones, y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar*» (v. 6). Como siempre, el primer movimiento y la eficacia primaria de la sangre es para Dios. Dios necesita la sangre para la propiciación. Es ofrecida primero a él, y por medio de ella, él queda satisfecho con su pueblo redimido.

ii. Para el hombre

Después de esto leemos lo que Moisés hizo con el resto de la sangre. «*Y tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos. Entonces Moisés tomó la sangre y roció sobre el pueblo*» (v. 7). Es importante notar que primero ellos se comprometieron a obedecer, y luego vinieron bajo la sangre. Fue la sangre que trajo al pueblo a Dios y ahora la sangre es nece-

saría para mantenerlos en el contexto de una vida obediente.

Aunque ellos se adelantan a prometer obediencia y aun por cierto a no fallar, la sangre está siempre disponible. La sangre ha sido rociada sobre ellos y los acompañará en la continua sucesión de los sacrificios. Ellos pueden avanzar en su caminar de esfuerzo diario por obedecer a su Dios Redentor, sabiendo que la preciosa sangre tiene vigencia para presentarlos justos ante él. Si hay ofensas y caídas en la obediencia, entonces la sangre es la provisión de Dios para proporcionar perdón y mantener la comunión.

En esto, el Antiguo y el Nuevo Testamento tienen una misma voz: *«Si andamos en la luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia...»*. La sangre les sigue proveyendo, aun si ellos fallan en la senda de comunión con el Dios santo. Así que la voz de la santidad dice: ¡Obedezcan! Y el santo Redentor nos mira amorosamente cuando nos consagramos a él y dice: «Bienaventurado eres. Yo te amo tiernamente. Yo he hecho plena provisión para todos los posibles fracasos».

4. EL DIOS MORADOR (25:1-40:38)

Llegamos ahora al clímax del libro de Éxodo: la comunión con el Dios Morador. El Redentor había traído a su pueblo por un camino directo a Sinaí porque quería darles dirección y guía para su estilo de vida. Dios tendría un pueblo tan vivo como para mostrar Su imagen, y es la ley la imagen escrita de Dios. De esta manera, cuando los redimidos son modelados de acuerdo a Su ley, viven en Su semejanza, teniendo comunión con el Dios santo. Ya hemos visto que la comunión con este Dios Santo es siempre una comunión bajo la sangre.

Es imposible aquí tratar en detalle este

largo y complejo pasaje de la Escritura, así que repasaremos brevemente los capítulos para tener una vislumbre de lo que ellos contienen:

Capítulo 25. Al inicio de este capítulo tenemos el mandato: *«Di a los hijos de Israel que tomen para mí ofrenda»*. El propósito de esta ofrenda es la construcción del Tabernáculo (v. 8). El motivo divino es declarado: Dios quiere este santuario porque él desea ser el Dios Morador, el Dios que vive en medio de su pueblo. Entonces en el versículo 9 se nos muestra un requisito que encontraremos una y otra vez en estos capítulos: que todo debe hacerse como Dios lo ha señalado.

Habiendo así expresado su deseo, Dios continúa hablando de los muebles del lugar de su morada. Este es el orden de Dios, no la idea del hombre. Nosotros empezaríamos hablando de la casa y luego de los muebles, pero Dios comienza con los muebles: «un arca» (v. 10), «una mesa» (v. 23) y «un candelero» (v. 31). Por favor, tomen nota particular de esta prioridad dada a los muebles, y que sólo después se nos da una descripción de la tienda (26:1). Los muebles no están allí para decorar la habitación, sino que la tienda es hecha para albergar los muebles.

Capítulo 26. Aquí tenemos el Tabernáculo con una descripción de las cortinas (v. 7), las tablas (v. 15), el velo delante del Lugar santísimo (v. 31) y finalmente el velo colgado a la entrada, la cortina de la puerta (v. 36).

Capítulo 27. Cuando seguimos, notamos que la dirección siempre es desde adentro hacia afuera. Pasamos del arca al altar (v. 1) y entonces al patio (v. 9). Siguiendo esto, encontramos una descripción de los servicios de este lugar de morada. El orden de cosas aquí es muy interesante: tenemos el aceite para el

alumbrado (v. 20) con un mandato de que esta luz ha de mantenerse encendida a lo largo de las generaciones (v. 21).

Capítulos 28 y 29. Estos dos capítulos se dedican a las funciones sacerdotales; primero, cómo los sacerdotes deben llevar los vestidos santos, y en segundo lugar, cómo ellos serán investidos en su oficio sagrado. Al final de capítulo 29 somos instruidos acerca del segundo deber sacerdotal: «*Esto es lo que ofrecerás sobre el altar*» (v. 38) con atención especial al «*holocausto continuo por vuestras generaciones*» (v. 42). Así como la descripción de las funciones sacerdotales empezó con el mantenimiento de una luz perpetua, ahora termina con la orden de mantener una ofrenda perpetua. Este orden nos sugiere que los sacerdotes tienen una función doble. Ellos están para revelar la luz de Dios al hombre, pero también tienen la función de traer al hombre hacia Dios. Ellos iluminan a los hombres, y presentan al hombre a Dios.

Llegamos entonces al pasaje clave. Habiendo descrito la tienda y su contenido, los sacerdotes y su servicio, Dios revela el propósito de todo ello: Dios morando en medio de su pueblo, es el propósito de la redención (vv. 43-46).

Capítulo 30. Este nos dice cómo los ministros y el pueblo deben ser preparados para acercarse a Dios. Notemos que el movimiento se invierte. Al final del capítulo anterior, Dios se está acercando a su pueblo, pero ahora el pueblo se está moviendo hacia Dios. Así que tenemos el altar de incienso (v. 1) que simboliza las oraciones del pueblo, la fuente de bronce (v. 18), la provisión para el lavado incesante de aquellos que sirven a Dios, el aceite de la unción (v. 25) que hace a todo aceptable a Dios, y la elaboración del incienso (v. 35). El pensamiento clave de este capítulo es el de acepta-

ción ante Dios. La oración debe subir a él, los ministros deben estar limpios y todo debe hacerse aceptable a él mediante el aceite de la unción.

Capítulo 31. Aquí se describen los artesanos que prepararán y levantarán el Tabernáculo, siendo capacitados por el Espíritu de Dios para esta función sagrada.

Capítulos 32-34. Aquí nos encontramos con un golpe terrible. ¡Después de toda esa gloria y de la declaración del supremo propósito de Dios de vivir entre su pueblo, qué terrible es leer acerca de la Gran Rebelión! Moisés tarda en bajar del monte, el pueblo de Dios cae en el pecado de la impaciencia y prefiere un dios que ellos puedan ver y tocar. Aarón toma su oro y hace para ellos un becerro. Allí tiene que haber una visitación del Dios santo, justificadamente airado por esta temeraria rebelión.

Capítulos 35-40. Pareciera que aquí somos llevados una vez más por el mismo terreno. Es necesario resaltar la importancia de tener cuidado cuando la Biblia parece ser reiterativa, porque nunca es así por accidente. Si dice la misma cosa de nuevo, lo dice con un propósito. Así que nuevamente vemos los detalles del Tabernáculo. Esto es algo que hemos de aprender, y que es el requisito de Dios que todo debe hacerse exactamente como él ordena. El pensamiento clave en el culto no es lo que el hombre considera útil, sino lo que Dios ha ordenado. El culto debe ser conforme a la voluntad de Dios.

Y llegamos ahora a la culminación de todo: «*Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba*» (v. 34). Vimos primero la gloria del Señor en un

arbusto diminuto, aislado en el desierto (3:2). Luego, la gloria del Señor en el monte Sinaí, una montaña entera ardiendo, una gloria majestuosa y distante, porque no se le permitió al pueblo subir al monte. Aquí, sin embargo, está el clímax; aquí está la lección central que Dios nos quería enseñar: la gloria del Dios viviente, excelsamente expresada, cuando él viene a vivir en medio de su pueblo. No remota, como en el arbusto; no majestuosa y lejana, como en el monte; sino cercana, a la mano, morando en medio de su pueblo redimido. Aquí está el pasaje puesto ante nosotros.

Ahora, pues, debemos desandar nuestro camino y escudriñar lo que Dios puede enseñarnos por esta porción de su palabra.

1. El Tabernáculo fue diseñado por Dios para perpetuar la relación del pacto entre él y su pueblo.

Quiero intentar aclararles la perpetuidad del pacto diciendo tres cosas separadas, a saber: que el Tabernáculo perpetúa, intensifica y completa al monte Sinaí.

i. El Tabernáculo perpetúa al monte Sinaí

Como hemos visto, el monte Sinaí no es identificado exclusivamente con lo que John Newton llama «el tronar de la Ley». En el monte Sinaí, Dios habló su ley para guía y dirección de su pueblo redimido, pero había más que eso. Sinaí fue el cumplimiento de la mitad de la promesa del pacto: «...y os tomaré por mi pueblo y seré vuestro Dios» (Éxodo 6:7). Como vimos antes, esta es una relación permanente que fue fijada en piedra: «Y Moisés ... edificó un altar al pie del monte, y doce columnas, según las doce tribus de Israel» (24:4). Esa relación permanente fue sellada por la sangre del pacto. La sangre fue puesta en el altar, significando que la sangre del cordero apartaba la ira de Dios; y fue rocia-

da sobre el pueblo consagrado, significando que cuando anduviesen en obediencia ellos serían protegidos por la sangre del cordero. Ahora, cuando ellos dejan el monte Sinaí, el Tabernáculo perpetúa esa relación. En Sinaí vieron la manifestación de la gloria del Señor como un fuego consumidor, y ahora, cuando avanzan, la nube cubre la tienda de reunión, y la gloria del Señor llena el Tabernáculo. La gloria del Señor está ahora en medio de ellos. Esa relación permanece.

ii. El Tabernáculo intensifica al monte Sinaí

Moisés pudo entrar en la gloria de la nube en el monte (24:18), pero cuando la gloria llenó el Tabernáculo, él no pudo entrar (40:35). La gloria de Dios que mora en el Tabernáculo parece ser una gloria mayor, una presencia más plena de Dios, que en la cima del monte. Así Dios nos dice que lo que él le mostró al pueblo en la cumbre de la montaña no es una experiencia cumbre que retrotrae al pasado; el pueblo de Dios no es ni será llamado para vivir en el recuerdo de una gran experiencia, sino para caminar adelante con Dios en una experiencia mayor, que él habilita cuando él viene a vivir y a morar con ellos.

Esto requiere una ojeada al libro de Levítico. Éxodo termina con Moisés incapaz de entrar en el Tabernáculo. Pero eso no es lo que Dios desea. Vemos su desacuerdo con este estado de cosas si ignoramos la división de los libros y seguimos leyendo: «Llamó Jehová a Moisés, y habló con él desde el tabernáculo de reunión, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando alguno de entre vosotros ofrece ofrenda a Jehová...» (Levítico 1:1-2). La palabra 'ofrenda' significa 'acercarse'. Cuando un hijo de Israel desea acercarse, el Dios santo le per-

míte entrar en la presencia de Su gloria. Así, al avanzar en Levítico, encontramos que nos habla de la comunión con el Dios que recibe. A través de la sangre del pacto, Dios acoge a su pueblo en Su presencia. Así que el Tabernáculo intensifica al monte Sinaí.

iii. *El Tabernáculo completa al monte Sinaí.*

En Sinaí, la mitad de la promesa del pacto fue: «...y os tomaré por mi pueblo...», pero la otra mitad era: «...y seré vuestro Dios». Este es un pacto bidireccional: el pueblo es traído a Dios y él viene a ellos. Es el Tabernáculo, por consiguiente, el que trae el esquema del pacto a su culminación, yendo más allá

aún de la gloria experimentada en el monte, incluso más allá de lo que fue fijado en las columnas de piedra, para actualizar lo que estaba allí prefigurado: Dios viniendo a morar en medio de sus redimidos, para mostrarse como su Dios.

El Tabernáculo es el clímax: «Y conocerán que yo soy Jehová su Dios, que los saqué de la tierra de Egipto, para habitar en medio de ellos. Yo Jehová su Dios». Y así como el Tabernáculo es móvil, esta relación continúa con un pueblo peregrino. El monte Sinaí, con su altar y sus columnas de piedra, desaparece en el horizonte, pero el Tabernáculo sigue. Hay un Dios Peregrino para un pueblo peregrino.

(Continuará).

j j j

Dos textos

Dios tiene dos libros de texto: uno, el de la naturaleza, y el otro, el de la revelación. Las leyes de Dios reveladas en el libro de la naturaleza nunca han cambiado; son ahora lo que han sido desde el principio de los tiempos. Ellas nos hablan del poder y de la majestad de Dios.

En el libro de la revelación, la Biblia, Dios ha hablado, y esa palabra hablada ha sobrevivido el rasguear de todas las plumas humanas. Ha soportado los ataques de escépticos, agnósticos y ateos. Nunca ha inclinado la cabeza ante los descubrimientos de la ciencia. Sigue siendo suprema en cuanto a su revelación de la redención. Mientras más excavan los arqueólogos y descubren los científicos, mayor es la confirmación de la verdad de la Biblia.

Billy Graham, La juventud, el sexo y la Biblia y otros mensajes.

Buscando la altura

Se dice de los egipcios que, viviendo en regiones pantanosas, y molestados por los mosquitos, acostumbraban a dormir en altas torres; estos insectos no podían subir tan arriba, por lo que se veían libres de sus picaduras. Así debe ser con nosotros cuando nos combaten los cuidados y el temor, hemos de acudir a Dios en busca de refugio y descanso, confiado en su ayuda.

John Trapp, El Tesoro de David, Spurgeon

Los nombres de Cristo.

El Señor



Harry Foster

El título «Señor» fue usado originalmente por los discípulos como señal de respeto, y de hecho la palabra a veces se traduce simplemente como «señor» (Juan 20:15). Gradualmente, sin embargo, los apóstoles empezaron a apreciar la grandeza de su Maestro, y a referirse a él como «el Señor» (Lucas 19:31). Sus convicciones fueron cristalizadas y se confirmaron en la mañana de la resurrección, y de inmediato ellos empezaron a llamarlo espontáneamente «el Señor» (Juan 20:25, 21:7).

Cuando el Espíritu Santo vino, ellos tuvieron una visión totalmente nueva de este señorío extraordinario, y con denuedo anunciaron a todos los hombres que era Dios mismo quien había constituido «Señor y Cristo» a Jesús crucificado (Hechos 2:36). De allí en adelante no hubo lugar en su pensamiento para duda o cuestionamiento alguno; él

era «el Señor Jesús» (Hechos 4:33), y aceptaron gozosamente las implicaciones de este título, llamándose sus siervos o de hecho sus esclavos (Hechos 4:29). Aun más, ellos reforzaron el mensaje del señorío de Cristo haciéndose siervos de todos los hombres por Su causa (2 Corintios 4:5).

Sin la asistencia del Espíritu Santo, los hombres no pueden llamar de verdad a Cristo su Señor (1 Corintios 12:3). Por supuesto, ellos pueden usar palabras vacías (Lucas 7:46, 12:25), pero esto no significa nada para él y no les traerá ningún beneficio. Sólo el Espíritu puede hacer que Cristo sea Señor de una manera eficaz, viviente; y es vano llamarlo «el Señor» o «nuestro Señor» a menos que un hombre haya llegado primero a conocerlo como «mi Señor». El Espíritu Santo ha entrado en la experiencia humana para este mismo propósito, para traer a los hombres a la verdadera libertad,

guiándolos en sumisión sincera al Señor Jesucristo, y así él es descrito propiamente como «el Espíritu del Señor» (2 Corintios 3:17).

En el caso de la visita de Pedro a Cesarea tenemos una impactante ilustración de la obra del Espíritu en esta materia de la liberación. El mensaje de Pedro era muy simple – «*Él es el Señor de todos*» (Hechos 10:36) – pero el efecto en sus oyentes fue asombroso. El grupo entero, empezando por Cornelio, fue conmovido en una experiencia vital de salvación. No tenemos que adivinar la razón para este despliegue del poder del Espíritu, porque Pedro no sólo habló con su ayuda, sino que de hecho habló de un nuevo compromiso con el señorío de Cristo en su propia vida. Él fue a Cesarea inflamado por un nuevo desafío y una nueva sumisión; él, que había predicado mucho tiempo y había mostrado a Jesús como Señor, fue probado en obedecer en una materia que ofendía sus prejuicios más profundos y se había negado a esa contradicción diciendo: «Señor, no» (Hechos 10:14). Sin embargo, recibió gracia para dejar de lado su propia voluntad en favor del mandato de su Señor, con la lógica y sorprendente liberación de la unción y poder del Espíritu. Ciertamente, ese día Pedro no pudo haber dicho que Jesús era el Señor sino por el Espíritu Santo.

Al apóstol Pablo, el gran siervo de Jesucristo, le fue dado enunciar el significado pleno de este título. Él explicó que la exaltación de Cristo fue el justo reconocimiento de su carácter perfecto por parte de Dios; sólo aquel que se había

rendido en obediencia perfecta podría exigir obediencia de otros. Pablo afirmó que un día toda la creación, incluso los poderes de «debajo de la tierra» que no han sido reconciliados con Dios a través de la cruz, se doblegarán ante la supremacía del nombre del Señor. Esto, afirmó él, traerá la más profunda satisfacción al corazón del Padre (Filipenses 2:11). Pablo agregó entonces que su reacción personal a estas verdades había sido sacrificar gozosamente todo su propio interés por el gran honor de conocer a Jesús como «Cristo Jesús mi Señor» (Filipenses 3:8).

Si llamar a Jesús Señor le costó a Pablo todo, ciertamente a Jesús le costó todo lograr ese señorío. El costo fue el de la sangre de su propia vida, un hecho que enfatiza para nosotros la gran importancia para Dios y el hombre del señorío de Cristo (Romanos 14:9).

En el Nuevo Testamento el título «Señor» se usa para describir a Jehová del Antiguo Testamento, un punto que puede ser demostrado fácilmente comparando pasajes paralelos. Cuando, por consiguiente, los apóstoles llaman a Jesús «el Señor» ellos le igualan con el gran Yo Soy, y no dudan citar del Antiguo Testamento para probar esta declaración asombrosa (Romanos 14:11). La Biblia termina encomendando a todos los creyentes a la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Esto es lo que el Libro representa en su totalidad (Apocalipsis 22:21).

Tomado de:

«Toward The Mark» Julio-Agosto, 1972.

j j j

Oración honesta

«Oh, Señor: tú eres mi justicia, y yo soy tu pecado».

Martín Lutero, citado por A. W. Tozer, en Manantiales de lo alto

El número 10

Christian Chen

Este número es usado 242 veces en la Biblia, y la palabra décimo es mencionada 79 veces. «Diez» es el número de la perfección del hombre. El hombre posee diez dedos en las manos y en los pies. El viejo siervo de Abraham llevó consigo diez camellos, camino a la tierra de Rebeca a fin de tomar esposa para Isaac. Después de llegar allá, Rebeca «sacó (agua) para todos sus camellos». El siervo le dio entonces dos brazaletes que pesaban diez ciclos de oro. La madre y el hermano de Rebeca querían que ella se quedase con ellos por lo menos diez días (Gn. 24:55), antes de partir para casarse con Isaac. Rebeca, sin embargo, decidió irse inmediatamente.

En esta hermosa historia vemos cómo las marcas del número diez se hallan como el número de la perfección ordinal.

En la parábola de las diez vírgenes (Mt.25), el número diez representa el número legal necesario para un casamiento judío. Ana era estéril antes del nacimiento de Samuel; su marido la consolaba diciendo: «¿No te soy yo mejor que diez hijos?» (1 S.1:8). La provisión de Salomón para un día estaba compuesta de treinta ó tres veces diez coros de flor de harina, y sesenta o seis veces diez coros de harina; diez bueyes gordos, veinte o dos veces diez bueyes de pasto, y cien o diez veces diez ovejas, y otros (1 R. 4:22).

En el templo y en el palacio de Salomón encontramos el diez en todas

partes en las medidas de las varias piezas de los edificios (1 R. 6-7 y 2 Cr. 3-4).

Los diez hijos de Amán fueron colgados en la horca (Est. 9:14). Esto sirve como una excelente interpretación del versículo: «*Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos*» (Gál. 5:24). Si Amán es un tipo de la carne, entonces sus diez hijos representan la perfecta manifestación de la carne en sus pasiones y concupiscencias. «*La sabiduría fortalece al sabio más que diez poderosos que haya en una ciudad*» (Ecl. 7:19). No deseando ser contaminado por la comida del rey, Daniel pidió al jefe de los eunucos: «*Te ruego que hagas la prueba con tus siervos por diez días, y nos den legumbres a comer, y agua a beber*» (Dn. 1:12). Diez días más tarde, su apariencia era mejor, y estaban más robustos que todos los otros jóvenes. Y el rey los halló diez veces mejores que «*todos los magos y astrólogos que había en todo su reino*» (Dn. 1:20).

Diez leprosos fueron limpiados por Jesús, pero sólo uno de ellos regresó para agradecerle. Entonces Jesús le preguntó: «¿No son diez los que fueron limpiados? ¿Y los nueve dónde están?» (Lc. 17:17). Un número perfecto de pecadores fue salvo; ¿cuántas alabanzas y acciones de gracias son ofrecidos al Señor?

«Diez» es también el número de la responsabilidad doble en dirección a Dios y al hombre. El hombre era responsable ante la ley de guardar los diez manda-

mientos y ser un testigo de Dios. Diez plagas cayeron sobre Egipto y Faraón en los días de Moisés (Éx. 7:12). Booz pidió a diez hombres entre los ancianos de la ciudad que sirviesen de testigos de que él era el redentor de Rut (Rt. 4:2). En Lucas 19, diez siervos recibieron diez minas de las manos de su señor para negociar con ellas. Uno de ellos hizo rendir diez veces más la mina que le fuera confiada y fue recompensado recibiendo autoridad sobre diez ciudades.

Diez Salmos comienzan con la palabra «Aleluya» (Sal. 106, 111, 112, 113, 135, 146, 147, 148, 149, 150). Hablando de manera figurada, los mismos podrían ser cantados por los diez leprosos a quienes el Señor sanó (Lc. 17).

El rescate de los hijos de Israel era equivalente a diez geras, siendo así reconocido tanto lo que Dios reivindicaba como lo que el hombre tenía la responsabilidad de dar (Ex. 30:12-16; Nm. 3:47).

Las diez rebeliones de Israel contra Dios en el desierto (Nm. 14:22) marcan el completo fracaso de la antigua generación israelita.

El tabernáculo es mencionado diez veces como el «tabernáculo del testimo-

nio». Las bases del santuario quedaron en cien talentos de plata (10x10) (Ex. 38:27). Las tablas del tabernáculo tenían diez codos de longitud. Había diez cortinas de lino en el atrio, y diez columnas en el lado occidental del atrio (Ex. 26:1; 26:16; 27:12).

Diez personas en la Biblia hicieron la confesión «He pecado» – y reconocieron merecer el juicio divino:

Faraón (Ex. 9:27; 10:16), Balaam (Nm. 22:34), Acán (Jos.7:20), Saúl (1 S. 15:24, 30; 26:21), David (2 S. 12:13; 24:10, 17; 1 Cr. 21:8, 17; Sal. 41:4; 51:4), Simei (2 S. 19:20), Ezequías (2 R. 18:14), Job (7:20), Miqueas (7:9), Nehemías (1:6).

En diez ocasiones la Biblia repite los siguientes nombres: 1. Abraham, Abraham (Gn. 22:11); 2. Jacob, Jacob (Gn. 46:2); 3. Moisés, Moisés (Exodo 3:4); 4. Samuel, Samuel (1 S. 3:10); 5. Marta, Marta (Lc. 10:41); 6. Simón, Simón (Lc. 22:31); 7. Saulo, Saulo (Hechos 9:4); 8. Señor, Señor (Mt.7:21, 22; 25:11; Lucas 6:46; 13:25); 9. Eloi, Eloi (Marcos 15:34; Mt. 27:46; Sal. 22:1); 10. Jerusalén, Jerusalén (Mt. 23:37; Lc. 13:34).

*Extractado de
«Os números na Bíblia».*

j j j

Un acto de misericordia

La expulsión del hombre por Dios del huerto de Edén fue realmente un acto de misericordia más que de juicio. Dios lo hizo para prevenir que el hombre comiera del árbol de la vida y viviera para siempre en inmortalidad.

Adolfo Hitler se suicidó pocos días después de cumplir 56 años. Sin embargo, durante su breve período de vida fue directamente responsable de la muerte de literalmente millones de seres humanos mediante formas de tortura y muerte demasiado horribles para mencionarlas. ¿Qué habría pasado si este monstruo nazi hubiera vivido 500 ó 5.000 años? Peor aún, ¿qué si hubiera vivido por siempre? Por esta razón Dios echó a Adán del Edén.

Harold L. Willmington, Auxiliar Bíblico Portavoz

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

¿Por qué los creyentes no están bajo la ley? (Rm. 6:14)
 ¿Por qué es Cristo el fin de la ley? (Rm. 10:4).

Los creyentes no están bajo la ley porque: 1) ya han muerto, y 2) también han resucitado. Esto lo demuestra Romanos 7:1-6. Pablo presenta para ilustrarlo la parábola de una mujer con su marido.

Al principio, determinaremos quién es el «marido» en este pasaje. Algunos dicen que el marido es la ley, en tanto que otros dicen que el marido es nuestra carne. Estas dos corrientes de opinión tienen sus respectivas razones. Al leer el pasaje cuidadosamente podemos ver que en realidad los dos pensamientos están incluidos. En el versículo 2 se nos muestra primero que el marido es la ley, pero luego también nos muestra que el marido es diferente de la ley. Así que el marido en este pasaje significa o bien la ley o la carne. Si el marido representa meramente la ley, entonces la cláusula «si el marido muere» significaría «si la ley muere». Pero, ¿cómo puede morir la ley? Por esta razón concluimos que el marido, aquí, puede o bien ser la carne o la ley.

Antes que uno crea en el Señor está bajo la obligación de la ley. ¿Cómo puede ser librado? Sólo por medio de la muerte. Si muere es libre. Una vez muerto, está libre de la ley. Dios ya ha condenado el pecado en la carne de Cristo. Como nosotros hemos muerto en Cristo, estamos libres de la ley. Eres como una mujer, y tu carne es como el marido. Si mueres eres libre de la carne. Lo máximo que puede exigir la ley es la muerte. No importa cuántos crímenes haya cometido un reo; la ley, a lo más, puede

condenarle a muerte sólo una vez. Una vez muerto, el caso queda concluido. Cuando morimos somos hechos libres de la ley.

Por otra parte, se dice que «si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido». Somos exonerados de la ley por medio de la muerte. La primera mitad de la frase pone énfasis sobre la muerte, en tanto que la segunda mitad, enfatiza sobre la liberación.

El mismo pasaje nos muestra también dos cuadros: el uno indica que por medio del cuerpo de Cristo yo he muerto para la ley, quedando totalmente libre de la ley. En el día en que Cristo murió, yo morí también. Así, puedo decir a la ley: No estoy bajo la ley.

El otro cuadro indica que ahora puedo volverme a casar. Antes la ley era mi marido, pero ahora estoy de nuevo casada con Cristo, el cual ha resucitado de los muertos de modo que yo pueda llevar fruto para Dios. Por tanto, que ningún cristiano está bajo la ley.

Si alguno dice: «Has de guardar la ley, has de guardar el sábado», debes hacerle cargo que si intentas guardar un solo punto del libro de la ley, sin pensarlo estás declarando que Cristo no ha muerto por ti, y por tanto estás rechazando la obra de Cristo.

Comparemos las palabras de Romanos 6:14 con 3:19: «*El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia*». Esto indica que los creyentes no están bajo la ley. Pero ¿a quién hablan las cosas de la

ley? *«Porque sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios».* Las cosas de la ley hablan a los que están bajo la ley. Como nosotros los cristianos no estamos bajo la ley, estas cosas de la ley no hablan para nosotros.

¿Por qué escribe Pablo la carta a los Gálatas además de la carta a los Romanos? Romanos nos informa que ningún pecador puede ser justificado guardando la ley; Gálatas nos dice que ningún santo puede ser santificado por las obras de la ley. Las obras no sólo no pueden salvar al pecador; tampoco pueden santificar a un santo. Tal como uno empieza en la gracia, debe ser perfeccionado por medio de la gracia. ¿Cómo puede imaginarse el que ha sido justificado por la fe que puede ser santificado guardando la ley? Si la justificación es por el Espíritu Santo, la santificación tiene que ser también por el Espíritu Santo. El camino del perfeccionamiento es el camino por el que entramos, porque Dios sólo tiene un principio de actividad.

¿Por qué se prohíbe tejer lana y lino? (Dt.22:11). Porque la lana se obtiene mediante el derramamiento de sangre, en tanto que el lino viene de una planta. Todo lo que es hecho por Dios es obra de Dios; todo lo que es hecho por el hombre es obra del hombre. Dios no quiere que se mezcle su obra con la obra del hombre.

¿Por qué es Cristo el fin de la ley? Lo

es porque Cristo ha satisfecho todas las exigencias que la ley presentaba a los hombres.

Primero, hemos de declarar que Cristo en su vida resume la ley. Dejando totalmente aparte el aspecto del Señor Jesús como Dios, detengámonos por un momento en el aspecto de que es hombre. Sólo hay un ser humano en todo el mundo que haya guardado la ley completamente, y esta persona es el Señor Jesús. No hay otro alguno antes de él ni después de él. Sólo él posee los méritos o calificaciones. Por lo tanto, él es la suma de la ley.

En segundo lugar, la muerte de Cristo pone término a la ley. La exigencia más elevada y final es la muerte. Por ejemplo, supongamos que una persona ha infringido la ley de un país y se le ha condenado a muerte. Después de que se le ha dado muerte, la ley del país ya no puede hacerle nada más. La ley sólo puede exigir la muerte, y en la muerte todo queda resuelto. La ley dice que todo el que no guarda la ley debe morir. Pero el Señor Jesús ya murió, y por su muerte él da cumplimiento a la ley.

«Fin» significa lo mismo que «final». ¿Qué se puede añadir después que se ha alcanzado lo final? ¿Qué más se puede hacer después? En consecuencia, que todo cristiano dé alabanzas a Dios, sabiendo que Cristo ya ha puesto fin a la ley.

Preguntas vitales sobre el Evangelio, W. Nee.

j j j

Una aclaración necesaria

En un diario de Ontario, Canadá, apareció el siguiente aviso:

«El lector quizá encuentre algunas erratas de imprenta en este diario. Tenga en cuenta que son intencionadas. Este diario trata de imprimir algo para todo el mundo y hay personas que siempre buscan las faltas».

¿CUÁNTO SABE DE LA BIBLIA?

La Biblia tiene 66 libros, y cada uno de ellos tiene una riquísima enseñanza para nosotros. Cada libro tiene un carácter y un mensaje especial. Probablemente los hayamos leído muchas veces, y con mucho provecho espiritual. Pero, ¿cuán adiestrados estamos en su uso, que podamos extraer su tema principal? En otras palabras, ¿de qué trata cada uno? ¿Podríamos, con una sola frase, identificarlo, distinguiéndolo de los 65 restantes?

Hemos seleccionado 21 libros de la Biblia, y hemos sintetizado su contenido principal en una sola frase. Probablemente la frase no dé cuenta cabalmente de todo lo que el libro trata, pero se trata de una síntesis del tema central. Le invitamos, pues, a probar sus conocimientos respecto de los libros de la Biblia. Conteste sin buscar ayuda. En la página 111 hallará las respuestas correctas.

1. Dios rescata a los israelitas de la esclavitud de Egipto y los lleva al desierto de Sinaí.
 - a) Génesis
 - b) Éxodo
 - c) Levítico
 - d) Números
2. Relato de amor y lealtad familiar entre dos viudas.
 - a) Ester
 - b) Cantares
 - c) Rut
 - d) 1 Samuel
3. Evangelio que destaca la figura de Jesús como el Hijo de Dios.
 - a) Mateo
 - b) Marcos
 - c) Lucas
 - d) Juan
4. Libro de la toma de posesión de la tierra prometida.
 - a) Deuteronomio
 - b) Jueces
 - c) Josué
 - d) Efesios
5. Libro que muestra la historia primitiva del Cristo corporativo, la Iglesia.
 - a) Hechos
 - b) 1 Corintios
 - c) Mateo
 - d) Hebreos
6. Una valiente reina judía desbarata un plan para exterminar a su pueblo.
 - a) Ester
 - b) Rut
 - c) Cantares
 - d) Jueces
7. El mejor hombre de su época sufre varias grandes tragedias personales en sucesión.
 - a) 2 Crónicas
 - b) 1 Reyes
 - c) Job
 - d) Santiago
8. Epístola que enfrenta al legalismo.
 - a) 1 Corintios
 - b) Gálatas
 - c) Romanos
 - d) Judas
9. Epístola que explica algunas prácticas judías como símbolos que preparaban el camino a Cristo.
 - a) Colosenses
 - b) Tito
 - c) Hebreos
 - d) Santiago
10. Tras haber estado cautivos durante décadas, los judíos reciben permiso para regresar a su tierra.
 - a) Nehemías
 - b) Esdras
 - c) Jeremías
 - d) Daniel

11. Libro que muestra una existencia sin significado ni esperanza.

- a) Job b) Lamentaciones
c) Malaquías d) Eclesiastés

12. Epístola escrita desde la cárcel, que muestra el gozo que un cristiano puede experimentar en medio de las tribulaciones.

- a) Efesios b) Filipenses
c) Colosenses d) Apocalipsis

13. Profeta remiso que convierte a Nínive, una ciudad gentil.

- a) Joel b) Miqueas
c) Jonás d) Sofonías

14. Evangelio que presenta un relato directo y conciso de la obra de Jesús en la tierra.

- a) Mateo b) Marcos
c) Lucas d) Juan

15. Profeta que insta al pueblo a reanudar la restauración de la casa de Dios.

- a) Oseas b) Joel
c) Hageo d) Zacarías

16. Libro histórico que narra el final del período de los jueces y el comienzo del período de los reyes.

- a) 1 Crónicas b) 1 Samuel
c) 1 Reyes d) Jueces

17. Epístola que presenta de manera ordenada las principales doctrinas de la fe cristiana.

- a) Romanos b) 1 Corintios
c) Gálatas d) Colosenses

18. Libro acerca de la reconstrucción del muro alrededor de Jerusalén.

- a) Josué b) Esdras
c) Nehemías d) Hageo

19. Epístola que menciona la necesidad de ser hospitalario con los maestros verdaderos.

- a) Hebreos b) 2 Juan
c) 3 Juan d) 2 Corintios

20. Un hombre de campo predica en Israel durante la mayor época de prosperidad del reino.

- a) Amós b) Miqueas
c) Habacuc d) Malaquías

21. Reprensión profética a Edom por faltar al afecto fraternal hacia Israel.

- a) Oseas b) Abdías
c) Nahúm d) Ezequiel

j j j

El profeta payaso

Sören Kierkegaard (1813-1855), el célebre teólogo danés, refiere que una vez comenzó un incendio en un circo atestado de espectadores. El dueño del circo le encomendó al payaso que le avisara al público en forma tal que se dieran cuenta de la gravedad de la situación y abandonaran el recinto. El hombre empezó a vociferar frente a los espectadores, pero el público creyó que él solamente estaba haciendo una de sus acostumbradas payasadas. La mayor parte de ellos perecieron, ya que no pudieron distinguir entre el profeta y el payaso.

Miguel Limardo, Ventanas Abiertas

El lugar de la mujer en el matrimonio es una perfecta combinación de honra y subordinación.

Plenitud y complemento



El lugar de la mujer en el matrimonio es una mezcla perfecta de honra y subordinación. Honra, porque ella es la plenitud y la gloria, del varón, y subordinación, porque ella fue creada por causa de él y encuentra su razón de ser en el varón.

Gloria

La posición de honra se entiende claramente cuando observamos el antitipo de la cual la mujer es un tipo, es decir, la iglesia. En Efesios 1:23 dice: «*La iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo*». La iglesia es la plenitud de Cristo, por lo cual la mujer es la plenitud del varón. La realidad de Cristo y la iglesia es anterior a la del varón y la mujer, por lo tanto, el modelo de la relación es Cristo y la iglesia.

Decir que Cristo está incompleto sin

la iglesia suena casi a herejía; sin embargo, las palabras inspiradas dan a entender exactamente eso. Calvino dijo: «Es el más alto honor para la iglesia, que el Hijo de Dios se considere a sí mismo en cierto grado imperfecto en tanto no esté unido a nosotros».

No, por supuesto, imperfecto en su divinidad, en lo cual él es pleno –en él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad– sino en cuanto Hombre, por causa de que el hombre fue creado con una compañera. Como esposo él está incompleto sin la esposa.

Esta es la mayor honra de la mujer: saber que sin ella el varón estaría incompleto. Por eso, bien dice la Escritura: «*La mujer es la gloria del varón*» (1ª Cor. 11:7).

Sin embargo, esta no es la verdad completa.

Varona

Cuando Adán vio a Eva por primera vez dijo: «*Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada*» (Gn. 2:23). La palabra «Varona» que utiliza la versión Reina-Valera no es de uso común en español –y a muchos puede parecer arcaica–; sin embargo, el uso de ella en este versículo está plenamente justificado, pues en hebreo la palabra que corresponde a *mujer* (Ishshah) es la forma femenina de la palabra que corresponde a *hombre* (Ish).

Decir, como una Biblia traduce, «será llamada *mujer*, porque del *varón* fue tomada» no indica la profunda ligazón que en el hebreo tienen ambas palabras. Traducir: «será llamada Hembra, porque del hombre fue tomada», muestra una relación fonética entre las palabras, pero no etimológica.

Lo cierto es que la palabra usada para ‘mujer’ deriva de la palabra usada para ‘hombre’. Y este hecho no es simplemente un asunto lingüístico, porque indica que la mujer deriva su existencia del hombre. Este es un hecho que tiene alcances espirituales.

Eva fue tomada de Adán; por tanto, su vida, su razón de ser, era Adán. Pero no sólo para Eva. En el Nuevo Testamento, Pablo toma como base el relato de Génesis para extraer de allí un principio general, aplicable a toda mujer: «La mujer (procede) del varón»; «la mujer (fue creada) por causa del varón» (1ª Cor. 11:8-9). De manera que no sólo Eva podía encontrar explicación a su existencia al mirar a Adán, sino que toda mujer encuentra esa misma razón de ser al mirar al varón, su marido. Ella existe por causa de él.

Así que, en este sentido toda mujer

es una «varona», no importa el nombre que tenga. Puede llamarse del modo que se llame, pero esencialmente, ella es una varona, ella es una extensión y complemento del varón.

¿Significa esto un desmedro para la mujer? Respondemos con otra pregunta: ¿Por qué habría de serlo si Dios lo diseñó así? Dios es sabio, y él sabe lo que hace.

Ahora bien, si esto suena a desmedro, la explicación hemos de buscarla, no en Dios, sino en la «sabiduría de este mundo (que) es insensatez para con Dios» (1ª Cor. 11:19). El humanismo ha pretendido mejorar el modelo de Dios para el matrimonio, y ha insuflado en el corazón de la mujer una idea diferente.

La mujer como ‘varona’ fue tomada del varón, por tanto, ha de parecerse a él, ha de pensar como él, ha de sentir como él. Cuanto más se parezca la mujer al varón de la cual ella es esposa, hará veraz a Dios que ha hablado claramente al respecto, y, de paso, honrará a su marido.

La idea de ‘complemento’ no es, por supuesto, invención nuestra, sino que está en la Biblia. La Versión Moderna traduce así Efesios 1:23 dice: «*su iglesia, la cual es su cuerpo, el complemento de aquel que lo llena todo en todo*». La palabra que Reina-Valera traduce como ‘plenitud’, H.B. Pratt, traduce como ‘complemento’. ¿Hay error en alguna de estas versiones? No; hay complementación y enriquecimiento.

El equilibrio perfecto

Ahora bien, si unimos estas dos ideas, la de *complemento* y la de *plenitud*, tenemos la significación completa, plena, de lo que la mujer es para el varón. ¡Que el Señor muestre su gracia a las hermanas para verlo!

Desde la prehistoria misma, el hombre ha dejado huellas de su insaciable sed de Dios.



Sobre la necesidad de Dios



Ricardo Bravo M.¹

Hace unos 60 años atrás, un pequeño país llamado Albania se declaró ateo. Las autoridades marxistas de la época acordaron incluir un inserto en la Constitución política de ese país, el cual declaraba que sus ciudadanos eran ateos. La propuesta apuntaba a que antes de que terminase el siglo XX, la religión ya no existiese en Albania. No obstante, pocos años después, antes de que finalizase el siglo pasado, las nuevas autoridades políticas sacaron de la Constitución el artículo que señalaba que aquel país era ateo y la gente creyente nuevamente volvía a asistir con mucho interés a las iglesias. Una situación similar ocu-

rrió en los estados miembros de la ex Unión Soviética después de su desaparición, en donde se observó un gran interés de mucha gente por asistir a los cultos de la iglesia ortodoxa, luego que estuviese prohibido por el sistema político gobernante.

Ante lo anteriormente expuesto, cabe preguntarse: ¿por qué el ateísmo oficial en Albania y la fuerte represión religiosa en la ex Unión Soviética no lograron después de muchas décadas borrar a Dios de esos países, ni eliminar la inquietud religiosa de muchos millones de personas?. La respuesta está en que el ser humano tiene un vacío en su corazón con una forma muy específica e inigualable. Esta forma corresponde a la del Dios eterno, Creador de todo cuanto existe y tam-

¹ Ricardo Bravo M. es Doctor en Biología y Ciencias del Mar, y académico de la Facultad de Ciencias del Mar de la Universidad de Valparaíso, Chile.

bién del ser humano. Ese vacío, por tanto, no puede ser llenado con nada más que no sea el Dios verdadero. La sed de Dios, el impulso religioso, la necesidad de creer resurge, por mucho que se le intente aplastar o eliminar, y es además inmanente al ser humano desde siempre.

Por ello es que lo religioso en el hombre tiene connotación universal, independiente del grado de desarrollo de las culturas, prehistóricas, históricas o contemporáneas. Incluso sistemas de creencias que hoy están obsoletos y catalogados como mitologías, como es el caso de la cultura griega, reflejaban una necesidad de trascendencia. Ciertamente un sendero equivocado por donde caminaba su espiritualidad, pero que indudablemente iba en busca de lo divino.

La necesidad de Dios, ese sentirse incompleto, se puede experimentar de muchas formas, pero las de mayor ocurrencia en el ser humano contemporáneo pueden ser resumidas en dos. La primera de ellas es directa y corresponde a la sed de Dios en el alma del individuo, como se expresa magistralmente en muchos salmos, mientras que la segunda es indirecta, más sutil, y se relaciona con el vacío de vida, el vacío existencial que experimenta el hombre separado de Dios. En el hombre primitivo en cambio, el cual pudo haberse separado de la cultura original, experimentando una involución en su civilización, como ha ocurrido varias veces en la historia, esa necesidad de Dios se presentaba más bien de manera instintiva.

Dios en forma instintiva

De la prehistoria existen múltiples hallazgos de pinturas rupestres, encontradas principalmente en la Península Ibérica y sur de Francia. La mayoría de ellos se localizan en la costa atlántica de Oporto en Portugal y Altamira en España, en la costa mediterránea de Marsella

en Francia y Barcelona en España y también en el centro de la península (Salamanca y Madrid).

Las dataciones temporales fijan estos grabados varios miles de años antes de Cristo. Las motivaciones que habrían tenido estos hombres primitivos para realizar estos grabados con animales y figuras antropomórficas, caben dentro de dos líneas de investigación. Una de las primeras teorías propuestas es que simplemente sería una expresión artística. Esta teoría fue cuestionada y luego desechada porque las pinturas se encontraban en cuevas o grutas que no tenían como fin la vivienda. Esto último inferido a partir de la ausencia de utensilios o restos humanos en las cuevas. Posteriormente y con mayor base, surgió una teoría mágico religiosa, la cual goza de mayor aceptación en la comunidad científica.

En las cuevas de Chauvet (apellido de su descubridor) en Francia se encontró un cráneo de oso, puesto en una estructura que se asemeja a un altar. En otras cuevas aparecen figuras humanas, casi siempre en actitud orante y con los brazos abiertos hacia el cielo. Los animales, se piensa, habrían sido pintados en la creencia que ejercerían alguna fuerza sobrenatural o mágica para facilitar su captura.

Otros grabados descubiertos en unas grutas subterráneas en las riberas del Mediterráneo francés, muestran caballos que galopan entre las estalactitas, los que parecieran celebrar un culto misterioso. Lo anterior permite suponer que estas cuevas habrían sido como las catedrales de los hombres prehistóricos como los Cro-Magnon, para reuniones e invocaciones de tipo religioso.

En el trasfondo de esas pinturas rupestres subyace un impulso casi instintivo de un anhelo de trascendencia que ha estado en la profundidad del alma humana desde siempre.

Lo que llama poderosamente la atención de estas obras prehistóricas, además del culto religioso implícito, son las habilidades intelectuales mostradas en la creación de las mismas. Si bien algunas han sido fechadas con más de 40.000 años de antigüedad, siendo siempre discutible los métodos de datación, milenios más o menos, lo claro es que esos humanos parecieran no diferir de los artistas plásticos y productores de cine y televisión contemporáneos.

Es así como en varios muros de las cuevas de Chauvet, hay pinturas de animales que encajan en el estilo realista (mamut por ejemplo). También es posible observar otros dibujos caprichosos que deforman a los animales, los cuales podrían corresponder al estilo caricaturista.

Pero dentro de los grabados más impresionantes, están aquellos a los cuales se les ha querido dar una imagen dinámica. Es así como se observa en Chauvet un bisonte con varias patas, ubicadas una inmediatamente después de la otra, en donde los hombres prehistóricos quisieron indicar que el animal estaba corriendo. Es lo mismo que observamos hoy día en el cine con los dibujos animados, en donde muchas figuras dibujadas se hacen pasar en forma rápida, para simular movimiento. Ese bisonte prehistórico con múltiples patas se basa en el mismo principio utilizado para dar vida a este último estilo de producción cinematográfica.

Lo anterior respalda fuertemente el hecho que el ser humano, independiente del momento histórico que se le feche, pertenecería a la misma especie, y por más que se remonten en el tiempo las investigaciones acerca del origen de la especie humana, no aparecen ni el mono ni sus intermedios.

Culturas indígenas más recientes,

pero aisladas geográficamente como la mapuche en el cono sur americano, mantuvieron vivos sus sistemas de creencias, hasta la llegada de los conquistadores españoles. Algunas de ellas aún persisten, aunque algo modificadas en la cultura popular, como son las animitas; pequeñas construcciones en piedra o cemento en las riberas de los caminos, que recuerdan la muerte violenta de una persona, y si bien de acuerdo a la creencia indígena, el fallecido ya habitaría con los dioses, el espacio donde murió sería sagrado, donde también la víctima moriría, actuando como un mediador.

Dios como un problema

Pero la sed de Dios en el ser humano tiene grados intermedios. Entre aquella sed expresada por los hombres del neolítico y la del salmista, diáfana y pura, existen grados intermedios, en donde se presenta con menor claridad. Sed muchas veces oculta por una intelectualidad mal entendida y empapada de soberbia. Estas personas no saben cómo expresar la sed de Dios, pero intuyen un Dios borroso, una especie de fuerza creadora. Es el caso de muchos «buscadores» de Dios y también de muchos ateos y agnósticos. Por ejemplo, uno de los más grandes pensadores ateos del siglo XX, el filósofo francés Jean Paul Sartre, padre, junto a Kierkegaard, de la corriente filosófica denominada «Existencialismo», declaraba al final de su vida que la idea de Dios le molestaba, le era un problema, no porque hubiese muchas personas que profesasen su fe en el Señor, sino porque no la podía eliminar de su mundo interior, a pesar de que él luchaba contra ello. Algo en lo más íntimo de su ser anhelaba un acercamiento con su Creador, pero el razonamiento lógico y la soberbia de su egregia mente lo impedían.

Sartre llegó a decir que todo dentro

de él reclamaba a Dios y que no lo podía olvidar o desear. Escuchar esto del que fuese muy probablemente el campeón del ateísmo contemporáneo es muy fuerte. Pero Sartre además agregó: «Toda esta experiencia mía se puede encontrar de una u otra forma en la mayor parte de la literatura contemporánea». Sartre tuvo mucho de razón en esta última frase porque no con mucho esfuerzo es posible encontrar en la obra de otros filósofos la misma angustia existencial. En los escritos de Kafka se encuentran los temas de la angustia, la culpa y la soledad, los que reflejan la influencia de Kierkegaard, Dostoievski y Nietzsche (Echegoyen 1997). También se puede apreciar en las novelas del escritor y filósofo francés André Malraux, donde están constantemente la muerte y el sinsentido de la vida. En la obra del escritor Albert Camus se encuentran temas recurrentes como el absurdo y futilidad de la existencia humana. También se reflejan conflictos existencialistas en el teatro del absurdo, sobre todo en las obras de Samuel Beckett y Eugène Ionesco.

En el tema de la muerte, de la absurdidad de la vida (lejos de Dios) de los diversos sinsentidos del ser humano, allí se encuentra Dios, de forma difusa, pero tan presente, que hasta los ateos como Sartre, cuando son sinceros y hurgan en las profundidades de su alma, encuentran ese vacío con forma de Dios. Sartre murió atormentado por su ceguera física, pero mayor aún fue el tormento de su alma, que lo llevó además, ciego espiritualmente, a la tumba, sin poder resolver su vacío del alma convertido en 'Dios problema'².

² Con posterioridad a la recepción de este artículo, apareció en «El Mercurio», de Santiago de Chile, un artículo titulado «Una obra cristiana de Sartre», en la que el autor hace un contraste bastante similar entre el ateísmo de Sartre y su necesidad de Dios (*Nota del Editor*).

El hombre puede pretender matar a Dios, como lo expresó abiertamente el conocido pensador alemán Nietzsche, «Dios ha muerto», pero sin embargo nunca podrá acallar dentro de sí su sed de Dios, expresada de distintas maneras, incluso reflejadas hasta en el arte del hombre contemporáneo. De ello pudo darse cuenta la poetisa Gabriela Mistral quien escribió: «No existe el arte ateo, aunque no ames al Creador, lo afirmarás creando a su semejanza».

Dios como un vacío o como frustración existencial

¿Qué sentido tiene la vida?; es la pregunta tipo en la actualidad de quienes tienen o sienten un vacío en su corazón, en su alma. Esta es una forma indirecta de sentir la sed de Dios, es una vivencia a veces inconsciente, que suele cobrar fuerza en determinadas ocasiones. El libro de Eclesiastés lo define de manera magistral: «vanidad de vanidades», o vacío de vacíos, la carencia o falta de sentido en la vida. Aún cuando se cuente con mucho dinero – que parece ser hoy día la principal referencia para ser feliz. Así lo expresó Kodak, el multimillonario creador de uno de los más grandes imperios de la fotografía en una nota que escribió antes de suicidarse: «La vida es un absurdo».

El autor de Eclesiastés buscó llenar su vida con trabajo (Eclesiastés 1:3), pero no lo pudo conseguir y terminó aborreciéndolo (2:18). Muchos buscan hoy día en países desarrollados y emergentes llenar su vacío interno con exceso de trabajo y horas extraordinarias. Ello tiene en ocasiones un efecto sedante y suele acallar temporalmente la sed de Dios, pero termina por ser aflitivo al espíritu.

Luego Eclesiastés señala que el personaje de quien se recopilan estos hechos quiso llenarse de posesiones y de bienes

materiales (2:1), pero también terminó por considerarlo vacío (4:8). Agrega además que probó muchas otras cosas relativas a deleites y placeres (2:2, 2:10), pero finalmente concluyó que todo era vanidad (vano o vacío) y llevaba a la aflicción del alma (2:11).

En su reflexión final, el libro de Eclesiastés termina con una antítesis de todo lo anterior diciendo «*El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre*» (12:13).

El hombre sin Dios está incompleto, tiene un vacío en su alma que sólo su Creador puede llenar, por ello Eclesiastés concluye que temer a Dios y obedecerle es el todo del hombre, es el estar completo.

Dios amante y personal

En un grado mucho más desarrollado y directo, la necesidad de Dios se expresa como un deseo conciente de un encuentro personal con el Señor. Dios aquí no es un algo como las pinturas prehistóricas sino que es un Dios real y personal, como aquél reflejado de forma tan notable en el Salmo 42 (1-2), «*Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, Así clama por ti, oh Dios el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo*».

El vacío del alma, el sinsentido de la vida y de la muerte, la carencia existencial, solamente los puede llenar Cristo. A sus discípulos el Señor les dijo: «...*yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia*.» (Juan 10:10), y a la angustiada Marta ante la muerte de su hermano le consoló diciéndole «...*Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá*» (Juan 11:25).

Muchos años antes el rey David había vivenciado de manera muy profunda su relación con el Señor, a pesar de haber pasado por etapas muy difíciles en su vida, graficadas como sombra de valle de muerte, no obstante su alma era confortada (Salmo 23). No había vacío ni frustración existencial dentro de él porque buscaba en lo único que podía llenar el vacío de su alma; la comunión con el Señor, con la cual sentía que su vida estaba completa. Por ello cantaba en uno de sus salmos «*En Dios solamente está acallada mi alma; de él viene mi salvación*» (Salmo 62:1).

Literatura citada

Echegoyen J. 1997. Historia de la Filosofía. Volumen 3: Filosofía Contemporánea. Editorial Edinumen.

Reina Valera. 1960. Santa Biblia, revisión 1960. Editorial Caribe.

j j j

Una caricatura de la verdad

La nariz de un hombre constituye uno de sus rasgos más prominentes, y así, cuando se hace de él un retrato, es posible agrandarla de tal modo que los ojos, la boca y todo lo demás queden reducidos a algo insignificante. El retrato, entonces, deja de serlo, y se convierte en una caricatura.

En forma parecida, es posible proclamar ciertas doctrinas importantes del evangelio con tanta intensidad, que las demás quedan relegadas a la sombra, y la predicación ya no es el anuncio del evangelio en su belleza natural, sino una caricatura de la verdad. Y debo confesar que hay algunas personas que parecen ser muy afectas a esta caricatura.

C. H. Spurgeon

SEMBRANDO BIBLIAS EN LA RIBERA

La heroica aventura de un misionero inglés para llevar las Escrituras al pueblo coreano.



Faith Cook

Robert Thomas y su esposa enfrentaron un azaroso futuro cuando decidieron viajar como misioneros a China en 1863. Pocos habían puesto pie todavía en esa vasta y desconocida tierra para llevar el evangelio de Cristo. En 1807 Robert Morrison había hecho un noble esfuerzo, pero no pudo avanzar más allá de Cantón, donde se dedicó a traducir las Escrituras. Hudson Taylor había estado allí durante nueve años; sin embargo, era todavía una figura solitaria.

Un anhelo ferviente

Robert Thomas (1840-1866) era hijo de un pastor galés. Tenía una excepcional habilidad para los idiomas, destacando en el estudio del francés, latín y griego. A los dieciséis años, dejó su hogar para seguir estudios en el New College de Londres. Cinco años más tarde se graduó como el mejor estudiante de su promoción.

Sin embargo, a los veintitrés años, Robert Thomas dio la espalda a un futuro prometedor. Un deseo más fuerte ar-

día en su corazón: el anhelo de servir a Cristo y llevar el evangelio de esperanza a la tierra de China. Antes de su ordenación en junio de 1863, predicó su primer sermón en la iglesia de su padre. Su texto fue: «Jesucristo, el mismo, ayer, hoy y por los siglos». Luego, bajo el auspicio de la Sociedad Misionera de Londres, él y su esposa Caroline dejaron Gales, sabiendo que probablemente nunca volverían.

Desgracia doble

Tras un largo viaje, arribaron a Shanghai. La pareja arrojó todas las vicisitudes de ajustarse a un nuevo clima, cultura y primitivo estilo de vida. Pero esto fue poco comparado con los dolores que vendrían. A tres meses de su llegada a China, falleció su primer hijo. Esta pérdida fue seguida poco después por la muerte de la joven madre.

Solo, siendo un extranjero en una tierra extraña, Robert Thomas debió haber anhelado el consuelo de su hogar. No había allí ninguna privacidad para su aflicción. Desde la mañana hasta la noche, él era objeto de la constante curiosidad de la gente. Dondequiera que iba, una multitud intrigada le seguía, pues rara vez habían visto a un hombre blanco. Así, pues, debió abandonarse al Cristo inmutable acerca del cual había predicado.

Misión a Corea

Thomas se abocó resueltamente a la obra, viajando al norte, hasta Chefoo. Aquí se encontró con algunos coreanos, y cuando intentó comunicarse con ellos, percibió que había gran similitud entre el idioma que él estaba aprendiendo y la lengua coreana. Una nueva idea empezó a tomar forma en su mente: ¿Por qué no llevar el evangelio a Corea? Un corto viaje por el Mar Amarillo lo llevó a su capital, Pyongyang.

Corea era entonces un país cerrado, no sólo para el evangelio, sino a cualquier contacto con otras naciones aparte de China. Un reciente intento de misioneros católicos para entrar en el país había terminado con la masacre de todos ellos. Thomas escribió a Londres pidiendo aprobación para trabajar allí, pero le desautorizaron, señalando su tarea como demasiado peligrosa.

Thomas pensó que debía ir solo. La necesidad de Corea golpeaba en su espíritu, así que en septiembre de 1865 se embarcó en un junco chino. En las islas al oeste del continente, exploró las posibilidades para la obra misionera, mientras aprendía el idioma. Convencido de la viabilidad de su tarea, regresó a China, recolectó todos los tratados y Biblias que pudo, y en agosto de 1866 abordó una goleta americana hacia Pyongyang.

Tragedia en el río

El río tenía muchos rápidos y bancos de arena. El capitán tenía que navegar con sumo cuidado, y sólo podía avanzar cuando las mareas subían. Cuando era posible, Thomas tiraba a tierra bultos de Biblias, tratados y porciones de Escritura a las gentes que se apiñaban en las riberas del río. Los coreanos tímidos agarraban los paquetes y desaparecían de su vista, porque aceptar obsequios de extranjeros era delito con pena de muerte.

Sólo un hombre actuó en forma diferente. Él no disparaba. Más bien sus brazos estaban cargados con extraños bultos.

Por fin la goleta estuvo segura más allá de los rápidos, a la vista de la capital. Ya cerca de la capital, fueron detenidos por guardias costeros. El dueño de la nave desembarcó y se reunió con el gobernador de Pyongyang. Luego el gobernador, con cuatro oficiales, subió a bordo. Pero, con increíble locura, los dueños de la nave les quitaron sus credenciales, y aún más, ataron a las autoridades coreanas en el bote de la nave y los llevaron río arriba. Los coreanos en la orilla ofrecían rescate por sus compatriotas. El bote fue cogido en los peligrosos rápidos y, cuando giraba en un remolino, los rehenes saltaron para salvar sus vidas. Dos de ellos se ahogaron.

Podemos imaginarnos la angustia de Robert Thomas ante esa escena. Entonces los coreanos descargaron su ira disparando contra la goleta. El capitán intentó retirarse navegando río abajo, pero su nave encalló en un banco de arena, quedando a merced de los enfurecidos coreanos. Éstos ataron juntos varios botes cargados con ramas de pinos. Cuando la marea subió, encendieron las ramas y dejaron ir los botes hacia la goleta. Pronto el casco de la nave empezó a arder y los pasajeros y tripulación no tuvieron otra opción que saltar al agua y nadar hacia la orilla. Armados con pistolas y disparando, los hombres intentaron en vano asegurar sus vidas. Fueron capturados uno a uno y asesinados cuando emergieron del agua.

(Continúa en la página 111).

UN VIOLÍN CON TRES CUERDAS

*Jack Riemer, Houston Chronicle
Feb. 2001 (Adaptado).*



En Noviembre 18 de 1995, el violinista israelí Itzhak Perlman, subió al escenario para dar un concierto en el «Lincoln Center» en la ciudad de Nueva York. Para Perlman, subir al escenario no es un logro pequeño. Él

padeció de polio cuando era niño, así que usa abrazaderas en ambas piernas y camina con muletas. Verlo caminar sobre el escenario de un lado al otro, paso a paso, lentamente, es una escena impresionante. Él camina penosa, pero majestuosamente hasta alcanzar su silla.

Después se sienta y lentamente pone las muletas sobre el piso, abre los broches de las abrazaderas en sus piernas, recoge un pie y extiende el otro hacia adelante. Después se inclina y recoge el violín, lo pone bajo su barbilla, hace una señal al Director y procede a tocar.

Hasta ahora, la audiencia ya estaba acostumbrada a este ritual. Todos permanecían silenciosamente sentados mientras él caminaba por el escenario hasta su silla. Permanecían respetuosamente en silencio hasta que él estuviera listo para tocar.

Pero esta vez, algo ocurrió. Justo cuando él terminaba de tocar los primeros acordes, una cuerda de su violín se rompió. Se pudo oír claramente el estallido. Salió disparada como bala por el salón. No había duda de lo que ese sonido significaba, ni tampoco había duda de lo que él tendría que hacer.

Los que estaban ahí esa noche tal vez pensaron: «Para esta, él va a tener que ponerse de pie, abrocharse las abrazaderas, recoger las muletas, y cojear hasta fuera del escenario para traer otro violín u otra cuerda.»

Pero no fue así. En su lugar, él espero un momento, cerró sus ojos y después hizo una señal al Director para que volviera a tocar. La orquesta empezó y él tocó desde donde había parado. El tocó con tanta pasión, con tanto poder y con una claridad que nunca antes nadie había escuchado.

Claro, cualquiera sabe que es imposible tocar una obra sinfónica con sólo tres cuerdas. Pero esa noche Itzhak Perlman se rehusó a saberlo. Uno podía observar como modulaba, cambiaba y recomponía esa pieza en su cabeza. Por instantes, sonaba como si él estuviera desentonando las cuerdas para obtener sonidos que ellas nunca habían hecho.

Cuando él terminó, había un silencio impresionante en el salón. Luego, la gente se levanta y lo aclamó. Se produjo una explosión de aplausos desde cada rincón del auditorio. Todos estaban de pie, gritando y aclamando, haciendo todo lo posible para mostrar cuánto apreciaban lo que él había hecho.

Entonces él sonrió, se secó el sudor de sus cejas, alzó su arco pidiendo silencio, y después dijo, no presumidamente, sino en un tono tranquilo, pensativo, y reverente: «Ustedes saben, algunas veces la tarea del artista es la de averiguar cuánta música podemos producir con lo que nos queda».

Dios también a menudo se queda con un violín de tres cuerdas en su mano. Este

violín puede ser un hombre con un corazón destrozado, una mujer con su honra perdida, o un joven con una temprana devastación y un futuro incierto.

Dios pudo haber arrojado el violín malogrado y coger otro nuevo. Hubiera sido más fácil. Sin embargo, Dios es persistente con lo suyo, y diestro. Él no hace lo que nosotros haríamos. Él sabe cómo pulsar cada una de las cuerdas que le

quedan a ese violín herido, y cuándo, a fin de obtener las notas más excelentes – para que no quede ninguna duda que no es por la excelencia del instrumento, sino por quien lo toca. Cuando eso ocurre, todos nosotros nos ponemos en pie para aclamar al gran Artista. Entonces le damos gracias por no haber desechado el desdichado violín, ni haber reemplazado su cuerda rota.

Itzhak Perlman es considerado, desde hace más dos décadas, tal vez el violinista más virtuoso del mundo. De técnica perfecta por antonomasia, su afinación siempre es impecable, y su musicalidad intachable. Discípulo de Isaac Stern, ha sabido convertirse en el favorito del público norteamericano, que le considera el sucesor de Jascha Heifetz.

Pero la figura de Perlman trasciende el campo de la música docta. Primero, por saber sobreponerse a la poliometitis que le dejó inválido a los cuatro años, y también por su apoyo a la causa judía, cuyo ejemplo más conocido es la grabación de la parte del violín en la banda sonora de la película «La lista de Schindler».

(Nota del Editor).

(Viene de la página 109).

Sólo un hombre actuó en forma diferente. Él no disparaba. Más bien sus brazos estaban cargados con extraños bultos. Cuando se tambaleó fuera del agua, ofreció su tesoro –la Palabra de Dios– a las personas que él había venido a servir. Un muchacho de doce años tomó tres de las Biblias y escapó. Otros también recogieron los libros que Thomas dejó caer cuando fue golpeado hasta morir. Tenía veintiséis años de edad.

La semilla de la Palabra

Pero el sacrificio de Robert Thomas no fue en vano. El muchacho que había tomado las tres Biblias se las dio a un soldado, que arrancó las páginas y las usó

para empapelar su casa. Más tarde el muchacho se convirtió a Cristo. Aunque los oficiales coreanos intentaron recoger y quemar toda la literatura que el misionero había traído, algunos libros escaparon y fueron leídos en secreto. Incluso el ‘papel mural’ se mostró poderoso para la conversión de otros.

Cuando los misioneros ingresaron finalmente al país, veinte años después, descubrieron pequeños grupos de cristianos en los pueblos a lo largo de la ribera donde Thomas había tirado sus paquetes. En Pyongyang mismo, había surgido una pequeña iglesia. La semilla de la palabra de Dios, que Thomas había sembrado en su muerte, había germinado y fructificado.

j j j

Respuestas de «¿Cuánto sabe de la Biblia?»

1B, 2C, 3D, 4C, 5A, 6A, 7C, 8B, 9C, 10B, 11D, 12B, 13C, 14B, 15C, 16B, 17A, 18C, 19C, 20A, 21B.

CALIFICACIÓN: 13 a 15 = Suficiente; 16 a 18 = Bueno; 19 a 21 = Sobresaliente.

CARTAS

Agua en el desierto

«Aguas Vivas» ha venido a ser un gran aliciente para todos los que esperábamos la redención de la iglesia del presente siglo malo y su restauración. Ustedes han sido el despertar no sólo de muchos hermanos en Latinoamérica sino también en Estados Unidos. Gloria a Dios que del Cono Sur está levantando su testimonio. Hemos tenido reuniones en diferentes ciudades de México y el hablar de los santos en la revista Aguas Vivas ha sido de gran ayuda para la edificación de las iglesias de la región. En diferentes localidades, los artículos de la revista se leen en reuniones generales y en grupos pequeños por los hogares. Gracias a Dios por todos ustedes.

David Calvo, México

Jóvenes de Colombia

Estamos agradecidos con el Señor por el ministerio que el Señor les ha concedido en la iglesia en Chile que con sus revistas puedan llevar el mensaje de nuestro Señor a todo el mundo, ya que realmente son aguas vivas tal como el Señor nos prometió en su hermosa Palabra.

Iván Darío Páez Torres, Colombia

Coisas novas

Primeiramente, quero agradecer a gentileza dos irmãos em me enviar a Revista Aguas Vivas, que tem sido muito útil para meu crescimento espiritual e de meus amigos, pois compartilhamos de suas preciosas lições. Posso afirmar que o Senhor está fazendo algo novo na Sua Igreja. Muitas das revelações que os irmãos tem recebido aí no Chile, aqui no Brasil, também o Senhor tem falado. Coisas novas, temos que nos abrir para essa novidade do Espírito de Deus.

*Solange Meri Colzani de Borba
Caxias Do Sul, RS, Brasil*

Descubrimiento

Por medio de la web iglesia.net, he podido contactar con su página. Fue un descubrimiento y una bendición. Me he gozado con muchos de sus trabajos, entre ellos: Legado, Páginas escogidas de las Misiones, Reportajes, etc. Por lo que he leído y he podido ver su web, es una verdadera bendición para el pueblo de Dios, porque ¿puede haber mayor bendición que presentar a Cristo como el todo y para todos? Esto es lo que veo que están haciendo. ¡Gracias hermanos!

Feliciano Briones, Madrid, España.

Por razones de espacio, las cartas son resumidas.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / Año 6 · Nº 34 · Julio - Agosto 2005

Equipo Redactor: Eliseo Apablaza, Roberto Sáez, Gonzalo Sepúlveda, Claudio Ramírez.

Además en esta edición: Christian Chen, Ricardo Bravo, Alejandro Pacheco, Rodrigo Abarca, Rubén Chacón.

Diseño y diagramación: Mario Contreras.

Traducciones: Andrés Webb, Mario Contreras.

Distribución: Jorge Geisse jgeissed@hotmail.com
Fono/Fax 45-642904. Cas. 3045, Temuco, Chile.

E-Mail: webmaster@aguasvivas.cl

Contactos EE. UU. y Canadá y Puerto Rico:
James Huskey · Spanish Publishing Mission
P. O. Box 1339, Guthrie, OK, (73044) USA.
Email: jashuskey@gct21.net

Contactos en México:

Samuel González E. · Apartado Postal Nº 639
C. P. 80000, Culiacán, Sinaloa, México.
Email: sammyglez@yahoo.com